

Literatura tardomedieval inglesa (siglos XIV y XV):

La danza de la Muerte de John Lydgate

La isla de las mujeres (Anónimo)

El caballero Isumbras (Anónimo)

Juan el Alguacil (Anónimo)

Prólogo de Miguel Ayerbe Linares

Edición, introducción y traducciones
de José Antonio Alonso Navarro

DISBABELIA

COLECCIÓN DE TRADUCCIONES IGNOTAS

2025

...

LITERATURA TARDOMEDIEVAL INGLESA (SIGLOS XIV Y XV):

La danza de la Muerte de John Lydgate

La isla de las mujeres (Anónimo)

El caballero Isumbras (Anónimo)

Juan el Alguacil (Anónimo)



Instituto Superior de Lenguas de la Universidad Nacional de Asunción (Paraguay)

Grupo de Investigación en Estudios del Lenguaje y sus Tecnologías: Lingüística Aplicada; Políticas Lingüísticas: Lengua, Cultura y Sociedad. Instituto Superior de Lenguas de la Universidad Nacional de Asunción, Asunción (Paraguay).

Página web:

<https://sites.google.com/fil.una.py/isl/investigaci%C3%B3n/grupo-de-investigaci%C3%B3n?authuser=0>

COLABORACIÓN: Grupo de Investigación Reconocido de Traducción Humanística y Cultural (TRADHUC). Universidad de Valladolid.
<https://www5.uva.es/tradhuc>



En conformidad con la política editorial de Ediciones Universidad de Valladolid (<http://www.publicaciones.uva.es/>), este libro ha superado una evaluación por pares de doble ciego realizada por revisores externos a la Universidad de Valladolid.

Literatura tardomedieval inglesa (siglos XIV y XV) : La danza de la muerte / John Lydgate. - La isla de las mujeres. - El caballero Isumbras. - Juan el alguacil. Alonso Navarro, José Antonio, 1965-, trad., pr. y anot. Ediciones Universidad de Valladolid, ed. 2025

217 p. ; 22 cm Disbabelia, Colección de Traducciones Ignotas ; 26

ISBN 978-84-1320-360-7

1. Literatura inglesa - Siglo XIV-XV. 2. Literatura medieval. I. Universidad de Valladolid, ed. II. Serie

821.111(410)"13/14"

LITERATURA TARDOMEDIEVAL INGLESA (SIGLOS XIV Y XV):

La danza de la Muerte de John Lydgate

La isla de las mujeres (Anónimo)

El caballero Isumbras (Anónimo)

Juan el Alguacil (Anónimo)

Traducción, introducción y notas

Por José Antonio Alonso Navarro



EDICIONES
Universidad
Valladolid

DISBABELIA
Colección de Traducciones Ignotas
Universidad de Valladolid

DIRECTOR

Juan Miguel ZARANDONA FERNÁNDEZ (Universidad de Valladolid, España)

SECRETARIA

Cristina ADRADA RAFAEL (Universidad de Valladolid, España)

COMITÉ DE REDACCIÓN

Sabine ALBRECHT (Friedrich-Schiller Universität Jena, Alemania)

Vivina ALMEIDA CARREIRA (Ins. Politécnico de Coimbra, Portugal)

Carmen CUÉLLAR LÁZARO (Universidad de Valladolid, España)

Elena DI GIOVANNI (Università di Macerata, Italia)

Marie Hélène GARCÍA (Université d'Artois, Arras Cedex, Francia)

Inés GONZÁLEZ AGUILAR (Universidad de Valladolid, España)

Rubén GONZÁLEZ VALLEJO (Università di Macerata, Italia)

Iwona KASPERSKA (U. Adam Mickiewicz de Poznań, Polonia)

Maurice O'CONNOR (Universidad de Cádiz, España)

María PASCUAL CABRERIZO (Universidad de Valladolid, España)

Tamara PÉREZ FERNÁNDEZ (Universidad de Valladolid, España)

María RECUENCO PEÑALVER (Universidad de Málaga, España /
University of Cape Town – Sudáfrica)

Sara RUPÉREZ LEÓN (Universidad de Valladolid, España)

Ashley RIGGS (Università Ca' Foscari di Venezia, Italia)

Jaime SÁNCHEZ CARNICER (Universidad de Valladolid, España)

María Teresa SÁNCHEZ NIETO (Universidad de Valladolid, España)

ISBN 978-84-1320-360-7



Reconocimiento–NoComercial–SinObraDerivada (CC BY-NC-ND)

COMITÉ CIENTÍFICO

Álvaro ABELLA VILLAR (U. Complutense de Madrid, España)
 Rosa AGOST (Universitat Jaume I, Castelló, España)
 Susana ÁLVAREZ ÁLVAREZ (Universidad de Valladolid, España)
 Alberto ÁLVAREZ LUGRÍS (Universidade de Vigo, España)
 Román ÁLVAREZ RODRÍGUEZ (Universidad de Salamanca, España)
 Saeed AMERI (Universidad de Birjand, Irán)
 Juan Pablo ARIAS TORRES (Universidad de Málaga, España)
 Miguel AYERBE LINARES (Universidad de País Vasco, España)
 Mona BAKER (University of Manchester, Reino Unido)
 M.^a del Carmen BALBUENA TOREZANO (U. de Córdoba, España)
 Xaverio BALLESTER GÓMEZ (Universitat de València, España)
 Christian BALLIU (ISTI – Bruxelles, Bélgica)
 Josu BARAMBONES ZUBIRIA (Euskal Herriko Unibertsitatea
 / U. del País Vasco, España)
 George BASTIN (Université de Montréal, Canadá)
 Klaudia BEDNÁROVÁ-GIBOVÁ (Universidad de Prešov, Eslovaquia)
 Lieve BEHIELS (Lessius Hogeschool, Antwerpen – Bélgica)
 Carmen BESTUÉ SALINAS (Universitat Autònoma de Barcelona, España)
 Freddy BOSWELL (Summer Institute of Linguistics, Dallas – EE. UU.)
 Hassen BOUSSAHA (Université Mentouire-Constantine, Argelia)
 Marta BRESCIA-ZAPATA (Universitat Autònoma de Barcelona, España)
 Vicent BRIVA IGLESIAS (Dublin City University, Irlanda)
 Míriam BUENDIA CASTRO (Universidad de Granada, España)
 Antonio BUENO GARCÍA (Universidad de Valladolid, España)
 Teresa CABRÉ CASTELLVÍ (Universitat Pompeu Fabra, España)
 Ingrid CÁCERES WÜRSIG (Universidad de Alcalá, España)
 Philippe CAIGNON (Concordia University, Montreal, Canadá)
 José Ramón CALVO FERRER (Universidad de Alicante, España)
 Helena CASAS TOST (Universitat Autònoma de Barcelona, España)
 Carlos CASTILHO PAIS (Universidade Aberta, Lisboa – Portugal)
 Nayelli CASTRO (University of Massachusetts, EE. UU.)
 Pilar CELMA VALERO (Universidad de Valladolid, España)

José Tomás CONDE RUANO (Universidad del País Vasco, España)
María Sierra CÓRDOBA SERRANO (McGill University, Montreal, Canadá)
José Antonio CORDÓN GARCÍA (Universidad de Salamanca, España)
María del Pino DEL ROSARIO (Greensboro College, NC – EE. UU.)
Jorge DÍAZ CINTAS (University College London, Reino Unido)
Oscar DIAZ FOUCES (Universidade de Vigo, España)
Álvaro ECHEVERRI (Université de Montréal, Canadá)
Luis EGUREN GUTIÉRREZ (Universidad Autónoma de Madrid, España)
Pilar ELENA GARCÍA (Universidad de Salamanca, España)
Martín J. FERNÁNDEZ ANTOLÍN (Universidad Europea Miguel de Cervantes, Valladolid, España)
Alberto FERNÁNDEZ COSTALES (Universidad de Oviedo, España)
Purificación FERNÁNDEZ NISTAL (Universidad de Valladolid, España)
Maria FERNANDEZ-PARRA (Swansea University, Reino Unido)
Marco A. FIOLA (Glendon College, York University, Toronto, Canadá)
Olivier FLÉCHAIS (Africa Training Institute, Fondo Monetario Internacional / Asociación Internacional de Intérpretes de Conferencias – AIIC)
Javier FRANCO AIXELÁ (Universidad de Alicante, España)
Christy FUNG-MING LIU (The Education University of Hong Kong, China)
Yves GAMBIER (University of Turku, Finlandia)
Pilar GARCÉS GARCÍA (Universidad de Valladolid, España)
Ángeles GARCÍA CALDERÓN (Universidad de Córdoba, España)
Isabel GARCÍA-IZQUIERDO (Universitat Jaume I de Castelló, España)
Francisca GARCÍA LUQUE (Universidad de Málaga, España)
Carmen GIERDEN VEGA (Universidad de Valladolid, España)
Susana GIL-ALBARELLOS (Universidad de Valladolid, España)
Juliana Aparecida GIMENES (Universidade Estadual de Campinas, Brasil)
Simone GRECO (Università di Bari Aldo Moro, Italia)
Pierre-Paul GRÉGORIO (Université Jean Monet, Saint Étienne, Francia)
Amal HADDAD (Universidad de Granada, España)
Theo HERMANS (University College London, Reino Unido)
César HERNÁNDEZ ALONSO (Universidad de Valladolid, España)
Rebeca HERNÁNDEZ ALONSO (Universidad de Salamanca, España)
María José HERNÁNDEZ GUERRERO (Universidad de Málaga, España)

Carlos HERRERO QUIRÓS (Universidad de Valladolid, España)
 Juliane HOUSE (Universität Hamburg, Alemania)
 Miguel IBÁÑEZ RODRÍGUEZ (Universidad de Valladolid, España)
 Laurence JAY-RAYON (University of Massachusetts - Amherst, EE. UU.)
 Louis JOLICOEUR (Université Laval, Québec, Canadá)
 Jana KRÁLOVÁ (Universidad Carolina, Praga, República Checa)
 Elke KRÜGER (Universität Leipzig, Alemania)
 Masako KUBO (Universidad de Salamanca, España)
 Francisco LAFARGA (Universitat de Barcelona, España)
 Juan José LANERO FERNÁNDEZ (Universidad de León, España)
 Jorge LEIVA (Universidad de Málaga, España)
 Brigitte LÉPINETTE (Universitat de València, España)
 Daniel LÉVÊQUE (Université Catholique d'Angers, Francia)
 LIANG Linxin (School of Foreign Languages, Huazhong University of Science and Technology / HUST, China)
 Belén LÓPEZ ARROYO (Universidad de Valladolid, España)
 Ramón LÓPEZ ORTEGA (Universidad de Extremadura, España)
 Rachel LUNG (Lingnan University, Hong Kong, China)
 Anna MALENA (University of Alberta, Edmonton, Canadá)
 Carme MANGIRON (Universitat Autònoma de Barcelona, España)
 Elizabete MANTEROLA AGIRREZABALAGA (Universidad del País Vasco UPV/ EHU, España)
 Josep MARCO BORILLO (Universitat Jaume I de Castelló, España)
 Hugo MARQUANT (Institut Libre Marie Haps, Bruxelles, Bélgica)
 Petra MRÁCKOVÁ VAVROUŠOVÁ (Universidad Carolina, Praga, Chequia)
 Paola MASSEAU (Universidad de Alicante, España)
 Anna MATAMALA (Universitat Autònoma de Barcelona, España)
 Roberto MAYORAL ASENSIO (Universidad de Granada, España)
 Ahmed Kissami MBARKI (Universidad de Granada, España)
 Carmen MELLADO BLANCO (U. de Santiago de Compostela, España)
 Maria MOLCHAN (Universidad Carolina, Praga, Chequia)
 Lucía MOLINA (Universitat Autònoma de Barcelona, España)
 Carlos MORENO HERNÁNDEZ (Universidad de Valladolid, España)
 Naòmi MORGAN (University of Free State)

Jeremy MUNDAY (University of Leeds, Reino Unido, España)
Ricardo MUÑOZ MARTÍN (Università di Bologna, Italia)
Micaela MUÑOZ CALVO (Universidad de Zaragoza, España)
Ana MUÑOZ MIQUEL (Universitat de València, España)
Christiane NORD (U. de Hochschule Magdeburg-Stendal, Alemania)
Vanda OBDŘÍŽALOVÁ (Universidad Carolina, Praga, República Checa)
Pilar ORERO (Universitat Autònoma de Barcelona, España)
Ulrike OSTER (Universitat Jaume I de Castelló, España)
Isabel PARAÍSO ALMANSA (Universidad de Valladolid, España)
Patricia PAREJA RÍOS (Universidad de La Laguna, España)
Luis PEGENAUTE RODRÍGUEZ (Universitat Pompeu Fabra, España)
Jesús PÉREZ GARCÍA (Universidad de Valladolid, España)
Salvador PEÑA MARTÍN (Universidad de Málaga)
Jana PERŠKOVÁ (Universidad de Bohemia del Sur, Chequia)
Julia PINILLA MARTÍNEZ (Universitat de València, España)
Lionel POSTHUMUS (University of Johannesburg, Suráfrica)
Fernando PRIETO RAMOS (Université de Genève, Suiza)
Marc QUAGHEBEUR (Archives et musée de la littérature, Bélgica)
Manuel RAMIRO VALDERRAMA (Universidad de Valladolid, España)
Bashir Mahyub RAYAA (Universidad de Granada, España)
Roxana RECIO (Greighton College, EE. UU., España)
Mohammad Reza REZAEIAN DELOUEI (Universidad de Birjand, Irán)
Emilio RIDRUEJO ALONSO (Universidad de Valladolid, España)
Patricia RODRÍGUEZ MARTÍNEZ (U. de Swansea, País de Gales, RU)
Sara ROVIRA ESTEVA (Universitat Autònoma de Barcelona, España)
Stanislav RUBÁŠ (Universidad Carolina, Praga, Chequia)
Pilar SÁNCHEZ-GIJÓN (Universitat Autònoma de Barcelona)
María SÁNCHEZ PUIG (Universidad Complutense de Madrid, España)
Julio-César SANTOYO MEDIAVILLA (Universidad de León, España)
Rosario SCRIMIERI MARTÍN (U. Complutense de Madrid, España)
Míriam SEGHIRI (Universidad de Málaga, España)
Alba SERRA VILELLA (Universitat Autònoma de Barcelona)
Alicia SILVESTRE MIRALLES (Universidad de Zaragoza)

Sara SOLÁ PORTILLO (Universidad de Málaga, España)
María Laura SPOTURNO (Universidad Nacional de La Plata, Argentina)
Madeleine STRATFORD (Université de Québec en Outaouais, Canadá)
Encarnación TABARES PLASENCIA (Universitt Leipzig, Alemania)
Lourdes TERRÓN BARBOSA (Universidad de Valladolid, España)
Miguel TOLOSA IGUALADA (Universidad de Alicante, España)
Teresa TOMASZKIEWICZ (Adam Mickiewicz University, Poznań, Polonia)
Esteban TORRE SERRANO (Universidad de Sevilla, España)
Giuseppe TROVATO (Università Ca' Foscari Venezia, Italia)
José Ramón TRUJILLO (Universidad Autónoma de Madrid, España)
Giona TUCCINI (Universidad de Ciudad del Cabo, Sudáfrica)
Carmen VALERO GARCÉS (Universidad de Alcalá de Henares, España)
Raymond VAN DEN BROECK (Lessius Hogeschool, Antwerpen, Bélgica)
Sylvie VANDAELE (Université de Montréal, Canadá)
Mireia VARGAS URPI (Universitat Autònoma de Barcelona, España)
Miguel Ángel VEGA CERNUDA (Universidad de Alicante, España)
M.ª Esmeralda VICENTE CASTAÑARES (U. de Extremadura, España)
María Carmen África VIDAL CLARAMONTE (U. de Salamanca, España)
Marcel VOISIN (Université de Mons-Hainaut, Bélgica)
Melissa WALLACE (University of Texas at San Antonio, Texas, EE. UU.)
Kim WALLMACH (Stellenbosch University, Ciudad del Cabo, Sudáfrica)
WANG Bin (University of Shanghai for Science and Technology, China)
Myriam WATTHEE-DELMOTTE (U. Catholique de Louvain, Bélgica)
Corinne WECKSTEEN-QUINIO (Université d'Artois, Francia)
Ella WEHRMEYER (North-West University, Sudáfrica)
Jesús ZANÓN (Universidad de Alicante, España)

Al padre Santiago, un magnífico profesor de literatura española en el Colegio Arzobispal- Seminario Menor de Madrid, por inculcarme su pasión por la literatura y la filología.

ÍNDICE

1.	Dedicatoria	13
2.	Agradecimientos.....	21
3.	Prólogo a cargo de Miguel Ayerbe Linares.....	23
4.	Introducción	29
5.	<i>La danza de la Muerte</i> . Traducción en prosa de <i>The Daunce of Deth</i> , de John Lydgate, por José Antonio Alonso Navarro.	81
6.	<i>La isla de la mujeres</i> . Traducción en prosa de <i>The Ile of Ladyes</i> , anónimo, por José Antonio Alonso Navarro.	107
7.	<i>El caballero Isumbras</i> . Traducción en prosa de <i>Syr Isombras</i> , anónimo, por José Antonio Alonso Navarro.	161
8.	<i>Juan el Alguacil</i> . Traducción en prosa de <i>John de Reeve</i> , anónimo, por José Antonio Alonso Navarro.	183

***Thouh I be lothsom outward in apparence,
Above all men Deth hath the victorie.***

De *La danza de la Muerte*, John Lydgate.
Versos 327-28. (Versión B: Lansdowne).

*¡Cuántos hombres valientes, cuántas mujeres hermosas,
desayunan con sus parientes y la misma noche cenan con
sus antepasados en el otro mundo! La condición de la gente
era lamentable de contemplar. Se enfermaron por miles a
diario y murieron sin ayuda. Muchos murieron en la calle,
otros murieron en sus casas, lo dieron a conocer por el
hedor de sus cuerpos podridos. Los cementerios
consagrados no bastaron para el entierro de la vasta
multitud de cuerpos, que fueron colmados por cientos en
enormes trincheras como bienes en una bodega de barcos
y cubiertos con un poco de tierra*

Giovanni Boccaccio

Der Tod zum Pabst.

Komm, heiliger Vater, werther Mann!
Ein Vortanz müßt ihr mit mir han:
Der Ablass euch nicht hilft davon,
Das zweysach Creutz und dreyfach Cron.



Antwort des Pabsts.

Heilig war ich auf Erd genannt,
Ohu Gott der Höchste führt ich mein Stand:
Der Ablass that mir gar wohl lohnen.
Nun will der Tod mein nicht verschonen.

La Muerte y el Papa

Dibujo realizado por el artista de Basilea Hieronymus Hess (1799-1850) inspirado en el mural de Emanuel Büchel (1705-1775) que estaba basado, a su vez, en unos frescos (1435-1441) de una iglesia de Basilea que representaban una Danza de la Muerte o Danza Macabra.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco enormemente a las siguientes personas que se hacen constar más abajo por haber apoyado este proyecto de traducción con el fin de que se haga conocer el poema de *La danza de la Muerte*, de John Lydgate: Elizaveta Strakhov (Editor): Marjorie L. Harrington (Financial and Editorial Assistant, Medieval Institute Publications, Medieval Institute, Western Michigan University); y Pamela M. Yee (Assistant Editor, Middle English Texts Series, University of Rochester)

También agradezco con profundo cariño al profesor Miguel Ayerbe Linares por su generoso prólogo y al profesor Juan Miguel Zarandona por su apoyo incondicional en la publicación de este trabajo.

PRÓLOGO

Miguel AYERBE LINARES

Universidad del País Vasco

El profesor Alonso Navarro, conocido ya por sus numerosas traducciones de textos medievales ingleses, nos vuelve a deleitar con una traducción, si bien esta vez, en lugar de presentarnos un nuevo romance, nos sorprende con esta danza de la Muerte, obra de John Lydgate.

A pesar de tratarse de un género literario que quizá hoy despierta pocas simpatías, sin embargo, la danza de la Muerte muestra una fuerte presencia en la literatura europea de la Edad Media. Y siempre con un rasgo propio muy común: la Muerte aparece personificada como alguien que se presenta ante el hombre para llevárselo de este mundo. Ahora bien, este sencillo pensamiento contiene en sí mismo mucho más de lo que parece a primera vista.

Las danzas de la Muerte bien pueden provocar en el lector una reacción de repulsa, ya que la idea de la muerte contradice radicalmente nuestro profundo anhelo de eternidad. No obstante, estas danzas pueden ser vistas también como un recordatorio con la función de poner a tiempo al hombre sobre aviso acerca de una verdad fundamental ineludible: todos vamos a morir, y vamos a abandonar este mundo. Y no solo eso: el constante recordatorio de que desconocemos el día y la hora no hace sino otorgar más fuerza, si cabe, a este aviso.

La personificación de la muerte puede parecer algo macabro y de mal gusto. Es más, en la literatura suele ser presentada como alguien que es consciente del miedo y rechazo que provoca en la humanidad, de que su presencia es evitada por todos los medios. No obstante, y

como vemos en esta obra de John Lydgate, traducida por el experto profesor Alonso, la muerte no es traicionera. Efectivamente, en este texto se puede comprobar en numerosas ocasiones cómo la muerte se dirige a una extensa variedad de interlocutores para prevenirles de que un día vendrá para llevarles consigo a danzar. Hace constantes llamamientos a considerar las riquezas y el poder de este mundo como algo caduco que dejará de acompañarnos para siempre una vez que la muerte venga a visitarnos. Y lo mismo se puede decir de las repetidas invitaciones a hacer examen sobre la propia vida, y a rectificar lo que sea necesario antes de que sea demasiado tarde. Es difícil y hasta hace falta valor para examinar la propia vida, pero mucho peor y doloroso será el juicio que espera más tarde a todo hombre, cuando tenga que dejar este mundo, si no se ha preocupado antes de orientar debidamente su vida. Entonces ya no será posible cambiar nada, por mucho que lo deseemos, y, por eso, el remordimiento será terrible.

Esta obra de Lydgate pone de manifiesto que la llegada de la muerte constituye todo un golpe de realismo desde tres puntos de vista: en primer lugar, se nos recuerda que por muchas riquezas, honores y poder que lleguemos a acumular, la muerte nos llevará consigo del mismo modo en que vinimos al mundo, es decir, completamente despojados de todo; en segundo lugar, nos pone ante los ojos la terrible farsa que supone imaginarse ingenuamente que, con solo mirar hacia otro lado o ignorarla, la muerte va a pasar de largo a nuestro lado:

Sir Archebisshop, whi do ye so withdrawe
 Your look, your face as it wer bi disdeyn?
 Yee must obey to my mortal lawe:
 It to constreyne it were but in veyn. (vv. 113-116)

«Señor arzobispo, ¿por qué apartáis de esa manera la mirada y el rostro con desdén? No tendréis más remedio que acatar mi ley mortal, pues enfrentaros a ella no sería sino en vano»

Por último, nos previene de la tentación de buscar la seguridad en los bienes terrenos y en la buena opinión que los demás puedan tener de uno mismo. En efecto, en la obra queda patente que ni el dinero, ni el poder, ni las influencias sociales, ni una salud de hierro

van a impedir que la muerte se presente ante nosotros y nos lleve de la mano a danzar con ella.

Resulta especialmente ilustrativa la estructura de esta obra, en la que la muerte personificada interpela individualmente a cada uno. Para cada uno de sus destinatarios tiene la muerte unas palabras que evidencian sus puntos flacos, es decir, aquellas cosas que en realidad le tienen esclavizado o ante los que mantiene una ignorancia más o menos culpable. Y es llamativo comprobar cómo sus interlocutores, por lo general, se ven tomados por sorpresa. En este sentido, las palabras de la muerte pueden verse, quizá, como la última advertencia benévola a hacer examen de conciencia y, en consecuencia, a enmendar lo que sea necesario. Pero, además de lo dicho, que la muerte se dirija individualmente a una tipología muy extensa de personajes se puede entender como un mensaje para dejar claro que nadie de esta tierra escapará, a su debido tiempo, a la muerte.

Al final, uno cosecha lo que ha sembrado durante su vida. Y si uno no ha sido justo, queda aún abierta la puerta a la propia conversión, la cual permanecerá tal cual hasta el instante mismo de la muerte. Pero lo que está claro es que esta puerta se cerrará un día y ya no será posible realizar cambios. Uno podrá quejarse entonces de falta de piedad y de misericordia, y la respuesta podría ser la siguiente pregunta: ¿por qué no aprovechó las repetidas oportunidades que le brindaron los avisos que recibía en vida, en lugar de desdeñarlos y retrasar temerariamente decisiones graves y de gran trascendencia?

Si hubiera que analizar hasta qué punto *La danza de la Muerte*, de John Lydgate, presenta las características del género que lleva su nombre, podríamos concluir tranquilamente que reúne muchas de ellas. La obra nos presenta una muerte personificada con todo su poder, al que nadie puede resistirse. Al mismo tiempo, en el texto queda patente el carácter universal de la muerte, de la que nadie escapa, así como su dimensión igualitaria: ante la muerte no hay clases sociales, ni diferencias de edad, ni de poder, ni de sabiduría, ni de salud y fortaleza. La muerte no hace acepción de personas. La obra constituye una invitación a dar a las cosas materiales la importancia relativa que realmente tienen. Y estas, no es que sean malas por sí mismas, el problema radica más bien en el apego esclavizante a ellas, viendo en ellas un fin absoluto en lugar de un simple medio o recurso para llevar

adelante la vida en esta tierra, aprovechándolas para hacer el bien. Impresiona caer en la cuenta de que de este mundo marcharemos solos y sin nada. Tampoco falta la amonestación a cambiar de vida y enmendar las malas costumbres, viviendo con perspectiva de eternidad, es decir, teniendo presente que en este mundo no nos quedamos para siempre, sino que la vida de verdad es la que nos espera cuando la muerte nos lleve a su danza. Y esa vida sí que durará para siempre. Pero ahí no queda todo, en esa vida para siempre importará también cuál será nuestra situación personal: de eterna felicidad sin paliativos o de eterno remordimiento y dolor.

La muerte es una realidad con la que el hombre de todos los tiempos se ha visto confrontado, porque ha tenido la oportunidad de verla de cerca, bien en un accidente, en un pariente, en un paciente (en el caso de los médicos), etc. Y en la Edad Media, ya antes de que surgiera el género de la danza de la Muerte, existían textos en verso cuya finalidad era recordar al hombre la fugacidad de la vida (*memento mori*). Un ejemplo de ello es el *Memento mori* compuesto en antiguo alto alemán en el siglo XI:

Nv denchent, wib unde man, war ir sulint werden.
ir minnont tisa brodemi unde wanint iemer hie sin.
(I, 1-2)

«Así pues, pensad mujer y hombre qué será de vosotros.
Vosotros que amáis la fragilidad del mundo y os imagináis
que os quedaréis aquí
[siempre].»

A diferencia de las denominadas danzas de la Muerte, en un poema como este no tenía lugar la personificación de la muerte. Una voz amonesta al hombre, intentando sacarle de la falsa idea o mentalidad de que se va a quedar en este mundo para siempre, y que los bienes materiales de que dispone en un momento dado nunca van a menguar. Tampoco se habla de una danza de la mano de la muerte, sino de un viaje (*uart*) hacia la vida eterna, que conduce, bien al cielo, bien al infierno, según lo que haya tenido el hombre en su corazón. Quizá el punto en común entre este texto y las danzas de la muerte se

halla en que, tanto viaje para salir de este mundo, por un lado, como la danza con la muerte, por otro, es algo que el hombre no puede decidir libremente, sino que se trata de algo inevitable, le guste o no.

Es importante resaltar que el género de las danzas de la Muerte no se limita a presentar imágenes grotescas y macabras de esqueletos vivientes que llevan de la mano a todo tipo de personajes. No se trata únicamente de representar la muerte sin más, como si se buscara en ello un cierto deleite. En el fondo, partiendo de la representación de la fragilidad y caducidad de este mundo, se busca mover al hombre a un cambio de vida, es decir, a que ponga su mirada en lo que realmente tiene consistencia eterna; se trata de animar al hombre a llevar una vida propia de quien tiene presente el horizonte de la eternidad, ya que en esta vida solo estará un breve periodo de tiempo.

Para entender sin que haya lugar para malentendidos el género literario de la danza de la Muerte, es necesario hacerse cargo de la idea de la muerte en la mentalidad medieval. En aquella época, la presencia de Dios y, por tanto, la perspectiva de la eternidad, era algo muy natural en la sociedad de entonces. Así, la vida en este mundo era vista como algo transitorio, que dura menos que muy poco en comparación con la vida definitiva que tendrá lugar después de esta, por toda la eternidad. La sociedad de entonces no ponía en duda la vida real tras el paso por esta tierra. En consecuencia, la finalidad de las danzas de la Muerte no consistía, como cabe el peligro de considerar en nuestros días, en simplemente presentar escenas y pasajes repulsivos y escabrosos de mal gusto, destinados a amargar la vida terrenal, sino más bien ayudar al público a prepararse para bien morir, es decir, facilitarle las cosas mediante avisos con la perspectiva de algo de lo que ya es consciente, como es el tránsito a la otra vida.

Un aspecto, quizá, discutible es la valoración de los bienes terrenales, así como los honores y reconocimientos que uno pueda obtener en esta vida. Si bien es cierta la visión llamativamente crítica con la que se habla de ellos, la pregunta que se plantea para su reflexión es si el discurso en torno a los bienes de este mundo, tanto materiales (dinero, tierras, animales, etc.) como espirituales (honores, reconocimientos públicos, fama, etc.) busca solo ponerlos en su sitio invitando al hombre a otorgarles el valor y la importancia que realmente tienen, o si, por el contrario, tiene la intención de

demonizarlos, como a veces parecen dar a entender determinados comentarios o estudios. No cabe duda de que las danzas de la Muerte procuran mover al desprecio de los bienes de este mundo, sin embargo, una lectura más detenida no parece apuntar hacia una intrínseca maldad de los bienes en sí mismos. A fin de cuentas, todo lo que hay en la tierra forma parte de la creación divina, es decir, de las cosas que Dios creó como entorno en medio del cual viviera el hombre, para que lo trabajara y lo disfrutara.

Y, si Dios ha creado las cosas, y Dios –Bondad suprema– no puede hacer obras malas, el problema con los bienes terrenos no puede hallarse en los bienes en sí, sino en el uso que se hace de ellos, olvidando para qué están en este mundo.

Qué duda cabe de que para el lector de nuestros días *La danza de la Muerte* no es solo una mera obra literaria, sino también una magnífica oportunidad para conocer la mentalidad de la época, así como la imagen que se tenía entonces acerca de una realidad cuyo peso específico en la sociedad sigue siendo muy grande: la muerte. Y no solo eso, este género literario nos muestra del mismo modo cómo era la relación del hombre medieval con dicha realidad, sus reacciones, temores y esperanzas. Y todo ello gracias a la labor del profesor Alonso Navarro, quien dedicado a los intereses de la literatura medieval no ha escatimado esfuerzos para hacer accesible este tipo de literatura al público hispanohablante. Al terminar de leer esta obra, el lector podrá compartir o no el contenido y su mensaje, pero, al menos, ha estado dispuesto a escuchar una voz que solo pretende hablarle en su propio interés.

Vitoria (España), diciembre de 2024

INTRODUCCIÓN

La danza de la Muerte, La isla de las mujeres, El caballero Isumbras y Juan el Alguacil: cuatro maneras de entender el mundo y la literatura desde una panorámica tardomedieval

José Antonio ALONSO NAVARRO
Universidad Nacional de Asunción, Paraguay
Universidad del Norte (Asunción, Paraguay)

Me gustaría poner a disposición del lector contemporáneo de lengua española cuatro obras literarias muy interesantes en español en el marco de la literatura tardomedieval inglesa (siglos XIV y XV), sobre todo con la intención de cubrir una laguna existente con relación a este tipo de obras en español y, contribuir así, a su expansión y divulgación entre el público universitario en particular y el público de habla hispana en general. Es de esta manera que justifico mi deseo de reunir en este volumen obras ciertamente dispares en cuanto estilo, temática y género, lo que, por otra parte, pone de relieve la riqueza cultural y literaria de la literatura tardomedieval escrita en lengua inglesa. Las obras reunidas aquí son: (1) *La danza de la Muerte* (*The Daunce of Deth*); (2) *La isla de las mujeres* (*The Yle of Ladyes*); (3) *El caballero Isumbras* (*Syr Isombras*); y (4) *Juan el Alguacil* (*John de Reeve*). Todos estos textos tan diferentes en conjunto nos ofrecen un panorama general acerca de la riqueza temática y de géneros que existía en la literatura medieval inglesa de los siglos XIV y XV fundamentalmente, en la que no faltaban los anales históricos, los textos jurídicos, los textos administrativos, las obras religiosas (sermones, homilias, textos devocionales, hagiografía, libros de horas, textos sobre el apocalipsis, salmos penitenciales, oraciones), martirologios o textos

sobre mártires, *fabliaux*, romances bretones (*lais* o *layes*), romances sobre Carlomagno y otros caballeros, romances sobre el rey Arturo, romances sobre Ricardo Corazón de León, poemas líricos, poemas alegóricos, traducciones bíblicas y de obras en francés y latín, fábulas, cartas y epístolas, poemas morales, poemas cómicos, satíricos y paródicos (anticlericales sobre el dinero, sobre el matrimonio), poemas cortesanos o en la tradición cortesana, textos políticos, textos lolardos, textos «de campesino», obras de teatro religiosas de misterio (Towneley, York, N-Town), poemas marianos, textos sobre Robin Hood, obras de visión sobre el infierno, purgatorio y cielo, manuales para anacoretas, textos anglonormandos, textos en latín de temas diferentes, textos didácticos, dichos y proverbios (del rey Alfredo), textos sobre el incesto, textos apologéticos, textos sobre salud y medicina, textos sobre hierbas y plantas, textos astronómicos, vidas de santos (santa Catalina, santa Ana, santa Cristina, santa Escolástica, santa Thais, santa Juliana, santa Margarita, san Jerónimo, san Benito, san Julián el Hospitalario), leyendas religiosas (sobre la resurrección) y de santos (san Jorge), legendarios ingleses meridionales, textos sobre lamentos, literatura de espéculo o especular, *mummings*, baladas, villancicos, profecías (de Merlín), obras de *exemplum* (pl. *exempla*), textos macabros sobre la danza de la Muerte, etc. Asimismo, la literatura medieval inglesa (o en lengua inglesa) destaca por autores tan sobresalientes y conocidos como Geoffrey Chaucer, John Lydgate, John Gower, William Langland, Laurence Minot, William Dunbar (escocés), Julian of Norwich, Margery Kempe, Thomas Malory, Thomas Chestre, William Caxton, John Metham, John Audelay, James Ryman, William Herebert, entre otros.

La danza de la Muerte

A continuación, voy a ofrecer unas pinceladas generales de cada una de estas obras que sirva genéricamente como contexto cultural y literario. Y me gustaría empezar comentando la primera de las obras traducidas aquí al español: *La danza de la Muerte*. Esta obra está dentro del género literario de la Baja Edad Media (siglos XIV y XV) de Europa occidental que gira en torno al tema de la muerte. Se desconoce con exactitud su origen y fecha exacta. Asimismo, sus causas no están del todo claras, aunque en los últimos años se han venido proponiendo muchas teorías para explicarlas relacionadas especialmente con el tarantismo, los diferentes tipos de ergotismo como consecuencia del cornezuelo y otros parásitos del centeno, la crítica social, la sátira y el epigrama, los sermones rimados de los monjes, etc. No vamos a entrar aquí en detalles. En el marco de este género, la Muerte se erige como el personaje alegórico principal y, como tal, invita a otros personajes que pertenecen a distintos estamentos sociales a que bailen con ella. Las representaciones visuales y obras artísticas¹ que se tienen con respecto a la *danza de la Muerte* (o de la *danza macabra*) desde la Edad Media hasta la actualidad son muchas y variadas, y están repartidas por casi toda Europa.

El formato literario de presentación más común es la poesía. En ella la Muerte dialoga en tono filosófico-moral con tales personajes con el propósito de advertirles sobre lo inevitable de la muerte, y la necesidad de aceptarla con sumisión y sin oponerse a ella. Algunos personajes de la pirámide estamental propia de la Edad Media que aparecen en las obras de este género literario suelen ser el papa, el obispo, el emperador, el rey, el arzobispo, el cardenal, etc., así como otras figuras relevantes en el contexto del poder político, económico, social y religioso fundamentalmente como el juez, el oficial de justicia,

el abogado, el monje, el fraile, el abad, el sacristán, el deán, etc., y los integrantes de los estamentos más bajos como el médico, el astrónomo, el mercader, el artesano, el labrador, etc.

El paso jerárquico de diferentes personajes es común en muchas obras literarias, como en *Vado mori*, etc. Este género literario tiene sus orígenes en Francia con la *Danse macabre*,² y con cierta rapidez se hace muy popular en toda Europa. La representación visual más antigua vendría a ser un mural ya perdido de la pared sur del cementerio de los Santos Inocentes de París pintado en 1424-25. Otro ejemplo de representación visual de la «danza de la Muerte» sería la pintada en torno a 1430 en las paredes del cementerio del Perdón de la vieja catedral de San Pablo de Londres con textos del poeta inglés John Lydgate (1370-¿1449/50?), y que fue destruido en 1549. He aquí un ejemplo de la *Danse macabre* francesa:

Le mort au pape

Vous qui vives certainement
 Quoy qu'il tarde ainsi danserez.
 Mais quant? Dieu le scet seulement.
 Advisies comment vous ferez.
 Damp pape, vous commancerez.
 Comme le plus digne seigneur,
 En ce point honnoré serez:
 Aux grans maistres est deu l'onneur.

Le pape

Hee, fault il que la danse maine
 Le premier, qui suis dieu en terre?
 J'ay eu dignité souveraine
 En l'esglise comme Saint Pierre,
 Et, comme aultre, mort me vient querre.
 Encor point morir ne cuidasse,
 Mais la mort a tous maine guerre.
 Peu vault honnour qui si tost passe.

Le mort

Et vous, le nompareil du monde,
 Prince et seigneur, grant emperiere,
 Laissier fault la pomme d'or ronde,
 Armes, ceptre, timbre, baniere.
 Je ne vous laire pas d'arriere.
 Vous ne povez plus seignoir;
 J'enmaine tout — c'est ma maniere.
 Les filz Adam fault tous morir.

El manuscrito más antiguo de esta *Danse macabre* francesa corresponde a 1426-27. El texto (repartido en estrofas) formó parte de los muros del Cementerio de los Santos Inocentes y, como leemos en una nota a pie de página en la traducción de Strakhov del francés al inglés, se atribuye a Jean Gerson (1363-1429)³ y a Nicolas de Clemanges (1360-1437) o a su círculo de contemporáneos. De cualquier modo, la *Danse macabre* constituye la fuente directa de *La danza de la Muerte* de Lydgate. En palabras de Strakhov: «(...) as he alleges in his opening *verba translatoris* in the A version, in which he describes seeing “Machabres Daunce” (A version, line 24) at “Seint Innocentis” (A version, line 35)».

Autores como John Lydgate y Thomas Hoccleve en Inglaterra con *The Dance of Death* el primero y la traducción al inglés medio del *Ars moriendi* de Henry Suso el segundo, y William Dunbar con *Lament for the Makaris*⁴ en Escocia, coquetearon muy hábilmente con el tema de la muerte en algunas de sus obras, y su inevitabilidad, hecho este que pone de reflejo las consecuencias funestas para todas las clases sociales, aunque, de manera especial, para los personajes más poderosos, los cuales, a pesar de su resistencia, se ven obligados inevitablemente a renunciar a los placeres materiales, goces mundanos, poder y autoridad, prebendas, privilegios y riquezas y tesoros propios de sus cargos, y a tener que aceptar morir con mansedumbre o cristianamente. Pocos son los personajes de estas obras que llegan a aceptar la muerte con

resignación a la luz del designio divino y del curso de la naturaleza humana. El personaje del monje parece ser una de tales excepciones.

En Alemania este género se conoce con el nombre de *Totentanz* o *Upper Quatrain*. En este país el poema más antiguo dentro de este género puede hallarse en un manuscrito del convento de Würzburgo. El poema fue compuesto por un monje dominico anónimo en torno a 1350. Posteriormente pueden hallarse otros manuscritos donde se aborda el tema de la danza macabra como el Codex Palatinus 438 de la Universidad de Heildelberg (1433), el manuscrito Kassel, el manuscrito de Henri Knoblochtzer en Heidelberg, y el manuscrito Zimmern de Donaueschingen, todos ellos mencionados por González Zymla. En Italia hallamos *Il ballo della morte* de finales del siglo XV o principio del siglo XVI.

Las obras que se enmarcan en este género plantean tópicos recurrentes inherentes a la Edad Media, como el *memento mori*, el *tempus fugit*, el *omnia mors aequat*, el *ubi sunt?*, el *mundus inversus*, *contemptus mundi*, y más importante aún, el *vanitas vanitatum*, esto es, el rechazo de la vanidad mundana, la soberbia y la altivez, las riquezas, lo material y el poder para dar importancia a las buenas obras, la virtud y la salvación del alma. Además, asientan sus raíces en la tradición moralizadora y didáctica del *ars moriendi*, como muy bien han observado las profesoras Megan L. Cook y Elizaveta Strakhov respectivamente. El tópico del *ubi sunt?* aparece de modo muy marcado en las *Coplas por la muerte* de Jorge Manrique y, como sostiene González Zymla, este es un tópico «característico de la elegía y los sermones desde la Alta Edad Media, presente ya en el siglo X en el pensamiento de san Odón de Cluny y en el siglo XII en fray Bernardo de Morlay (...)».

En España cabe destacarse la *Danza general de la Muerte*, un poema alegórico compuesto en castellano a comienzos del siglo XV que se conserva en la Biblioteca del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, y *La danza de la Muerte* compuesta hacia 1460. La *Danza general de la Muerte*, de autor anónimo, posee más de seiscientos versos dodecasílabos repartidos en coplas de arte mayor.

Las coplas constituyen estrofas de ocho versos de doce sílabas, cuya rima es consonante y su esquema métrico es ABABBCCB. Sus personajes son variados y forman parte de la nobleza, el clero y las

clases sociales más bajas. El tema principal se centra en la invitación de la Muerte a los tres estamentos principales a unirse a su danza, a la par que se denuncia o critica la vanidad humana y todo apego mundano a lo material. Entre los candidatos a asumir la autoría de esta obra están (1) un monje benedictino de san Juan de la Peña; (2) el poeta judío-español de Carrión de los Condes (Palencia) del siglo XIV Rabí Sem Tob; y (3) Pedro de Veragüe (Berague).⁵ Sin embargo, cada una de las propuestas ha estado sujeta (y lo sigue estando) a polémica y discusión. En cualquier caso, se trataría de un autor culto y devoto, buen conocedor de la literatura escrita en castellano y de la liturgia católica. En el manuscrito donde se encuentra la *Danza general de la Muerte* pueden hallarse otras obras como los *Proverbios morales* de Rabí Sem Tob, la *Doctrina de la discripción* de Pedro de Veragüe, la *Revelación de un ermitaño* y el *Poema de Fernán González*.

Y un dato bastante interesante sobre esta obra en castellano es que, como opinan algunos hispanistas como Francisco Rico, la obra no sería una adaptación de una fuente francesa como otras obras europeas, entre ellas, la *Danza de la Muerte* (*The Dance of Death*) de John Lydgate, sino una fuente aragonesa o catalana. En cuanto al género, la obra en castellano podría encuadrarse (1) o bien en el género teatral, y según esto, la misma se hubiera representado acompañada de algún tipo de baile y música o en alguna procesión (como la del Corpus Christi); o (2) como un poema dialogado al igual que la versión francesa de la *Danse macabre* y la versión-adaptación inglesa de Lydgate. Ambas versiones (la francesa y la inglesa) fueron escritas en forma de poema. Entre los personajes que desfilan en la *Danza general de la Muerte* están: el papa, el emperador, el cardenal, el rey, el patriarca, el duque, el arzobispo, el condestable, el obispo, el caballero, el abad, el escudero, el deán, el mercader, el arcediano, el abogado, el canónigo, el físico, el cura, el labrador, el monje, el usurero, el fraile, el portero, el ermitaño, el contador, el diácono, el recaudador, el subdiácono, el sacristán, el rabí, el alférez (doctor o sabio de la ley) y el santero.

La *Danza general de la Muerte* ejerció una enorme influencia en escritores españoles y portugueses como Gil Vicente (*Barca de la Gloria*), Juan de Pedraza (*Farsa llamada Danza de la Muerte*), Diego Sánchez de Badajoz (*La farsa de la Muerte*), Sebastián de Orozco (*Coloquio de la Muerte con todas las edades y estados*), Lope de Vega

(*Las Cortes de la Muerte*) o Quevedo (*Sueños*), entre otros. El género de la *Danza de la Muerte* surge en el marco contextual de la peste negra (o peste bubónica) y de la guerra de los Cien Años, donde la presencia de la muerte es bien patente y no parece perdonar a nadie, ni a hombres ni a mujeres ni a niños, ni tampoco respetar a ninguna de las clases o jerarquías sociales existentes entonces. Es indudable que la *Danza general de la Muerte* es una obra que se reafirma en la universalidad de la muerte siguiendo la premisa *omnia mors aequat* y el tópico medieval literario *Vanitas vanitatum*, este último ya mencionado anteriormente. Los primeros versos de la obra comienzan de la siguiente manera: «Yo soy la Muerte cierta a todas criaturas / que son y serán en el mundo durante. / Demando y digo: oh hombre, ¿por qué curas / de vida tan breve al punto pasante? / Pues no hay tan fuerte ni recio gigante / que de este mi arco se pueda amparar, / conviene que mueras cuando yo lo tire / con esta mi flecha cruel traspasante. / ¿Qué locura es esta tan manifiesta / que piensas tú, hombre, que otro morirá / y tú quedarás, por ser bien compuesta / la tu complexión, y que durará? / No estés seguro si al punto vendrá / sobre ti a deshora alguna corrupción / de liendre o carbunclo, o tal implosión / porque el tu vil cuerpo se desatará. / ¿O piensas por ser mancebo valiente / o niño de días, que largo estaré / y hasta que llegues a viejo impotente / la mi venida me detardaré? / Avisate bien: que yo llegaré / a ti a deshora, y no tengo cuidado / que tú seas mancebo o viejo cansado, / y cual yo te hallare, tal te llevaré».

Pere Miquel Carbonell i de Solsona tradujo al catalán la *Danse macabre* en 1497. Dicho Carbonell fue un humanista catalán que se inclinó toda su vida por la cultura, muy especialmente por la historia⁶ y la poesía. Fue notario público durante los reinados de Alfonso V de Aragón y Juan II de Aragón, además de archivero y escriba real. Entre sus obras resaltamos *De viris illustribus catalanis suae tempestatis*, *Chròniques de Espanya* y *De la conservatió e duratió de la ciutat de Barcelona*, así como numerosos poemas en catalán.⁷

La peste negra, surgida en el siglo XIV, entre los años 1347 o 1348 y 1350 o 1353 (depende de los autores), provocó enormes cambios de toda índole en los países que se vieron afectados por ella, entre ellos, la manera de concebir y entender la vida y, por supuesto, la manera de hacer literatura, dándose lugar a un nuevo tipo de estilo, lenguaje, formas, figuras literarias, *topoi* recurrentes y temas, como el de la

muerte y su concepción de universalidad, como ya se ha dicho. La peste negra apareció primero en Asia, y posteriormente se extendió en Europa a través del puerto de Mesina, en Italia, llegando a alcanzar también el norte de África y Oriente Medio, y aniquilando entre 75-200 millones de personas. La falta de higiene, la desnutrición y la proximidad de las viviendas contribuyeron a la rápida expansión de la peste negra, que afectó por igual a las ciudades y a las zonas rurales y a todas las clases sociales sin excepción. Por ejemplo, el rey Alfonso XI, Juana de Inglaterra, Juana de Navarra y Bona de Luxemburgo murieron como consecuencia de la peste negra. La guerra de los Cien Años (1337-1453), que tuvo como protagonistas bélicos principales a Francia e Inglaterra y que duró 116 años, también se saldó con un número importantes de bajas, y trajo importantes pérdidas económicas hasta el final de la misma con la derrota de Inglaterra, país había estado reclamando las tierras situadas en Francia acumuladas desde 1154 después del ascenso al trono de Inglaterra de Enrique II de Plantagenet. Y este es el contexto general en el que se gesta y desarrolla un género literario como el de *La danza de la Muerte*, género que revela el clima de muerte, dolor, sufrimiento, pesimismo y desesperanza del ser humano.

Como se mencionó anteriormente, uno de los más notables cultivadores de este género en Inglaterra fue John Lydgate de Bury (ca.1370-ca.1451), un monje inglés nacido en Lidgate (Suffolk, Inglaterra) y fallecido con bastante probabilidad en el monasterio de Bury St Edmunds (Suffolk, Inglaterra). Lydgate fue un autor muy prolífico que compuso numerosas obras pertenecientes a distintos géneros literarios (literatura épica, alegorías, fábulas, romances, traducciones), excepto el *fabliau* (por su condición de religioso), entre las que destacamos *El asedio de Tebas* (*Siege of Thebes*), una traducción de la obra francesa en prosa *Roman de Thebes*, *La caída de los príncipes* (*Fall of Princes*), *Las fábulas de Esopo* (*Isopes Fabules*), *El libro de Troya* (*Troy Book*), una traducción de la obra en prosa escrita en latín por Guido delle Colonne *Historia destructionis Troiae*, y los poemas con cierto tono chauceriano *A Complaynt of a Loveres Lyfe*, *The Temple of Glas*, *The Floure of Curtesy*, y *Reason and Sensuality* (este último alegórico). El *Libro de Troya* (*Troy Book*, 1412-20) contiene 30.000 versos, aunque su obra más extensa es *La caída de los príncipes* (*The Fall of Princes*), escrita entre 1431-8. También

tradujo al inglés los poemas de Guillaume de Deguileville. En 1382 John Lydgate entró en el monasterio benedictino de Bury St Edmunds Abbey, y en el año 1389 fue ordenado subdiácono. Escribió su primera obra titulada *Isopes Fabules* siendo estudiante en la Universidad de Oxford entre 1406 y 1408, y en 1423 se convirtió en prior de Hatfield Broad Oak, Essex, aunque pronto dejó el cargo para dedicarse a la literatura.

Lydgate escribió, además, *The Dance of Death* (*La danza de la Muerte*), una traducción-adaptación de la fuente francesa anónima la *Danse macabre*. De la versión inglesa de Lydgate existen dos versiones: (1) la versión A (Selden), y (2) la versión B (Lansdowne).⁸ Ambas versiones fueron publicadas por las profesoras Megan L. Cook y Elizaveta Strakhov en 2019 en formato de libro y digitalmente, y ambas versiones beben de la tradición de la *Danse macabre* francesa donde el concepto universal de muerte se encarna en el personaje grave y circunspecto de la Muerte en vida, y ese papel la misma dialoga con los integrantes de diferentes estamentos sociales, como ya se dijo más arriba.

La versión-adaptación de Lydgate de *La danza de la Muerte* (*The Dance of Death*) toma la estructura jerárquica de la versión francesa de la *Danse macabre*. La Muerte conversa primero con los más altos representantes dentro de la pirámide jerárquica medieval: nobleza (de mayor a menor rango); después con el clero (de mayor a menor rango); y finalmente con la clase que podríamos denominar «trabajadora» socialmente (juez, abogado, oficial de justicia, mercader, artesano, labrador, etc.).

Cook y Strakhov lo expresan perfectamente de esta manera: «Each pair of stanzas in *Danse macabre* poems represent a conversation between Death and a member of a different social demographic. These conversations are arranged in descending hierarchical order, beginning with the pope and emperor, moving through representatives of lesser clerical and secular authority (cardinal, king), progressing to more minor ecclesiastical orders (friar, parish priest) down to urban dwellers (lawyer, merchant, etc.), and often ending with the peasant laborer and the infant child» (Traducción: «Cada par de estrofas en los poemas de la *Danse macabre* representa un diálogo entre la Muerte y un miembro de un estrato social diferente.

Estos diálogos se organizan en un orden jerárquico descendente, que comienza con el papa y el emperador, atraviesa los representantes en rango inferior de la autoridad eclesiástica y laica (cardenal, rey), avanza hacia los órdenes eclesiásticos menores (fraile, párroco) hasta llegar a los habitantes de las ciudades (abogado, mercader, etc.), y culminando con frecuencia en el campesino y el niño pequeño»).

Dentro de este proceso dialógico, la Muerte se dirige a cada miembro de un segmento social determinado señalando, en primer lugar, las características físicas más marcadas que los distingue en su respectiva clase social, y posteriormente, invitándolos a bailar la danza de la muerte con ella, esto es, a que acepten voluntariamente su destino final, que será el aceptar el «bien morir» o «morir bien», morir virtuosamente o como cristianos. Seguidamente, a cada integrante se le da la oportunidad de responder, de confesar sus pensamientos más íntimos, o de mostrar su reacción a la invitación que la Muerte les ha hecho. Las respuestas dejan traslucir, en general, o bien su rechazo o desdén a morir, o bien el miedo y el temor a hacerlo ante lo que ello supone, que es perder poder, gloria, fama, riquezas y todos los privilegios asociados a las posiciones más elevadas.

En cualquier caso, la Muerte se erige como la autoridad máxima y el personaje que posee más poder, porque ante ella no existe recurso que valga, ni siquiera se libran los de menor edad, que son los niños. La figura del infante aparece casi al final del poema de Lydgate como muestra de vulnerabilidad en su máxima expresión.

Hablamos de un niño, además, que ni siquiera sabe hablar, de un recién nacido, lo que concede aún más mayor poder a la figura de la implacable y cruel Muerte, que nos es capaz de perdonar ni a un recién nacido. Estos son los personajes que aparecen en la versión B de *La danza de la Muerte* de Lydgate, exceptuando a Macrobius⁹ y al Angelus:

1. Papa (papa)
2. Imperator (emperador)
3. Cardinalis (cardenal)
4. Imperatrix (emperatriz)
5. Patriarcha (patriarca)

6. Rex (rey)
7. Archiepiscopos (arzobispo)
8. Princeps (príncipe)
9. Episcopos (obispo)
10. Comes et Baro (conde y barón)
11. Abbas et prior (abad y prior)
12. Abbatissa (abadesa)
13. Iudex (juez)
14. Doctor utrisque Iuris (doctor en Derecho Canónico y en Derecho Civil)
15. Miles et armiger (soldado y escudero)
16. Maior (alcalde)
17. Canonicus Regularis (canónigo regular)
18. Decanus (deán)
19. Monialis (monje)
20. Chartreux (cartujo)
21. Sergeant in lawe (abogado)
22. Generosa (dama rica)
23. Magister in Astronomia (maese astrónomo)
24. Frater (fraile)
25. Sergaunt (oficial de justicia)
26. Iurour (miembro del jurado)
27. Mimus (trovador)
28. Famulus (funcionario)
29. Phisicus (médico)
30. Mercator (mercader)
31. Artifex (artesano)
32. Laborarius (labrador)
33. Infans (infante)
34. Heremita (ermitaño)

Tras el paso de todos los personajes anteriores y su diálogo con la Muerte, el poema acaba con una conclusión. Cook y Strakhov sitúan los primeros indicios de la *danse macabre* en la obra de Jean Le Fèvre's *Le respit de la mort* de 1376. A partir de ahí surgirán otras obras del mismo género (muchas de ellas en

murales) como la obra de Guyot Marchant en 1484. González Zymla¹⁰ afirma que «hoy se acepta que el precedente más antiguo de la danza de la Muerte son los escritos del monje cisterciense Helinand de Froidmont (ca. 1160-1230), autor de *Les Vers de la Mort*, compuestos en francés picardo entre 1194 y 1197, muy leídos en los monasterios cistercienses, franciscanos y dominicos», y más adelante apunta que «el termino *macabré* es usado por vez primera con el mismo sentido que hoy le damos por el poeta Jean Le Fèvre en 1376: *Je fis de Macabré la dance*».

Les Vers de la Mort contiene unas cincuenta estrofas en octosílabos que tienen el siguiente patrón métrico: aabaabbbabba en los que con frecuencia se recurre a la anáfora y a la metáfora. La Muerte no aparece en esta ocasión en forma de esqueleto, sino como un personaje real. A lo largo de las estrofas del poema el poeta pide a la Muerte que exhorte a sus amigos a que abandonen el mundo e ingresen en un monasterio. Con relación al origen filológico del término *macabro* González Zymla nos ilumina bastante al respecto sosteniendo (y resumo):

2. Que «en 1833 Douce afirmó que la palabra *macabro* surgió a consecuencia de la corrupción lingüística del nombre del ermitaño san Macario».
3. Que «Gaston Paris afirmó que Macabré, que en los textos franceses antiguos se citaba como Marcadé, era el nombre propio del pintor o del compositor de los versos moralizantes que acompañaban las primeras representaciones de la danza macabra».
3. Que «Mâle vincula el origen de la palabra *macabro* a una evolución lingüística del término *Macabeos*, usado para referirse a uno de los libros del Antiguo Testamento. Macabeo deriva de la raíz hebrea *maccaba*, que significa *martillo* (...)».
4. Que «en la jerga soldadesca de los siglos XIV y XV se nombraba a los cadáveres *macabé* porque se debían hacer rezos expiatorios para que alcanzaran la salvación» El uso de estos pasajes bíblicos en la liturgia funeraria pudo haber sido el origen de la asociación de

ideas que convirtió Macabeo en macabro en tanto en cuanto, ambos tienen que ver con los sufragios que se hacían por las almas para librarlas por los castigos por sus pecados.

Por otro lado, González Zymala, al hablar de la Danza General castellana, hace referencia a quienes relacionan *macabre* con el árabe *maqabir* y señalan una posible conexión andalusí. Cook y Strakhov sostienen que: «The actual origins of the word “macabre,” however, remain obscure. The term has been suggested to be a borrowing from Arabic (“maqābir” meaning “graveyards”) or Hebrew (“m’kaber” meaning “undertaker”), though in both cases scholars have found it difficult to offer any clear line of transmission between Arabic and Hebrew burial rites and customs and the Western European *dance macabre* tradition» (Traducción: «Los orígenes reales del término “macabro”, sin embargo, permanecen oscuros. Se ha sugerido que el término es un préstamo del árabe “maqābir”, que significa “cementerios” o del hebreo “m’kaber”, que significa “enterrador” / “sepulturero”, aunque en ambos casos ha sido difícil para los estudiosos proporcionar una línea clara de transmisión entre los ritos y costumbres árabes y hebreos y la tradición de la *dance macabre* de Europa occidental»).

Ya dijimos anteriormente que la *Danza de la Muerte* de Lydgate se apoya en la estructura de la *Danse macabre* francesa, y en ambos casos la Muerte personificada y alegórica se dirige a distintas clases sociales con el objeto de invitarlas a bailar su danza. Existen dos versiones de La *Danza de la Muerte* del monje inglés que han sido editadas por Megan L. Cook y Elizaveta Strakhov en 2019, y que se conservan en unos quince manuscritos y dos ediciones impresas tempranas. Las profesoras Cook y Strakhov ofrecen datos muy puntuales acerca de estas dos versiones. En su introducción de 2019 se explica que la versión más antigua es la denominada versión «A» (conservada en nueve manuscritos)¹¹ basada en el Oxford, Bodleian Library MS Selden Supra 53 y en el San Marino, Huntington Library, MS EL 26.A.13. Además, en dicha versión se explica que la versión «A» constituye

la traducción inicial de la fuente francesa cuando John Lydgate estuvo en París en 1426 al servicio del Conde de Warwick.

La segunda versión, que es la que se ha traducido aquí, se conoce como la versión «B» (Lansdowne), que posee las mismas características métricas que la versión «A», pero existen algunas diferencias al haberse añadido nuevos personajes. Además, contiene menos versos (584) con relación a la versión A. Esto significa, tal como opinan Cook y Strakhov, que la versión B es una revisión de la versión A. La versión B se conserva en seis manuscritos, uno de ellos el manuscrito Lansdowne 699 en la Biblioteca Británica de Londres. Se ha escogido la traducción del poema de la versión B porque parece haber sido la más popular, y fue la que se escribió en los murales del Cementerio del Perdón de la vieja catedral de San Pablo.

Para terminar, diremos que existen otros poemas escritos en inglés medio (*Middle English*) en la Baja Edad Media sobre la muerte y la Danza de la Muerte que mencionamos aquí tomados de Cook y Strakhov (2019): Por un lado, sobre la muerte: (1) *Death's Warning to the World*, de John Lydgate, *Three Messengers of Death, A Warning Spoken by the Soul of a Dead Person, A Mirror for Young Ladies at their Toilet, The Ressoning betuix Deth and Man* (atribuida a Robert Henryson); y (2) en la tradición de la Danza de la Muerte: *The Dawnce of Makabre* y *Can Ye Dance the Shaking of the Sheets*.

La isla de las mujeres

La siguiente obra que deseo comentar es *La isla de las mujeres*. De esta obra existen dos manuscritos: el MS 256 Longleat House (de mitad del siglo XVI) y el MS Additional 10303 de la Biblioteca Británica, un poco más tardío en el tiempo. Es probable que el poema, cuya autoría está sin determinar, sea de finales del siglo XV. El poema se ha atribuido, no obstante, a John Lydgate, a Sir Richard Roos y a Geoffrey Chaucer. En cualquier caso, el autor podría ser originario de la zona de la región norte de los Midlands. El poema, en términos generales, describe el «conflicto de intereses» entre las mujeres que desean oponerse o mantenerse alejadas con cortesía y buenas maneras del amor de los hombres, y el Dios del Amor que trata de inducir las por medio de su gran poder a amarlos y a someterse a su voluntad.

La historia del poema comienza cuando su protagonista, el propio poeta narrador de la historia, tras un día de caza y estando descansando en una cabaña, se ve transportado confusamente entre el sueño y la vigilia y por medios desconocidos, a una isla habitada únicamente por mujeres que conservan su juventud eternamente gracias al poder mágico de tres manzanas. En dicha isla es recibido con cierta frialdad por su gobernadora, una mujer entrada en años que le comunica que ha de abandonar la isla, aunque tiene que esperar antes la confirmación de la reina de la isla, que está de viaje. Cuando llega la reina a la isla, lo hace acompañada de la dama del poeta soñador¹² y de un caballero. La reina explica entonces que se fue de viaje para conseguir las tres manzanas mágicas que hacen posible la juventud, la hermosura y la felicidad de todas las demás mujeres de la isla, que son sus súbditas, y añade cómo encontró tales manzanas en las manos de la dama del poeta soñador, y cómo fue secuestrada por el caballero.

En dicho trance, continua la reina, narra la manera en la que fue auxiliada por la dama y por el propio caballero, arrepentido este último de su osadía, y cómo la trajeron sana y sana de vuelta a la isla. Preguntado el caballero por qué secuestró a la reina, este responde, arrepentido y en un estado de gran aflicción, que lo hizo por amor a ella. Sin embargo, la reina, aunque consuela al caballero, no tiene intención alguna de corresponder a su amor. En esta parte de la historia llega el poderoso Dios del Amor acompañado de todo su séquito, y pregunta a la reina la razón de su cortés frialdad hacia el caballero. Posteriormente, dispara en ella la flecha del amor. A la mañana siguiente, el Dios del Amor pide a todas las mujeres de la isla que se sometan a él y lo sirvan con obediencia, y a la reina y a la dama que acepten el amor y el servicio del caballero y del poeta soñador, respectivamente. Tras ello, el Dios del Amor se marcha y poco tiempo después, lo hace también la dama del poeta soñador. Este, desesperado, se lanza al mar y logra que lo suban al barco donde viaja su dama. Allí muere, pero su dama le devuelve la vida gracias a su promesa de amarlo y a la intervención de una de las manzanas mágicas.

Cuando el barco está a punto de tocar tierra, el poeta soñador despierta, pero al dormirse de nuevo, se encuentra de vuelta en la isla donde la reina y el caballero planean ya su ceremonia y banquete de bodas. El caballero regresa a su país con vistas a organizar la ceremonia y el banquete de bodas y con el objeto de reclutar pretendientes para las mujeres de la isla, pero para desesperación suya, se ve incapaz de cumplir con la fecha acordada con la reina para su regreso a la isla por razones logísticas. Cinco días después, el caballero regresa algo temeroso a la isla con sus caballeros y séquito. Allí es informado por una mujer que las mujeres de la isla, sintiéndose traicionadas y agraviadas debido al incumplimiento del caballero de llegar a la isla en la fecha acordada y por su falta de palabra y fidelidad, y sintiendo al mismo tiempo que se han dejado conquistar como mujeres con suma facilidad, han resuelto en consejo mortificarse, hacer vigilia, y arrepentirse hasta el día de su muerte. Asimismo, es informado de que tanto la reina como dos tercios de las mujeres han muerto al dejar de comer y beber voluntariamente por causa de lo anterior. Afligido por todo lo sucedido, el caballero acaba con su propia vida apuñalándose. Los cadáveres de la reina, el

caballero y las mujeres muertas son trasladados al país del caballero para ser sepultados en la capilla de una abadía de monjas benedictinas. Milagrosamente, en esa misma capilla un pájaro que ha sufrido un percance y ha muerto es revivido por otros pájaros gracias al poder mágico de las semillas de una singular planta. La abadesa de la abadía decide probar estas mismas semillas con la reina, el caballero y las mujeres muertas. Todos ellos reviven nuevamente. Después de esto, contraen matrimonio la reina y el caballero, el poeta soñador y su dama. A continuación, la música que se toca en el banquete de bodas del propio poeta soñador despierta a este de su sueño. El poema acaba con el deseo del poeta de que su dama convierta su sueño en realidad.

El caballero Isumbras

En tercer lugar, *El caballero Isumbras*¹³ es la historia de un aguerrido y noble caballero con buen porte que descuida un tanto sus servicios y deberes religiosos para con Dios y este último se enfada. Así se lo hace saber a través de un ave que tiene la capacidad de hablar y que actúa como mensajero celestial. Por intermediación divina igualmente, el ave comunica puntual y eficazmente a Isumbras que debido a esta negligencia para con Dios, ha de elegir entre ser pobre o rico en la juventud o pobre o rico en la vejez.

Isumbras escoge ser pobre en la juventud y rico en la vejez. Hecha, pues, la elección por parte de este, se pone en marcha la maquinaria divina e Isumbras comienza a padecer una serie de adversidades que no cesarán durante algunos años, tal como le sucede a san Eustaquio, solo que el final de Isumbras no es tan trágico como el del desafortunado Eustaquio. La primera de las desgracias que le sobreviene a Isumbras es cuando se queman todas sus posesiones (animales, castillo, etc.) y su mujer e hijos quedan desnudos y a la intemperie.

A esta adversidad inicial le seguirán otras tantas como la pérdida de sus hijos que son raptados por un león, un leopardo y un unicornio, el rapto de su esposa a manos del Sultán de los turcos, y un peregrinar doloroso no exento de episodios aciagos. El fin de sus desgracias le será anunciado también a Isumbras a través del elemento divino por mediación de un ángel que lo instará a que tome el camino de vuelta sin darle instrucciones más específicas. Isumbras da marcha atrás y durante su camino de vuelta entrará en contacto con la reina de los sarracenos, que resultará ser su propia esposa, la misma a la que había comprado y raptado el Sultán (muerto, por cierto, a manos del propio Isumbras antes de encontrarse con su esposa). Reunidos ambos la reina le nombrará rey y, como rey, Isumbras ordenará que todos los

sarracenos de su reino se conviertan al cristianismo. Un gran número de tales sarracenos se negarán a hacerlo y guiados por dos «reyes paganos» entrarán en combate contra Isumbras y su esposa. Se hubiera producido entonces un final trágico y lamentable para los esposos de no haber sido por la intervención de sus tres hijos vestidos con ropajes angelicales conducidos por un ángel, los cuales contribuyeron decididamente a lograr la victoria del caballero frente a los renegados sarracenos. Restaurado el equilibrio en las vidas de todos, emocional, espiritual, y materialmente, y cumplida la penitencia del caballero Isumbras. Tanto él como su familia vivirán felizmente hasta el final de sus días, y a su muerte sus almas se encaminarán hacia Dios. Tal es el destino final del buen cristiano en la mentalidad medieval.

Esta obra es un romance con un alto contenido religioso y espiritual en la que lo cristiano, lógicamente por el país donde se escribió y se recitó, y en la cultura en la que se gestó, prima sobre cualquier otro aspecto intrínseco o extrínseco. Se desconoce quien fue el autor de *El caballero Isumbras*, aunque sabemos que este compuso el romance para ser recitado ante un público ávido de entretenimiento y de historias de aventuras.

El texto está lleno de fórmulas que ayudan al oyente muy especialmente a recordar algunos de los hechos más relevantes, así como a provocar en él una intensa reacción emocional. *El caballero Isumbras* es un poema que tiene todas las garantías para obtener un gran éxito, pues es respetuoso con las jerarquías y las clases sociales, y preserva y defiende ese equilibrio tan necesario entre la Iglesia y la nobleza. El poema, además, es un texto piadoso que habla del valor de la fe, la resignación, la lucha, y la esperanza y que, como otros romances de estilo bretón escritos en inglés medio, no impide el elemento sobrenatural en este. Este elemento sobrenatural cristaliza con la aparición de un ángel ¹⁴ en tres ocasiones como mediador o mensajero entre Dios y los hombres.

Este ángel no juzga a ninguno de los personajes del romance como ocurre en textos religiosos relacionados con el Más Allá, simplemente es un mensajero, un portador de la palabra del Rey Celestial, de Dios, que viene a servir como heraldo. En primer lugar, la aparición de este ángel tiene lugar cuando se hace saber

al caballero Isumbras que ha tenido una conducta moralmente inaceptable, esto es, que ha mostrado más interés en asuntos mundanos y materiales que espirituales y que, por lo tanto, ha descuidado su servicio a Dios. La segunda ocasión en la que hace acto de presencia este ángel es cuando anuncia a Isumbras que después de padecer tantas adversidades en tierras de infieles y tras haber pasado por durísimas desdichas, este ha culminado por fin la prueba o «penitencia» impuesta por Dios y se le invita a regresar a su tierra. En la tercera ocasión, la aparición del ángel sucede en un momento mucho más favorable para el caballero y también decisivo y de mayor tensión en el poema. Esto sucede en el fragor de una batalla campal en la que el caballero Isumbras, con la única compañía de su esposa, que está dispuesta a entrar en combate con él, ha de enfrentarse a dos reyes paganos y a más de treinta mil sarracenos que se han negado a convertirse al cristianismo.

Es entonces cuando somos testigos de la fabulosa y espectacular aparición de sus tres hijos vestidos con ropas angelicales y de la de un ángel que los guía firmemente a la batalla. La presencia nuevamente del elemento sobrenatural es comprensible. No debe olvidarse que nos hallamos ante una sociedad que cree firme y devotamente en la transgresión de la realidad y de nuestros sentidos a través de lo divino y sobrenatural o a través de la intervención de Dios en los asuntos de los hombres y en sus acciones, tal como hacían los dioses griegos en la mitología griega.¹⁵ Por otro lado, estos romances medievales de estilo bretón escritos en inglés medio recurren a un elemento muy común en todos ellos y de gran significación: el sometimiento voluntario de los caballeros a una prueba terrible o a pruebas terribles que poseen como propósito engrandecerlos o llevarlos al plano del «superhombre» o del «superhéroe».

Estas pruebas tratan de medir el valor, la hombría, la virilidad o la superioridad de estos caballeros «superhombres», que no van a dejar de sorprendernos por la manera en la que encararán tales pruebas y se enfrentarán a sus respectivos destinos. Las pruebas son de diferente naturaleza y cariz, pero el propósito, finalmente, es el mismo: revelar la superioridad del caballero frente a otros mortales. De este poema existen dos ediciones digitales que gran valor elaboradas por George Shuffelton (2008) y Harriet Hudson (1996) respectivamente, ambas

accesibles a través de la excelente página web Teams Middle English Texts (Robbins Library Digital Projects. University of Rochester). Ambos editores, además, han hecho acompañar a cada una de sus versiones sendas introducciones con relación al origen, género, y temas de *El caballero Isumbras*. El profesor Shuffelton, que ha editado el poema que procede del Codex Ashmole 61, apunta que el poema escrito en inglés medio (*Middle English*) no tiene una fuente conocida precisa excepto, quizá, la vida (o vidas) de san Eustaquio (de Roma). En efecto, existen muchos elementos en común entre el romance de *El caballero Isumbras* y la historia hagiográfica de san Estaquio, sin importar mucho que la vida de este santo contenga más elementos de ficción o legendarios que reales.

La vida de san Eustaquio posee elementos que tratan de llevar a cabo una tan fuerte como sólida defensa del cristianismo, pero, al mismo tiempo, llevar a cabo un despliegue enorme de valores que ensalcen al ser humano de manera espiritual. San Eustaquio de Roma fue un mártir importante dentro del martirologio o santoral cristiano. Antes de convertirse al cristianismo, san Eustaquio fue un general romano de nombre Placidus (Plácido en español) que sirvió al emperador Trajano. Su conversión al cristianismo estuvo motivada por una visión un día en el que aquél salió a cazar ciervos. Persiguiendo a una manada de ellos, se percató de que uno de tales ciervos portaba entre sus cuernos un crucifijo resplandeciente. Este mismo ciervo se dirigió a él diciéndole: «Plácido, ¿Por qué me persigues?». Tras este incidente sobrenatural y divino, el general romano cuenta a su esposa Teopista lo que ha visto y oído. Sin mucha dilación, Plácido, su esposa, y sus hijos Agapito y Teopisto se convierten entonces al cristianismo y tras una serie de aventuras en las que san Eustaquio pierde a su esposa y sus hijos, este, finalmente, recupera a su familia. Sin embargo, en Roma Adriano manda encerrarlos en un toro o buey de bronce que sirve como un horno para que sean quemados vivos.

Y como en *El caballero Isumbras*, el componente sobrenatural o divino a través de un milagro no está ausente. Ni san Eustaquio, ni su esposa ni ninguno de sus hijos sufre durante el tormento por la gracia de Dios ni sus cuerpos aparecen chamuscados lo más mínimamente por el fuego. Si hemos de trazar unas rápidas pinceladas comparativas entre ambas historias, diremos que el caballero Isumbras tiene tres

hijos, san Eustaquio, dos. Isumbras está casado con una bella esposa, Eustaquio también. Ambas esposas destacan por su enorme belleza. El caballero Isumbras pierde a su esposa a manos de un sultán libidinoso. San Eustaquio pierde a su esposa mientras viajan en barco a la ciudad santa de Jerusalén. El patrón del navío se la lleva a Siria tras desembarcar a san Eustaquio y sus hijos. Ambos tratan de cruzar un río llevando a sus hijos en hombros y ambos los pierden tras un encuentro con bestias salvajes. El caballero Isumbras pierde a sus hijos, ya lo dijimos antes, a manos de un león, un leopardo y un unicornio. San Eustaquio pierde a sus hijos a manos de un león y una loba. Tanto la vida de san Eustaquio como el romance de *El caballero Isumbras* constituyen asimismo dos textos análogos destinados a propagar la fe cristiana.

La hagiografía desempeña un papel fundamental en la Edad Media europea y en su literatura.¹⁶ La literatura inglesa medieval no está, por supuesto, libre de ella. La hagiografía medieval se ocupa de manera particular de relatar las vidas de santos ilustres y describir con gran detalle sus cualidades, atributos, virtudes y méritos excepcionales. Durante la época de Constantino, en el siglo IV de la era cristiana, aparecieron numerosas colecciones de mártires que relataban sus singulares historias, en algunos casos no con poca truculencia. Las vidas de los santos servían, sobre todo, como una manera de adoctrinar a los fieles durante la celebración de la misa, por ello, solían aparecer en los sermones del sacerdote u oficiante religioso. En Europa la hagiografía más popular fue la *Leyenda Áurea*, de Jacopo da Vorágine. Los géneros literarios hagiográficos más destacados son los textos apócrifos de la Biblia, que son los textos que no son aceptados oficialmente por la Iglesia Católica y que contienen información adicional que no aparecen en los evangelios convencionales de Lucas, Juan, Marcos y Mateo. Suelen versar sobre la vida de Jesús de Nazaret y la Virgen María.

1. Las Actas de los Mártires, que narran el juicio previo del mártir antes de su posterior condena y tormento.
2. Las pasiones, que relatan el tormento y la muerte de los mártires cristianos.

3. Las vidas de los santos, destinadas a inspirar a los cristianos y estimularlos a que actúen con la santidad de aquellos que en ellas aparecen.
4. Los martirologios, que constituyen calendarios que recuerdan a un santo según su día de nacimiento.
5. La leyenda de un santo, que relata la vida ejemplar y doctrinalmente edificante de un santo.
6. El legendario (o pasionario), que consta de una serie de leyendas de vidas de santos cuyo propósito era edificar e inspirar a los oyentes o lectores.
7. Los himnos vinculados a temas de carácter hagiográfico. Son notables los que fueron compuestos por Ambrosio de Milán, entre otros.

Los temas que menciona Shuffelton para el poema son los de la penitencia, la identidad social y el valor de la fe, elementos o componentes ideológicos estos que permiten combatir tentaciones y ofrecimientos materiales suculentos. A estos temas podríamos añadir otros como el de la resignación y la aceptación voluntaria de la pena o penas impuestas por Dios en el momento en que el protagonista (o protagonistas) es censurado o recriminado (y toma conciencia de ello) por haber descuidado su servicio espiritual y deberes religiosos ante Dios como noble y caballero. *El caballero Isumbras*, nos dice también Shuffelton, fue escrito en East Anglia, en las primeras décadas del siglo XIV y se conserva en al menos nueve manuscritos, entre ellos, el manuscrito Ashmole 61. Desconocemos el autor real del romance en inglés medio, pero sabemos que uno de los copistas de los manuscritos existentes se llamaba Rate. Los destinatarios del poema eran fundamentalmente familias pertenecientes a la alta burguesía o aristocracia que vivían en la provincia. Hay una mención de este poema, aunque de modo despectivo, en la obra *Speculum vita*, de Guillermo de Nassington. Hudson comenta que el manuscrito más antiguo de este poema es el Gray's Inn 20, que consiste en un fragmento de 104 versos fechado en torno a 1350. Según esta misma especialista, el texto se asemeja al manuscrito Cambridge 175 (Gonville and Caius College), el segundo manuscrito más antiguo (1425-50) y elaborado en la región de los Midlands del sudeste,

aunque el poema fue compuesto en la región de los Midlands del noreste, lo que ha causado que el poema posea una amalgama de formas dialectales procedentes de ambas regiones.

Las estrofas del poema suelen ser (aunque están sujetas a variación) de doce (12) versos encuadrados en el denominado estilo *tail-rhyme* (*rima de cola*). En este tipo de estrofas hay un verso (o versos) (llamado «cola») de menor extensión que no rima con el resto de los versos de su estrofa.

The knyght and the lady **hende**
 Toke ther leve at ther **frende**
 And made a sorowfulle **none**.
 Sore wepyd both olde and yenge;
 Ther was a carefull partyng
 When thei ther wey dyd **gone**.

El patrón métrico del poema es *aabccbddbeeb*. Por otra parte, el romance de *El caballero Isumbras* posee distintos aspectos que no conviene obviar, entre los que conviene enumerar:

1. Aspectos humanos. El poema se centra en un personaje de carne y hueso, que actúa como un hombre, con sus vicios-pecados y virtudes, sus fortalezas y debilidades humanas. Se centra en un personaje con conciencia que es capaz de asumir su culpa y aceptar el destino impuesto por Dios, el cual constituye la máxima expresión de su ideal o ideales cristianos.

Bot inne hys herte a pride was browght:
 Of Godys werkys he goffe ryght noght.
 Hys mersye he sette nott byghe.
 So longe he lyffed inne that pride
 That God wold no lenger byde,
 Bot sente hym sorow inne hyghe.

2. Aspectos retóricos que nos dan pistas de que el poema se escribió eminentemente para ser leído en voz alta ante un público

expectante y ávido de historias doctrinales y penitenciales pero destinadas también a servir de entretenimiento.

Hende in halle and ye schall here
 Of elders that befor us were,
 Ther lyves how thei dyde lede.
 I schall yow telle a wonder case.
 Frendys, herkyns how it was:
 Ye schall have heven to mede.

3. Aspectos literarios de enorme valor que sirven para mostrar que estamos ante una obra estética y formal de gran belleza, como, por ejemplo, el mantenimiento del texto a un plan elaborado que garantiza un orden y una continuidad precisa a la propia narración trazada.

Lytell wonder thofe thei had care,
 For both ther childer leste thei ther
 Of the eldyte two.
 Hys wyffe he uptoke ther
 And over the water he her bare,
 His yongyste sone also.
 Thorow a forest thei went deys thre
 Tyll thei come to the grete see.
 Grete stormes saw thei blaw
 Upon the lond ther thei stode.
 Ther come seylond onne the flode
 A thousand schyppes onne rowe.
 They lokyd doune them besyde:
 Many schyppes thei saw ther ryde
 Bot a lytell them fro.
 With toppe-castels sette onne lofte,
 They semed all one gold wroght,
 Thei glytered and schyned soo.

La recurrencia a un bello patrón aliterativo propio también de la poesía en inglés antiguo o anglosajón.

Hys haukys and hys hondys bothe
 Wente to the wode as thei were wrothe,
 Iche onne dyverse weye.
 What wonder was if he were wo?
 On fote hymselfe he muste go;
 To peyn turned hys pley.

O el uso de la hendíadis para la expresión de una misma idea:

Thei **glytered and schyned** soo.

4. Aspectos lingüísticos y dialectales que ayudan a contextualizar el poema en un espacio y en un tiempo determinado y a proporcionar información sobre la evolución del inglés diacrónica y sincrónicamente. El manuscrito se elaboró en los Midlands de la región sureste, sin embargo, el poema se compuso en los Midlands de la región noroeste. Un rasgo propio de la zona Midland del noroeste es el uso de *-ande* (en lugar de *-ing*) como marca formativa de gerundio o participio presente.

With carfull herte and sygheng sore,
 Hys mydellyst son than lefte he thore;
Wepand he wente awaye.
 With sory chere and drery mode
 Agen over the water he yode;
 To pyne turned all hys pley

Y una característica propia de la zona Midland del sureste es el uso de la grafía inicial *sch-* en lugar de *s-*:

If thou be doughty man of dede,
 Thou **schall** be horsyd on a stede;
 Myselve **schall** dubbe thee knyght.

o

For sorow herselfe **sche** wold spylle,

o

Ther come seylond onne the flode
A thousand **schyppes** onne rowe.

5. Aspectos morales y religiosos. El poema es esencialmente un texto religioso no solamente por las numerosas referencias a Dios, sino porque la vida del protagonista (o protagonistas) gira en torno a Dios y está condicionada por Dios.

I weddyd hyr at Godys ley
To hold hyr to myn ending dey
Bothe in wele and woo.

6. Aspectos didácticos. La obra está destinada a adoctrinar y a enseñar a los cristianos a servir mejor a Dios, a no olvidar las obligaciones como tales ante él, a resignarse ante la adversidad y ante sus designios, a enfrentarse a las adversidades, y a tener esperanza sin perder nunca la fe en Dios. El mensaje es claro: Dios castiga, pero perdona a quienes se arrepienten con sinceridad y al final, los recibe en su seno.

Than was the knyght, Syr Isumbras,
More better than ever he was
And coverde of all his care.
Iche of his sonnes he gaffe a lond
And crouned them kyng with hond,
To lyve in myrthe ever more.
They lyved and dyghed with god intent,
And to heven ther saules wente
When thei dede were.

7. Aspectos culturales: la obra nos ofrece un panorama en torno a ciertos episodios históricos acaecidos en Europa en distintas épocas, como las guerras frecuentes entre sarracenos y cristianos, resultado de las invasiones de los árabes o musulmanes, los valores de un caballero medieval y el concepto de vasallaje, el respeto por

la jerarquía social o las creencias medievales dentro del imaginario medieval, como la presencia de un unicornio en el texto, etc.

All that tyme, I understond,
 The Sowdan werred on Crysten lond
 And struyd it full wyde.
 The Crysten kynge flede so longe,
 And he gedered folke full stronge
 The Sarysens to abyde.

o

The sory knyght uppe sterte hee
 And folowyd hym unto the see:
 Ther over gane he flye.
 That same tyme an unycorne
 His yonge sone away had borne;
 Syche sorow ganne he drye.

En el poema se alude con frecuencia a los sarracenos (inglés medio-medieval o *Middle English*: *Sarysens/Saryzens* y en inglés moderno: *Saracens*). En la Edad Media se utiliza el término «sarraceno» para denominar en términos generales a los árabes o musulmanes. El origen etimológico del término «sarraceno», aunque no está claro, podría derivar del latín *sarracēni* y este, a su vez, del vocablo arameo *sarq[iy]īn*, que significa «habitantes del desierto». Eusebio de Cesarea menciona a los sarracenos en su obra *Historia Ecclesiastica*. En las fuentes francesas medievales el término *sarrasins* se hace muy popular y adquiere un significado muy concreto a partir de la invasión musulmana repelida en la batalla de Poitiers en el año 732. En este periodo medieval, pues, se designaba con el término de sarracenos a los enemigos que no profesaban la religión cristiana. A estos se les llamaba también paganos (*hethenes* en inglés medio-medieval o *Middle English* y *heathen* en inglés moderno), como puede hallarse en el propio romance:

Isumbras and his childer thre
 In hethenes made them redé
 Batell onne them to bede.

Bajo esta denominación entraban los musulmanes de Al-Ándalus, los musulmanes de Sicilia, o poblaciones europeas como la de Arpitania, en los Alpes.

8. Aspectos psicológicos que abordan o explorar al personaje principal desde el punto de vista de su personalidad interior y de sus propios pensamientos.

The palmer sate and ete nought,
 Bot lokyd onne the haule.
 So myche he saw of game and gle,
 And thought what he was wonte to be;
 Teres he lete doune falle.

9. Estilo directo. En ocasiones el poema nos ofrece la posibilidad de escuchar la «voz» o la opinión de los propios personajes de una manera directa, sin la intermediación del autor, narrador o trovador, a veces en forma de monólogo y otras veces a través de un diálogo.

The knyght spake to the ladye fre,
 What frely folke may thes be
 That drawys so faste to londe?
 They seme men of grete asstate.
 I rede some almus we aske them atte;
 For hungour we be nyghe fonde.
 «In this forest we have gon,
 Mete ne drinke ete we non
 More than deys seven.
 Aske we thes folke some mete,
 And loke if we may any gete,
 For Godys love of heven».

10. Aspectos sobrenaturales. El poema hace referencia a agentes de la divinidad, como un ángel (o ángeles), que son capaces de intervenir directamente en los asuntos humanos o a aves enviadas de igual modo por la divinidad y que tienen la facultad de hablar y de portar un mensaje destinado a los seres humanos.

For it befelle upon a deye
 The knyght wente forth for to plebe
 Hys feyre foreste to see.
 As he lokyd hym besyde on hye,
 He herd a byrd synge hym nye
 Hyghe upon a tre.
 And seyde, «Abyd, Syr Isombras.
 Thou haste forgette what thou was
 For pride of gold and gode.
 The Kynge of Heven gretys thee soo;
 Yonge other olde thou schalt have woo:
 Chese thee inne thi mode».

o

In angellys wed thei were clade,
 And an angell them to batell lede
 That sembly was to see.
 They slew the hethyn kynges two
 And many of the Sarysins also,
 Thirti thousand and thre.

El caballero Isumbras (Sir Isumbras o Syr Isombras) pertenece, por lo tanto, a esa tradición de romances bretones (*lais*) escritos en inglés medio (*Middle English*), y, en cierta manera, comparte algunos rasgos en común con los romances de Carlomagno y otros caballeros, los romances sobre el rey Arturo y los romances sobre Ricardo Corazón de León, a pesar de las diferencias existentes entre ellos. Algunos de los romances medievales ingleses más notorios en Inglaterra fueron:

- *El duque Rolando y el caballero Otuel de España (Duke Roland and Sir Otuel of Spain)*
- *El conde de Toulouse (Erle of Tolous)*
- *El caballero verde (The Greene Knight)*
- *Havelok el Danés (Havelok the Dane)*
- *Otuel (Otuel a Knight)*
- *Otuel y Rolando (Otuel and Roland)*
- *Ricardo Corazón de León (Richard Coer de Lyon)*
- *Roberto de Sicilia (Robert of Cisyle)*
- *Rolando y Vernagu (Roland and Vernagu)*
- *El caballero Amadace (Sir Amadace o Amadas)*
- *El caballero Cleges (Sir Cleges)*
- *El caballero Degaré (Sir Degare)*
- *El caballero Degrevant (Sir Degrevant)*
- *El caballero Eglamour de Artois (Sir Eglamour of Artois)*
- *El caballero Gawain y el patán de Carlisle (Sir Gawain and the Carle of Carlisle)*
- *Sir Gawain y el caballero verde (Sir Gawain and the Green Knight)*
- *El caballero Gowther (Sir Gowther)*
- *El caballero Launfal (Sir Launfal)*
- *El caballero Orfeo (Sir Orfeo)*
- *El caballero Owain (Sir Owain)*
- *El caballero Perceval de Gales (Sir Perceval of Galles)*
- *El caballero Torrente de Portugal (Sir Torrent of Portingale)*
- *El caballero Tristrem (Sir Tristem)*
- *El caballero Tryamour (Sir Tryamour)*
- *Ywain y Gawain (Ywain and Gawain)*
- *Ipomadon*
- *El rey Horn (King Horn)*
- *Le Morte d'Arthur*
- *Octavian*
- *Emaré, etc.*

También podríamos mencionar la existencia, como contrapartida, de algunos romances medievales ingleses menos serios y en clave de sátira, parodia o burla, como *El caballero cornudo* (*Sir Corneus*) en la versión escrita en inglés medio (*Middle English*) y en la versión en anglonormando (o en el francés de oïl) con el título de *Lai du cor*. Aunque la versión en inglés medio es anónima, sabemos, sin embargo, que la versión en anglonormando fue escrita por Robert Biket, un escritor anglonormando nacido en el siglo XII y fallecido en el siglo XIII. Biket escribió su *Lai du cor* en Inglaterra hacia 1170-80 (o en el siglo XIII) con la intención de parodiar o satirizar la literatura artúrica. El poema cuenta la historia de un cuerno que se niega a servir a los maridos engañados o cornudos, grupo en el que se incluye al legendario rey Arturo. Esta obra contiene menos de 600 versos y comienza relatando la llegada de un enigmático criado enviado por el rey Mangun de Moraine que hace entrega al rey Arturo de un cuerno mágico que garantiza la fidelidad conyugal a quienes logren beber vino de él. A pesar de la advertencia de los consejeros del rey, este intenta beber del cuerno, aunque sin éxito. La reina Ginebra intenta justificarse sin lograrlo, lo que provoca que el rey Arturo obligue a beber a todos los caballeros de la corte, los cuales no logran hacerlo, demostrándose así que todas sus esposas son infieles. Solamente hay un solo caballero que lo logra, Caradoc, el cual recibe como recompensa un feudo y el cuerno mismo. En la versión en inglés medio se cuenta la llegada a la corte de un joven que le entrega a Arturo un cuerno mágico del que ningún cornudo puede beber sin derramar su contenido. Cuando Arturo intenta beber del cuerno y su contenido se derrama, este intenta apuñalar a Ginebra. Sin embargo, aquel se calma al ser testigo de que el resto de los caballeros no tiene mejor suerte que él, lo que hace que acabe perdonando finalmente a su esposa.

En general, este tipo de parodias a los romances no es muy abundante, pues estos resultaban ser muy populares y estaban muy extendidos en la Edad Media por toda la Europa occidental desde el siglo XII en adelante y eran del gusto de todos: de grandes y chicos, de la nobleza y de las clases bajas por igual.

Juan el alguacil

Según podemos leer en la introducción de la esmerada edición digital preparada por la profesora Melissa M. Furrow de *Ten Bourdes* (2013) (<https://d.lib.rochester.edu/teams/text/furrow-ten-bourdes-john-the-reeve-introduction>), el poema escrito en inglés medio (*Middle English*) *Juan el Alguacil* (*John the Reeve* en inglés moderno o *John de Reeve* en inglés medio) aparece en las páginas 357-68 del manuscrito del siglo XVI Percy Folio Manuscript de la Biblioteca Británica de Londres, MS Additional 27879. Este manuscrito contiene, además, otras obras jocosas (o *bourdes*) como *Jack and His Stepdame* y *The Boy and the Mantle*, respectivamente; obras todas ellas que podrían enmarcarse en el género de los *fabliaux*. El poema se hizo muy popular en Escocia por las múltiples referencias que se han encontrado del mismo en los primeros años del siglo XVI, y que se mencionan con mucha precisión en la introducción de Melissa M. Furrow. Se cree que el poema podría haberse compuesto entre 1377 y 1461, no obstante, debido a ciertas referencias culturales muy precisas en el poema en torno a la distinción entre «ale» y «beer» (*bere* en inglés medio), es posible establecer que el poema podría haberse compuesto a mediados del siglo XV y no antes. A este respecto la profesora Furrow apunta lo siguiente: «Beer was imported into England in the fourteenth century, but only began to be made there, usually by foreigners, in 1391 in London, and then gradually after 1400 in “other English towns, but there were still very few of them outside London,” according to Richard W. Unger. Not until 1441 were beer-brewers established enough to begin to be regulated. The date for the composition of the poem therefore seems likely to be mid-fifteenth century rather than much earlier». (Traducción: «La cerveza fue importada a Inglaterra en el siglo XIV, pero solo comenzó a elaborarse allí, generalmente por

extranjeros, en 1391 en Londres, y posteriormente de manera gradual después de 1400 en “otras ciudades inglesas, pero todavía había muy pocos (cerveceros o fabricantes de cerveza) fuera de Londres”, según Richard W. Unger. No fue hasta 1441, cuando ya se habían establecido suficientes cerveceros, que (la fabricación de cerveza) comenzó a regularse. La fecha de composición del poema, así pues, parece apuntar a mediados del siglo XV y no a una fecha anterior»).

El poema hace una mención a Lancashire (al noroeste de Inglaterra), por lo que quizá podría pensarse que el poeta procedería de esa zona o próxima a ella, idea esta que podría ser apoyada por algunos rasgos lingüísticos y dialectales del poema que, según Furrow, «are compatible with a Lancashire origin» (Traducción: «son compatibles con un origen asociado a Lancashire»). El poema *Juan el Alguacil* se compone de estrofas de seis versos cada una que riman en aabccb, aunque algunas veces hallamos estrofas de nueve versos que riman en aabccbddb. El alguacil (*reeve* en inglés moderno, *rēve*, *refe*, *reive*, o *reove* en inglés medio y *(ge)rēfaen* inglés antiguo) era un oficial propio de la Inglaterra anglosajona que poseía varias funciones administrativas o judiciales en nombre de la corona, entre ellas las de ejercer como magistrado principal de una ciudad o distrito. Después de la conquista normanda, este alguacil, cuyo cargo era ocupado generalmente por un plebeyo y no por un noble, podía ocuparse tanto de administrar una hacienda o heredad en el campo (*manor*) como de proteger los bosques del rey. El personaje principal del poema, Juan el Alguacil, parece vivir en el bosque de Windsor, una zona bajo la denominada *Forest Law* (o «Ley de Bosques»). En la Inglaterra anglosajona (ca. 500-1066) los reyes eran muy dados a cazar; sin embargo, no hay constancia de que existieran leyes aplicables a los bosques. A partir del año 1066 a partir de Guillermo I (Guillermo II como duque de Normandía), sí se crearon en Inglaterra leyes forestales con el objeto de proteger los bosques (a partir de entonces zonas de caza reservadas únicamente para los reyes y algunos aristócratas con autorización real) y los ciervos. Estas leyes forestales normandas promulgadas a partir del siglo XI ya estaban en plena vigencia en Inglaterra en los siglos XII y XIII. Nada más ascender al trono Enrique II declaró todo Huntingdonshire como bosque real. Los castigos prescritos en las leyes forestales eran bastante duros y no desaparecieron sino hasta mediados del siglo

XVII, aunque muchos bosques de Inglaterra continuaron llevando el título de «Bosque Real». El tercer cuento que puede encontrarse en los *Cuentos de Canterbury* de Geoffrey Chaucer (1343-1400) corresponde precisamente a un alguacil (o administrador) llamado Osvoldo (Oswald), el cual se ocupa de administrar una hacienda muy rica. Osvoldo pertenece a la clase social de los siervos (es carpintero de profesión), y es descrito como algo enjuto, de mal carácter y ya entrado en años. Lo curioso es que comparte elementos en común con Juan, el personaje del poema *Juan el Alguacil* (anónimo), de manera especial en cuanto a sus armas se refiere. Osvoldo posee una espada que es tan herrumbrosa como la de Juan el Alguacil. *El cuento del alguacil* constituye uno de los ocho cuentos que Pier Paolo Pasolini (1922-1975) llevó al cine en su película *Los cuentos de Canterbury* (1972).

BIBLIOGRAFÍA PRIMARIA

- Alvar, Carlos (1991). *El rey Arturo y su mundo: diccionario de la mitología artúrica*. Madrid: Alianza.
- Appel, Carl (1902). *Die Danza general nach der Handschrift des Escorial neu herausgegeben*. Breslau: Beiträge zur Romanischen und Englischen Philologie.
- Aragón Fernández, M.^a Aurora (2003). *Literatura del Grial. Siglos XII y XIII*. Madrid: Síntesis. (Historia de la literatura universal, 42).
- Asensio Jiménez, Nicolás (2017). «La danza en la *Dança General de la Muerte*». *Bulletin of Spanish Studies*, 94:3, pp. 377-398.
- Baños Vallejo, Fernando (2003). *Las vidas de santos en la literatura medieval española*. Madrid: Ediciones del Laberinto.
- Barron, William Raymond Johnston (ed.) (2001). *The Arthur of the English: The Arthurian Legend in Medieval English Life and Literature*. Cardiff: University of Wales Press.
- Bedier, Joseph (1969). *Les Fabliaux*. París: Champion.
- Bellosi, Luciano (1974). *Buffalmaco e il Trionfo della Morte*. Turín: 5 Continents Editions.
- Binski, Paul (1996). *Medieval Death*. Ithaca, Nueva York: Cornell University Press.
- Burrows, Daron (2005). *The Stereotype of the Priest in the Old French Fabliaux: Anticlerical Satire and Lay Identity*. Berna: Peter Lang.
- Cambridge, Gonville and Caius College MS 175 (1425-50), fols. 98r-106. (Manuscrito de *El caballero Isumbras*).
- Claramunt Rodríguez, Salvador (1988): «La danza macabra como exponente de la iconografía de la muerte en la Baja Edad Media». En Manuel Núñez Rodríguez y Ermelindo Portela Silva (coords.), *La idea y el sentimiento de la muerte en la historia y en el arte de la Edad Media*. Ciclo de conferencias celebrado del 1 al 5 de diciembre de

1986. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, pp. 93-98.
- Clark, James M. (1950). «The dance of Death in medieval literature: Some recent theories of its origin». *The Modern Language Review*, vol. 45, mo. 3 (July), pp. 336-45.
- Cook, Megan L. y Strakhov, Elizaveta (2019). *John Lydgate's Dance of Death and Related Works*. Medieval Institute Publications, <https://d.lib.rochester.edu/teams/text/cook-and-strakhov-dance-of-death-introduction> ; <https://d.lib.rochester.edu/teams/text/cook-and-strakhov-lydgate-dance-of-death-selden> ; <https://d.lib.rochester.edu/teams/text/cook-and-strakhov-lydgate-dance-of-death-lansdowne>
- Corvisier, André (1998). *Les danses macabres*. París: Presses Universitaires de France.
- Davis, Natalie Zemon (1956). «Los cuadros de la muerte y la Reforma en Lyon de Holbein». *Estudios sobre el Renacimiento*, vol. 3 (1956), pp. 97-130.
- De Icaza, Francisco (1919). *La danza de la Muerte: código del Escorial*. Madrid: Editorial Pueyo.
- Douce, Francis (2010). *Dissertation on the various Designs of the Dance of Death*. Whitefish, Montana: Kessinger Publishing. (Reedición de un texto de 1833).
- Dürnwächter, Anton (1914). *Die Totentanzforschung*. München: Jos. Kösel.
- Echard, Siân (1998). *Arthurian Narrative in the Latin Tradition*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Edición digital del poema medieval inglés del *Caballero Isumbras* a cargo del profesor George Shuffelton: <https://d.lib.rochester.edu/teams/text/shuffelton-codex-ashmole-61-sir-isumbras>. Aparece también en la versión impresa de 2008 que lleva el título: *Codex Ashmole 61: A Compilation of Popular Middle English Verse*.
- Fabliaux. Cuentos franceses medievales* (1994). Edición bilingüe de Felicia de Casas. Madrid: Cátedra.
- Galván, Fernando (2001). *Literatura inglesa medieval*. Madrid: Alianza Editorial.
- García Gual, Carlos (1994). *Historia del rey Arturo y de los nobles y errantes caballeros de la Tabla Redonda: análisis de un mito literario*. Madrid: Alianza Editorial.

- Gardiner, Eileen (1993). *Medieval Visions of Heaven and Hell: A Sourcebook*. Nueva York: Garland. (Garland Medieval Bibliographies).
- Gertsman, Elina (2010). *The Dance of Death in the Middle Ages: Images, Text, Performance*. Turnhout, Bélgica: Brepols Publishing House.
- González Zymla, Herbert (2014). «La danza macabra. *Revista Digital de Iconografía Medieval*», vol. VI, n.º 11, pp. 23-51.
- González Zymla, Herbert (2014). «Visitas espectrales en la literatura y el arte de la Baja Edad Media: El encuentro de los tres vivos y los tres muertos y la Danza Macabra». En Mercedes Aguirre Castro, Cristina Delgado y Ana González (eds.), *Fantasmas, aparecidos y muertos sin descanso*. Madrid: Abada Editores, pp. 181-199.
- Gundersheimer, Werner L. (1971). *La danza de la muerte de Hans Holbein el Joven: Un facsímil completo de la edición original de 1538 de Los simulacros e historias de la muerte*. Nueva York: Dover Publications.
- Hellman, Robert y Richard F. O’Gorman (1965). *Fabliaux: Ribald Tales from the Old French*. Nueva York: Crowell Company.
- Huber, Emily Rebekah. «Muerte, agonía y la cultura de lo macabro en la Baja Edad Media». *Bibliotecas de la Universidad de Rochester*. www.library.rochester.edu/robbins/death
- Hudson, Harriet (ed.) (1996). *Four Middle English Romances*. Medieval Institute Publications. (Cambridge, Gonville and Caius College MS 175). <https://metseditions.org/editions/YbyP0NRFYXQ9WZ3hZeMbc6A0gaEV87>
- Infantes, Víctor (1997). *Las danzas de la muerte. Génesis y desarrollo de un género medieval* (siglos XIII-XVII). Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.
- Jenkins, Anthony (ed.) (1980). *The Isle of Ladies or the Ile of Pleasaunce*. New York Garland (Garland Medieval Texts, 2).
- Krömer, Wolfram (1979). *Formas de la narración breve en las literaturas románicas hasta 1700*. Madrid: Gredos.
- Kurtz, Leonard Paul (1934). *The Dance of Death and the Macabre Spirit in European Literature*. Nueva York: Columbia University Press.
- Lacy, Norris J. (ed.) (1996). *Medieval Arthurian Literature: A Guide to Recent Research*. Nueva York: Garland.
- La Danza de la Muerte* (2001). *Códice de El Escorial*. Ed. de Sabas Martín. Madrid: Miraguano Ediciones.

- Lázaro Carreter, Fernando (1997). «Danza general de la muerte», en *Teatro medieval*. Madrid: Castalia, pp. 9-66.
- Legrand d'Aussy, Pierre Jean-Baptiste (1796). *Fabliaux or Tales, Abridged from French Manuscripts of the XIIth and XIIIth Centuries*. Londres: W. Bulmer and Co. Shakespeare Press.
- Lincoln, Lincoln Cathedral MS 91, called the Thornton MS (ca. 1440), fols. 109r-114v. (Manuscrito de *El caballero Isumbras*).
- London, British Library MS Cotton Caligula A.ii (1450-1500), fols. 130r-134r. (Manuscrito de *El caballero Isumbras*).
- Loomis, Roger Sherman (1949). *Arthurian Tradition and Chrétien de Troyes*. Nueva York: Columbia University Press.
- Loomis, Roger Sherman (ed.) (1974). *Arthurian Literature in the Middle Ages*. Oxford: Oxford University Press.
- Mâle, Émile (1906). «L'idée de la mort et la danse macabre». *Revue des Deux Mondes*, Numéro avril 1906, pp. 647-679.
- Mâle, Émile (1922). *L'art religieux de la fin du Moyen Âge en France*. París: Librairie Armand Colin.
- Manion, Lee (2010). «The Loss of the Holy Land and *Sir Isumbras*: Literary Contributions to Fourteenth-Century Crusade Discourse». *Speculum*, 85 (1), pp. 65-90.
- Marchant, Guyot (Impresor del siglo xv). *La Danse Macabre*. (Edición facsímil de un manuscrito de 1485).
- Markessinis, Artemis (1995). *Historia de la danza desde sus orígenes*. Madrid: Librerías Deportivas Esteban Sanz Martier.
- Martín, S. (2001). *La Danza de la Muerte. Códice de El Escorial*. Madrid: Miraguano Ediciones.
- Mills, Maldwyn (ed.) (1973). *Six Middle English Romances*. Londres: J. M. Dent & Sons (Dent edition).
- Morford, Mark y Lenardon, Robert. (2006). *Classical Mythology*. Oxford: Oxford University Press.
- Morreale, Margherita (1991). *La dança general de la Muerte*. Madrid: Gredos.
- Nykrog, Per (1973). *Les fabliaux*. Ginebra: Librairie Droz.
- Oosterwijk, Sophie y Stefanie Knöll (2011). *Metáforas mixtas: La danza macabra en la Europa medieval y moderna*. Newcastle upon Tyne: Cambridge Scholars Publishing.

- Oxford, Bodleian Library MS Ashmole 61 (1475-1500), fols. 9r-16r. (Manuscrito de *El caballero Isumbras*).
- Patch, Howard R. (1927). *The Goddess Fortuna in Mediaeval Literature*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.
- Pearsall, Derek (ed.) (1990). *The Floure and the Leafe, The Assemblie of Ladies, and The Isle of Ladies*. Medieval Institute Publications. (La edición digital de *La isla de las mujeres* puede encontrarse en: <https://d.lib.rochester.edu/teams/text/pearsall-isle-of-ladies>).
- Pearsall, Derek Albert (2003). *Arthurian Romance: A Short Introduction*. Oxford: Blackwell.
- Phillips, Graham & Keatman, Martin (1992). *King Arthur: The True Story*. Londres: Century Random House.
- Radulescu, Raluca L. (2017). «Sir Isumbras». En *The Wiley Blackwell Encyclopedia of Medieval Literature*. Wiley Online Library (consultado el 3 de agosto de 2017). https://www.researchgate.net/publication/373276533_Sir_Isumbras
- Ramey, Lynn (2024). *An Introduction to Jean Bodel*. Gainesville, Florida: University Press of Florida.
- Rico, Francisco (1973). «Pedro de Veragüe y Fra Anselm Turmeda», *Bulletin of Hispanic Studies*, volume 50, number 3, pp. 224-236.
- Rodríguez Oquendo, Francisco (1983). *Danza general de la Muerte*. Madrid: INDEC.
- Saulnier, Victor Lucien (1970). *La Littérature Française Du Moyen Age*. París: Presses Universitaires de France.
- Saupe, Karen (ed.) (1997). *Middle English Marian Lyrics*. Kalamazoo, Michigan: Medieval Institute Publications.
- Shuffelton, George (ed.) (2008). *Codex Ashmore 61: A Compilation of Popular Middle English Verse*. Kalamazoo, Michigan: Medieval Institute Publications.
- Sir Eglamour of Artois* (2006). En Harriet Hudson (ed.), *Four Middle English Romances: Sir Isumbras, Octavian, Sir Eglamour of Artois, Sir Triamour*. Kalamazoo, Michigan: Medieval Institute Publications, pp. 101-132.
- Sir Launfal* (1995). En Anne Laskaya y Eve Salisbury (eds.), *The Middle English Breton Lays*. Kalamazoo, Michigan: Medieval Institute Publications, pp. 201-262.

- Sir Orfeo* (1995). En Anne Laskaya y Eve Salisbury (eds.), *The Middle English Breton Lays*. Kalamazoo, Michigan: Medieval Institute Publications, pp. 15-60.
- Sir Orfeo* (2008). En George Shuffelton (ed.), *Codex Ashmole 61: A Compilation of Popular Middle English Verse*. Kalamazoo, Michigan: Medieval Institute Publications, pp. 386-399.
- Sir Owain* (2004). En Edward E. Foster (ed.), *Three Purgatory Poems: The Gast of Gy, Sir Owain, The Vision of Tundale*. Kalamazoo, Michigan: Medieval Institute Publications, pp. 109-178.
- Solà-Solé, Josep Maria (1981). *La danza general de la muerte*. Barcelona: Puvill.
- Stammler, Wolfgang (1926). *Die Totentänze*. Leipzig: Verlag Von E. A. Seemann.
- Torres Asensio, Gloria (2004). *Los orígenes de la literatura artúrica*. Barcelona: Universidad de Barcelona.
- Vigo, Pietro (1901). *Le Danze macabre in Italia*. Bergamo. Istituto italiano d'arti grafiche.
- Wilson, Derek (2006). *Hans Holbein: Retrato de un hombre desconocido*. Londres: Pimlico.
- Whyte, Florence (1977). *The Dance of Death in Spain and Catalonia*. Nueva York: Arno Press. (Reedición de una obra publicada ca. 1931)
- Zipes, Jack (2015). *The Oxford Companion to Fairy Tales*, 2.^a ed. Oxford: Oxford University Press.

RECURSOS EN LÍNEA

- Marín Ureña, José Manuel. «Estelas de los ángeles en la literatura medieval española».
<https://parnaseo.uv.es/lemir/Revista/Revista8/JoseMarin/Angeles.pdf>
- SIR EGLAMOUR OF ARTOIS (El caballero Eglamour of Artois)*.
<https://d.lib.rochester.edu/teams/text/hudson-sir-eglamour-of-artois>
- SIR ISUMBRAS (El caballero Isumbras)*.
<https://d.lib.rochester.edu/teams/text/hudson-sir-isumbras>
- SIR ISUMBRAS (El caballero Isumbras)*.
<https://d.lib.rochester.edu/teams/text/shuffelton-codex-ashmole-61-sir-isumbras>

SIR LAUNFAL (*El caballero Launfal*).

<https://d.lib.rochester.edu/teams/text/laskaya-and-salisbury-middle-english-breton-lays-sir-launfal>

SIR ORFEO (*El caballero Orfeo*).

<https://d.lib.rochester.edu/teams/text/laskaya-and-salisbury-middle-english-breton-lays-sir-orfeo>

SIR OWAIN (*El caballero Owain*).

<https://d.lib.rochester.edu/teams/text/foster-three-purgatory-poems-sir-owain>

JOHN THE REEVE (*Juan el Alguacil*).

<https://d.lib.rochester.edu/teams/text/furrow-ten-bourdes-john-the-reeve>

BIBLIOGRAFÍA SECUNDARIA

Abel, Ernest Lawrence (2009). *Dioses de la muerte*. Westport, Connecticut: Greenwood Press.

Ariès, Philippe (2000). *Historia de la muerte en Occidente: desde la Edad Media hasta nuestros días*. Barcelona: El Acantilado.

Baltrusaitis, Jurgis (1983). *La Edad Media Fantástica*. Madrid: Cátedra (Colección Ensayo Arte).

Breeze, Andrew (1997). *Medieval Welsh Literature*. Dublin: Four Courts Press.

Bull, Marcus (2002). *France in the Middle Ages*. Oxford: Oxford University Press.

Burrow, John Anthony (2008) *Medieval Writers and Their Work: Middle English Literature 1100–1500*. 2nd ed. Oxford: Oxford University Press.

Dubby, George (1991). *France in the Middle Ages (987-1460)*. Oxford: Blackwell Publishers.

Edwards, Anthony Stockwell Garfield (2004) (ed.). *Companion to Middle English Prose*. Cambridge: D. S. Brewer.

Gray, Douglas (2015). *Simple Forms: Essays on Medieval English Popular Literature*. Oxford: Oxford University Press.

- Johnston, Michael (2014). *Romance and the Gentry*. Oxford: Oxford University Press.
- Lambdin, Laura Cooner y Robert Thomas Lambdin (eds.) (2002). *A Companion to Old and Middle English Literature*. Westport, CT: Greenwood Press.
- Landau, David y Peter Parshall (1996). *La estampa renacentista*. New Haven, CT: Yale University Press.
- Leclercq, Jean, Vanderbrouke, François et Bouyel, Louis (1961). *Histoire de la Spiritualité Chretienne, II*. Paris: Éditions du Cerf.
- Lorcin, Marie Therese (1975). *La France au XIIIe siècle*. Paris: Fernand Nathan.
- MacCracken, Henry Noble (1911). *The Minor Poems of John Lydgate. Part 1: 1. The Lydgate Canon. 2. The Religious Poems*. EETS e. s. 107. Londres: Early English Text Society.
- MacCracken, Henry Noble (1934). *The Minor Poems of John Lydgate. Part 2: Secular Poems*. EETS o. s. 192. Londres, Early English Text Society.
- Mortimer, Nigel (2005). *John Lydgate's 'Fall of Princes': Narrative Tragedy in its Literary and Political Contexts*. Oxford: Clarendon Press.
- Pearsall, Derek (1977). *Old and Middle English Poetry*. Londres: Routledge.
- Platt, Colin (1996). *King Death: The Black Death and its aftermath in late-medieval England*. Londres: University College London Press.
- Robbins, Rossell Hope (ed.) (1964). *Secular Lyrics of the XIVth and XVth Centuries*. Oxford: Clarendon Press, pp. 73-76.
- Scanlon, Larry (ed.) (2009). *The Cambridge Companion to Medieval English Literature, 1100-1500*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Severs, J. Burke (vols. 1-2), Albert E. Hartung (vols. 3-10) y Peter G. Beidler (vols. 11) (eds.) (1967-2005). *A Manual of the Writings in Middle English, 1050-1500*, 11 vols. New Haven, CT: Connecticut Academy of Arts and Sciences.
- Solopova, Elizabeth y Stuart D. Lee (2007). *Key Concepts in Medieval Literature*. Palgrave Key Concepts. Basingstoke, Reino Unido: Palgrave Macmillan.
- Wallace, David (ed.) (1999). *The Cambridge History of Medieval English Literature*. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.

MANUSCRITOS

La danza de la Muerte

Versión A (Selden)

La versión A (Selden) se conserva en nueve manuscritos:

1. Roma, Venerable English College MS 1405
2. New Haven, Beinecke Library MS 493
3. Oxford, Biblioteca Bodleiana, MS Selden Supra 53 (SC 3441)
4. Oxford, Biblioteca Bodleiana, MS Laud Misc. 735 (SC 1504)
5. Oxford, Biblioteca Bodleiana, MS Bodley 221 (SC 27627)
6. Londres, Biblioteca Británica, MS Harley 116
7. Coventry Archives Acc. 325/1
8. San Marino, Biblioteca Huntington, MS EL 26 A 13
9. Cambridge, Trinity College MS R.3.21.

La versión B (Lansdowne) se conserva en seis manuscritos:

1. Biblioteca Bodleiana, MS Bodley 686 (SC 2527)
2. Corpus Christi College Oxford MS 237
3. Biblioteca Británica, MS Cotton Vespasian A.XXV
4. Biblioteca Británica Lansdowne MS 699
5. Biblioteca de la Catedral de Lincoln, MS 129
6. Biblioteca de la Universidad de Leiden, MS Vossius Germ. Gall. Q.9.

La isla de las mujeres

Se conservan dos manuscritos de *La isla de las mujeres*:

1. Longleat House MS 256 (de mediados del siglo XVI)
2. Biblioteca Británica, MS Additional 10303 (un poco más tardío)

El caballero Isumbras

La historia de *El caballero Isumbras* se encuentra en nueve versiones manuscritas, la mayoría del siglo XV o anterior, así como en cinco versiones impresas del siglo XVI.

1. Oxford, University College, MS 142
2. Nápoles, MS 13 B 9 (fechado en 1457)
3. Gray's Inn, MS 20 (fechado en 1350)
4. Cambridge, Gonville and Caius College, MS 175 (mediados del siglo XV)
5. Catedral de Lincoln, MS 91, el manuscrito de Lincoln Thornton (c. 1440)
6. Biblioteca Británica, Manuscrito Cotton Calígula A II (segunda mitad del siglo XV)
7. Biblioteca Nacional de Escocia, Advocates MS 19.3.1 (finales del siglo XV)
8. Biblioteca Bodleiana, códice Ashmole 61 (finales del siglo XV)
9. Biblioteca Bodleiana, manuscrito Dulce 261 (1564)

Juan el Alguacil

Juan el Alguacil aparece en las páginas 357–68 del Percy Folio Manuscript (Londres, Biblioteca Británica, MS Additional 27879).

RELACIÓN DE ALGUNAS OBRAS ARTÍSTICAS NOTABLES QUE EXISTEN SOBRE EL MOTIVO DE LA DANZA DE LA MUERTE (XILOGRAFÍAS, ESTAMPAS, RETABLOS, CÓDICES, POEMAS SINFÓNICOS)

1. Estampa que muestra los pórticos y osarios del Cementerio de los Inocentes de París antes de su demolición. *Danse Macabre* publicada en París por Guyot Marchand, 1485.
3. Danza macabra del trascoro de la abadía de La Chaise-Dieu (Francia), c. 1460-1480.
4. Danza de la Muerte: edición conforme al código del Escorial. Barcelona: Tip. «l'Avenç», 1907.
5. Simon Marmion, *Retablo de San Bertín*, 1459. Berlín, Staatliche Museen.
6. Universitätsbibliothek Heidelberg, Codex Palatinus Germanicus 438, 1443.
7. *Danse macabre* de Pierre le Rouge para Antoine Vérard, c. 1491-1492. París.
8. *Danse macabre*, París (Francia), c. 1500-1510. París, BnF, Ms. Français 995.
9. Emanuel Büchel, *Danza macabra*, 1768.
10. Michael de Wohlgemut, *Danza de la muerte*, xilografía que ilustra la Crónica de Nuremberg, 1493.
11. Albercht Kauw, *Danza macabra*, 1640, Museo de Berna.

12. Giacomo Borlone de Buschis, *Triunfo de la muerte y danza macabra*. Oratorio dei Disciplini de Clusone (Italia), 1485.
13. Danza macabra, sala capitular del convento de San Francisco de Morella, Castellón (España), siglo XV.
14. Hans Holbein el Viejo, *Adán y Eva expulsados del paraíso bailando la primera danza macabra*, Lyon, 1538.
15. *La Danza macabra (Danse macabre)*. Poema sinfónico de Camille Saint-Saëns compuesto en 1874. Op. 40. Está inspirado en una leyenda sobre la Muerte que toca el violín a medianoche y convoca a los esqueletos para bailar hasta el amanecer. La obra fue estrenada en París en 1875.

Asunción, 25 de julio, 2025

THE DAUNCE OF DETH
(La danza de la Muerte)

Traducción en prosa de *The Daunce of Deth*, de John Lydgate, por José Antonio Alonso Navarro

Incipit Macrobius

Oh vosotras, criaturas dotadas de razón, que anheláis la vida eterna, leed aquí una enseñanza provechosa que os servirá de guía en vuestra vida terrenal, en especial para aprender cómo uniros a la danza que soléis ver bailar de modo natural a hombres y mujeres por igual, pues la Muerte no perdona ni a grandes ni a chicos.

Angelus

En este espejo que os servirá de modelo cada cual descubrirá que más tarde o más temprano tendrá que unirse a esta danza. Quién irá antes o quién irá después es algo que está sujeto al plan divino. Así pues, cada uno tendrá la oportunidad de unirse a ella sin rechistar; y es que la Muerte no perdona ni a los pobres ni a los de sangre real. Por lo tanto, que cada uno de vosotros tenga presente, sin olvidarlo, que Dios ha hecho a todos de la misma pasta.

Papa

Vos, que desde vuestra cátedra excedéis en excelencia a todos los demás estados eclesiásticos en la tierra y que, como Pedro, poseéis el gobierno de toda la Iglesia en particular, encabezaréis el baile como un señor y un gobernante del más alto rango, pues a pesar de la dignidad de vuestro estado papal y de todo vuestro señorío, al final de Dios es el poder y la gloria.

Responsum

Yo no tengo más remedio que encabezar este baile con la Muerte, que se sentó en la tierra como la criatura más majestuosa en mi cátedra de autoridad —un estado muy peligroso para quienes pretendan ocupar el rango de san Pedro—, por todo ello, no podré huir de la Muerte, y tendré que unirme a esta danza con otros, pues para quienes observan todas las cosas con prudencia, tal honor papal vale poco para los que mueren tan pronto.

Imperator

Señor emperador, señor de toda la tierra, príncipe más excelso que a todos excede en grandeza, abandonad vuestra esfera de oro, vuestro cetro y vuestra espada, y todas vuestras sublimes hazañas en el campo de batalla, dejad de lado vuestros tesoros y riquezas, y uniros sumisamente a mi danza con los otros. De nada os valdrá vuestro valor contra mi poder, pues los hijos de Adán están destinados a morir irremediabilmente.

Responsum

Yo no sé a quién podré acudir cuando la Muerte, que me ronda acosándome, me acometa. No hay remedio que valga para mi cuita, excepto una espada y un pico que servirán para preparar mi sepultura, y una sencilla mortaja, y con esto acabo, que habrá de envolver mi cuerpo y mi rostro, por esa razón me lamento en extremo de que los grandes señores no tengan privilegio alguno frente a la Muerte.

Cardinalis

Parece, señor cardenal, por la expresión de vuestro rostro, que estáis molesto y lleno de temor, mas, en verdad, a pesar de ello, tendréis que aprender la manera de uniros a esta danza junto con otros estados. Aquí en la tierra habréis de dejar vuestros vistosos y elegantes ropajes, vuestro capelo rojo, y vuestras vestiduras de gran valor. Todos y cada uno de estos objetos valiosos en conjunto hacen que en medio de tanta dignidad se pierda todo buen juicio.

Responsum

Tengo una razón de peso, os digo con toda certeza y sin temor a errar, para estar molesto y mostrarme harto temeroso, porque la Muerte ha venido para acometerme sin previo aviso, por lo que de aquí en adelante jamás podré vestirme de nuevo con vestiduras hechas de piel gris o de armiño de acuerdo con mi condición. Con gran pena tendré que dejar aquí en la tierra mi capelo rojo, por todo lo cual bien sé ahora cómo toda dicha acaba en pesar.

Imperatrix

Dejadme ver vuestra mano, mi señora doña emperatriz, no os mostréis desdeñosa a la hora de bailar conmigo. Dejad de lado todas vuestras riquezas, vuestras suntuosas vestiduras, vuestros falsos halagos, vuestra expresión distante, vuestra altivez y vuestros extravagantes vestidos de oro. Muy poco os habéis acordado de la Muerte, pero bien veis ahora que al final todo queda reducido a la nada.

Responsum

¿Qué valor tienen el oro, las riquezas o las piedras preciosas? O ¿Qué valor tienen la alta alcurnia o la nobleza? O ¿Qué valor tienen la lozanía o la hermosura? O ¿Qué valor tienen la altivez o la indiferencia? La Muerte, finalmente, da jaque mate a toda esa fatua grandeza. De nada sirve el poder terrenal, ni tampoco el pago de un rescate, ni los parientes, ni la amistad, ni el esplendor, pues la Muerte ha venido para poner fin a mi elevado estado.

Patriarcha

Señor patriarca, se os ve harto triste y rendido, pues a otros que van a bailar conmigo tendréis que acompañar. Y añadido que vuestra cruz patriarcal hecha de oro y resplandecientes piedras preciosas, todo vuestro poder y todo vuestro rango algún otro heredará en justicia y legítimamente en cuanto pueda. Y no penséis que alguna vez os convertiréis en papa, pues la necia esperanza no hace sino engañar a muchos.

Responsum

El honor mundano y los incalculables tesoros y riquezas me han ofuscado en verdad. Mis gozos de antaño se han tornado en pesar. ¿De qué sirve hacer gala de tal honor? Poco aprovecha medrar tan alto si la recompensa al final es caer en desgracia y perderlo todo. Los hombres dilapidan más riquezas sin límites de las que pueden contarse. Los que más poder alcanzan en vida son los que más miedo tienen; una carga tan onerosa como esta suele abrumar a los hombres con suma frecuencia.

Rex

Rey noble y ecuánime, y más digno de fama, a pesar de todo vuestro esplendor, venid aquí ahora mismo; antaño gozasteis de grandes extensiones de tierra y de reinos que se arrodillaron ante vuestra enorme grandeza. Debéis prepararos, tal como dicta natura, para bailar esta danza, y para dejar de lado, finalmente, vuestra corona y vuestro cetro. Los que más riquezas posean serán los que no se lleven nada con ellos en su postrera hora, excepto una simple mortaja.

Responsum

Hasta ahora no he aprendido a bailar una danza que consta, en verdad, de pasos tan frenéticos, y que por medio de la cual me doy cuenta muy claramente de algo en esencia que me lleva a hacerme la siguiente pregunta: ¿Existe algún poder o cuna, por muy alta que esta sea, por el que merezca la pena ser soberbio? La Muerte todo destruye, tal es su costumbre, a nadie que en este mundo more salva, ni a grandes ni a chicos. Lo mejor será acoger a la Muerte con gran mansedumbre, pues más tarde o más temprano todos habremos de convertirnos en polvo.

Archiepiscopos

Señor arzobispo, ¿por qué apartáis de esa manera la mirada y el rostro con desdén? No tendréis más remedio que acatar mi ley mortal, pues enfrentaros a ella no sería sino en vano; y estad bien seguro de que cada día la Muerte, que está siempre próxima, sigue su curso natural. Ni los empréstitos ni la Muerte pueden esperar, pues en la hora postrera los hombres tendrán que vérselas con su anfitriona.

Responsum

¡Ay, no sé adónde huir! Qué angustia me oprime el pecho por temor a la Muerte; no hay refugio alguno en el que pueda esconderme para escapar de su poder. Conociendo cuán desabrida y cruel es tal señora, no habrá más remedio que decir adiós a toda pompa y boato, a la soberbia en especial, y a mi suntuoso palacio con todos sus tesoros y riquezas. Lo que tenga que hacerse, se hará.

Princeps

Poderoso príncipe sin parangón, estad bien seguro de que no podréis evitar bailar esta danza, pues ni el poderosísimo Carlomagno ni el noble Arturo con todas sus recordadas gestas y todos sus caballeros de la Tabla Redonda pudieron evitar hacerlo. ¿De qué les sirvieron a ambos sus corazas, sus armaduras o sus cotas de malla, su afamada valentía y sus escudos contra la Muerte cuando Esta los acometió?

Responsum

Mi único anhelo en la vida fue asediar castillos y fortalezas inexpugnables, así como someter a mis enemigos en busca de honor, gloria e incontables riquezas, mas, para pesar mío, bien veo que la Muerte puede acabar con todo arrojito terrenal que se persiga. Ahora no siento sino desprecio por todo aquel anhelo de antaño. Para ella solamente lo amargo, mas también lo dulce, pues la Muerte no permite demora alguna.

Episcopos

Acercaos, señor obispo, con vuestra mitra y cruz, yo os aseguro con toda certeza que, a pesar de todas vuestras riquezas, a pesar de todos vuestros tesoros que os reservasteis para vos durante mucho tiempo, a pesar de vuestros bienes terrenales y vuestras cosechas, y a pesar de vuestro sagrado ministerio espiritual propio de vuestra prelación, habréis de someteros (a la Muerte) dando cuenta de vuestros actos. Ningún poderoso que se siente en lo alto podrá librarse de Ella.

Responsum

No me place en absoluto lo que la Muerte acaba de anunciarme tan repentinamente. Ello ha hecho que mi rostro se torne harto apesadumbrado, y que mi ánimo pierda con todo, las ganas de cantar. Se me hace que el mundo funciona al revés, pues a todos los estados puede desheredar como si nada de todas sus prebendas y riquezas. Todos tendremos que partir de este mundo sin que nada podamos hacer; todo desaparecerá salvo nuestras buenas obras.

Comes et Baro

Conde o barón, vos que de aquí para allá os habéis esforzado arduamente con el propósito de ganar honor y renombre, olvidad vuestras trompetas y clarines. No estáis soñando ni es engaño lo que oís. Antaño fue vuestra costumbre y anhelo regocijarnos con el honor mundano propio de vuestro estado, mas, al final, como sucede con harta frecuencia, siempre aparece alguien que ha de derribar lo que otro ha construido.

Responsum

Con mucha frecuencia se me permitió acometer grandes empresas y gestas que me dieron gloria y fama. Supe ganarme la gratitud de altas dignidades y granjearme el amor de príncipes y señores de renombre; jamás me calumniaron en ninguna corte real de lustre, mas sin previo aviso, la Muerte hace acto de presencia para debilitar todo poder, y bajo el cielo nada permanece en la tierra.

Abbas et prior

Señor abad y prior de ancho sombrero, tenéis una buena razón para estar molesto. Vuestra cabeza es grande, y vuestra barriga redonda y gorda, y aunque no sois nada ligero, tendréis que bailar la danza de la Muerte. Dejadle vuestro señorío a otro, vuestro heredero ya tiene edad suficiente para ocupar vuestro estado. Cuanto más gordo sea el que yo haya nombrado como tal, antes se pudrirá en su sepultura.

Responsum

La amenaza vuestra que presagia la pérdida de toda mi autoridad no me incomoda demasiado, pues saber que moriré como un monje de clausura en cierto modo me causa menos agravio. ¿De qué van a servirme mis prebendas o mi enorme riqueza? Sin embargo, arrepentido con devoción suplico misericordia, aunque en presencia de la Muerte los hombres se juzgan a sí mismos demasiado tarde.

Abbatissa

Y vos, mi señora abadesa de noble cuna, con vuestro holgado manto de piel, dejad de lado vuestro velo, vuestra toca, vuestro valioso anillo y vuestra mullida ropa de cama, pues a esta

danza yo habré de conduciros. Aunque sois delicada y de noble alcurnia, mientras viváis, disponedlo todo antes de morir, pues detrás de la Muerte se va con las manos vacías.

Responsum

¡Ay de mí! La Muerte ha decretado que bajo ninguna circunstancia pueda yo huir de ella, pues yo también estoy obligada en justicia a bailar en este mundo junto con otros esta danza siguiendo los pasos de ella. De esta peregrinación a la otra vida, que es asunto grave y no es motivo de chanza, nadie se va a librar. Aquel que esté siempre dispuesto a aceptar su postrera hora, no lamentará nunca las horas de espera que Dios le haya destinado en vida.

Iudex

Mi señor juez, tras haber hecho cumplir vos mismo la ley e impartir justicia durante mucho tiempo, bien se puede decir de vos que sois un buen conocedor de la ley además de sabio, mas de la celada que os he puesto no podréis escapar. Cuán poco deseáis acatar una sentencia que, en verdad, vos mismo dictasteis para otros cuando tuvisteis la ocasión de hacerlo. Así pues, hay un antiguo dicho que dice: «Bien se siente el que siempre hace el bien».

Responsum

¡Ay de mí! Aunque mis sentencias podrían no haber sido las correctas, no fue porque no quisiera hacer el bien. Si ahora me injuriasen y dañasen gravemente mi nombre por muchas causas que en su momento remití con frecuencia a un tribunal superior, estaría perdido irremediablemente a menos que recibiese clemencia. Así pues, como puede comprobarse en las Sagradas

Escrituras, bendito sea quien en todo momento hace la ley y la hace cumplir con justicia.

Doctor utrisque Iuris

Venid aquí, doctor en Derecho Canónico y en Derecho Civil. A estas dos ramas del derecho de larga tradición habéis dedicado vuestro tiempo. Cuidaos de no haber engañado a nadie con vuestros asuntos legales con el propósito de obtener algún beneficio propio. Ahora disponeos para aprender a bailar conmigo; de nada os servirán todas vuestras leyes. Dadme la mano, y no os resistáis. Ha llegado vuestra hora, de eso no hay duda.

Responsum

¡Ay, Jesús! ¡Tened compasión! Ved cuán frágil es la humanidad, y de qué poco tiempo dispone en este mundo. Ningún acta legal que haya sido sellada garantiza que el hombre sea dueño de su propia vida. Así pues, en todas las cosas la vida se asemeja a una flor que haya brotado apasionadamente, y que en seguida comience a marchitarse por causa de la escarcha. Cuando la Muerte cruel ha llegado para traer su mensaje, Esta se lleva a un ser vivo embozado en la sombra.

Miles et armiger

Caballero o escudero, vos que estáis vestido con ropajes relucientes, y conocéis las últimas danzas de moda, aunque ayer portasteis con destreza vuestras armas a caballo, incluyendo una lanza y un escudo de singular apariencia, y os embarcasteis en innumerables hazañas extraordinarias, bailad con nosotros, así habrá de ser; no habrá ayuda alguna que valga, pues no hay nadie en este mundo que pueda escapar del poder de la Muerte.

Responsum

Puesto que ya he caído en la celada de la Muerte, pronunciaré algunas palabras antes de mi partida final: Adiós a toda alegría; adiós a los placeres mundanos; adiós, damas mías, que antaño lucisteis rostros tan lozanos; adiós belleza, destinada a resplandecer tan poco. Tras la Muerte y sus cambios, todo vuelve a comenzar; pensad en vuestras almas antes de que la Muerte os ronde, pues todo, al final, se pudrirá sin que nadie sepa cuándo.

Maior

Venid aquí, señor alcalde, vos que tuvisteis autoridad suficiente para gobernar esta ciudad. Aunque vuestro poder fue enorme a todas luces en riquezas y tesoros, en estos momentos no tenéis libertad ninguna para huir de mi danza. No existe ni condición ni estado en la tierra que pueda escapar de cualquiera de mis poderes. No hallaréis caso alguno de nadie que haya logrado escapar de la Muerte gracias a sus riquezas o a la influencia de su cargo.

Responsum

¿De qué me sirve ahora el estado que tuve y que me permitió gobernar ciudades o habitantes, o todas esas abundantes riquezas o bienes que acumulé en el pasado con tanta rapidez? Para el que desee aprender una lección, le diré que la Muerte todo destino trastoca adversamente; ved cuán presta ha venido para detenerme. Así pues, cada uno tendría que juzgarse antes por dentro de manera cautelosa y reflexionar acerca de los pecados cometidos.

Canonicus Regularis

Dejadme ver vuestra mano, señor canónigo regular, en el pasado hicisteis voto a la Iglesia como su humilde y obediente siervo a fin de vivir con castidad de acuerdo con vuestra profesión, mas no habrá consuelo que valga para mis sentencias dictadas sin avisar y sin compasión, salvo una que podría resumirse así: «Aquel que viva al amparo de la virtud deberá morir con mansedumbre».

Responsum

¿Por qué debería lamentarme o rebelarme contra la ley verdaderamente natural que determinó que tanto yo como todos los seres humanos al nacer estemos destinados a morir? Recordar esto mismo no es baladí al tiempo que rogamos al Señor, que fue crucificado en la Cruz, que funda su misericordia con Su poder eterno y salve a las almas que fueron redimidas por Él por la gracia de Su sangre.

Decanus

Señor deán o canónigo, vos que habéis gozado de enormes prebendas, riquezas y posesiones, parece que os vais a quedar sin vuestra parte de las limosnas para dilapidar en vistosos ropajes, pues la Naturaleza, que causa que algún día todos los hombres hayan de danzar a la vera de la Muerte, se ha puesto en marcha, y a vos os corresponde ahora no demorarla por más tiempo, pues la Muerte viene siempre cuando menos se la espera.

Responsum

Mis muchos y variados beneficios, mis suntuosas propiedades, ¡ay! Qué poco pueden consolarme ahora. La Muerte me ha arrebatado todo lo mejor, y ninguna de mis

riquezas puede levantarme el ánimo ahora. Mis vestidos elegantes de color gris junto con el resto de mis muchas prebendas deberán volver al mundo, por lo cual, cómo enseñan los sabios, los hombres deberán esforzarse en morir con mansedumbre.

Monialis

Monje, aunque habéis recibido la tonsura, vestís el hábito negro (de la orden de los benedictinos), y recibisteis siendo casto el manto y el anillo, no podréis apartaros del curso de la naturaleza, y con otros tendréis que bailar en cuanto yo me manifieste. En este mundo no hay nadie que esté vivo, ni viuda ni doncella ni esposa, como podéis leer aquí claramente, que haya hallado defensa alguna contra la Muerte.

Responsum

De nada servirá ponerse a discutir con la Naturaleza, en especial cuando la Muerte comience su embestida, por esta razón, aconsejo a todas las criaturas vivas que se preparen para batalla tan feroz. La virtud es más fuerte que cualquier armadura o cota de malla; nada puede socorrer más y otorgar la absolución en dicho trance que demostrar de manera individual el amor y el temor de Dios mediante la entrega de limosnas.

Chartreux

Señor cartujo de mejillas mustias y lívidas por causa de la vigilia y un prolongado ayuno, dadme vuestra mano, y bajad vuestro mentón para uniros a esta danza con humilde paciencia. No os resistáis, y tampoco os esforcéis en vivir más. Aunque mi aspecto exterior causa aversión, la Muerte siempre vence al hombre.

Responsum

Ya hace mucho tiempo que morí en este mundo siguiendo los votos de mi orden y mi profesión. Aunque el hombre, no importa lo fuerte que pueda ser en su último trance, teme morir de acuerdo con el instinto natural tras su disposición carnal, a mí me consuela saber que al Señor le agrada guardar mi alma del poder del diablo y de la condenación. Los que viven hoy morirán mañana.

Abogado

Acercaos, señor abogado, con el fin de presentar vuestros alegatos y poder defender vuestro caso ante su señoría. Os habéis ocupado de infinidad de pleitos y demandas, y por dinero a muchos habéis reparado legalmente sus agravios. Pero ahora, vuestro ingenio artero no será considerado sino desatino a menos que desterréis de vos la pereza y la codicia. Despertad cuanto antes, y trabajad llevado de la misericordia, pues aquellos a los que más pronto se engaña son aquellos que más confianza tienen en sí mismos.

Responsum

De acuerdo con el derecho y la razón de la ley natural, de nada me sirve presentar una demanda legal ni llevar a cabo ninguna defensa, ni tampoco hacer uso de ninguna estratagema o de ninguna ley a pesar de todo mi enorme ingenio y buen juicio para poder librarme de esta terrible sentencia. No hay nada en la tierra que le permita al hombre enfrentarse al poder de la Muerte. Dios retribuye a cada cual según sus méritos.

Generosa

Venid aquí, joven y lozana señora, vos que sois portadora de una sublime hermosura. Antaño tan hermosas como vos fueron Políxena, Penélope y la reina Helena, sin embargo, cuando les llegó la hora, a la danza de la Muerte se unieron las tres,¹ y a vos, a pesar de vuestra altivez, os tocará también llegado el momento. Aunque durante mucho tiempo os habéis resistido a ello con desdén, para esta danza tarde o temprano habréis de preparaos.

Responsum

¡Oh, muerte cruel que no perdona estado alguno! Con los viejos y con los jóvenes os mostráis indiferente. Tras vuestro juicio mortal y sumarísimo, habéis dado jaque mate a mi hermosura, pues en mi juventud fue mi propósito principal poner a cuantos hombres fuera posible a mi servicio. Mas, en una palabra, qué necia aquella que en su hermosura puso toda su confianza.

Maese astrónomo

Venid aquí, maese, vos que miráis tan alto con vuestros aparatos de astronomía con el fin de medir los grados y la altura de cada estrella. ¿De qué os sirve vuestra astrología, pues desde

¹ En el poema se lee que fueron dos las que se unieron a la danza (de la Muerte) y no tres. Esto genera cierta confusión. En la nota 453 de la versión A (Selden) (edición digital de Megan L. Cook y Elizaveta Strakhov puede leerse: «Yit on this daunce thei wente bothe tweine. Although this reading is consistent across manuscripts, there is a contradiction between the three women (Polyxena, Penelope, and Helen) to whom the Gentlewoman Amorous (equivalent to the Generosa, or Rich Woman, in the B text) is compared and «both tweine», which clearly refers to two figures».

el momento en que Dios puso a caminar en la tierra a todos los descendientes de Adán, la Muerte ha ido poniendo fin a sus vidas? Por consiguiente, la teología sostiene que todos los seres humanos morirán por culpa del pecado original.

Responsum

A pesar de todo mi arte, erudición o conocimiento, he sido incapaz de protegerme contra la Muerte; también he sido incapaz de hallar el medio contra Esta buscando en las estrellas o tratando de localizar o calcular la posición de aquellas en el cielo, más bien la conclusión final que he sacado es que todo nuestro saber se explica íntegramente por medio de una máxima que procede de la razón: «Quien vive con rectitud habrá de morir con mansedumbre».

Frater

Venid aquí, fraile, os extiendo la mano a fin de conducirlos y guiarlos a esta danza sobre la que tanto habéis adoctrinado en vuestras prédicas, y en las que habéis sostenido, además, que yo, la Muerte, soy de temer de lo espantosa que soy, aunque la gente no haya prestado atención a vuestras palabras. Sin embargo, no hay nadie que sea ni tan fuerte ni tan intrépido a quien yo no me atreva a encerrar en mi prisión y a liberar sin exigirle ninguna compensación, pues a cada hora la Muerte está presente y dispuesta a embestir.

Responsum

¿Qué puede ser aquello de lo que en este mundo ningún hombre tiene certeza? El vigor, las riquezas, todo aquello que el hombre sepa o toda la sabiduría de la tierra no es sino pura vanidad. Nada hay ni en el poder ni en la pobreza que pueda amparar al ser humano de la Muerte, por lo cual les digo tanto a

los de alta cuna como a los de baja cuna que sabio es el pecador que enmienda su vida.

Oficial de justicia

Venid aquí, oficial de justicia, con vuestra majestuosa maza, no tratéis ni de defenderos ni de rebelaros. Aunque sois arrogante por naturaleza, de nada os servirán vuestras quejas en este caso, pues no habrá para vos ni apelación ni defensa que os otorgue poder para actuar erradamente. Así pues, no hay recio paladín, por poderoso que sea, que la Muerte, sin embargo, no pueda vencer al ser más fuerte.

Responsum

¿Cómo os atrevéis, Muerte, a ponerme bajo custodia, a mí, que soy el oficial real, y que ayer, sin más, estuve viajando de un lugar a otro ejerciendo mi oficio con actitud desdeñosa? Y hoy heme aquí detenido sin poder huir, aunque haya jurado hacerlo. Nadie, ya sea de aquí o de fuera, que no haya aceptado antes que habrá de morir algún día, querrá hacerlo cuando le llegue la hora.

Miembro del jurado

Señor miembro del jurado, vos que tanto influisteis legalmente en las sesiones del tribunal civil y en las pesquisas del condado, partisteis la tierra a vuestro antojo, y a quien más dinero os ofreció, más favorecisteis. Sabed que por dinero despojasteis a la gente de lo que tenía, haciendo que el pobre perdiera su tierra y su casa. Pero veamos ahora si dentro de poco podréis absolveros a vos mismo ante el juez.

Responsum

Antaño en mi país me pusieron el sobrenombre de cabecilla, lo que no fue poca cosa. Nunca me quisieron, y siempre fui temido tanto por los de buena cuna como por los de baja estofa, pues nunca tuve reparos en condenar al que quise con mis tretas, de modo que, en muchas ocasiones, siguiendo mi deseo, hice colgar al honesto y absolver al ladrón. Tuve al país entero en mis manos, más ahora me atrevo a decir, en pocas palabras, que de mi muerte muchos se alegrarán.

Mimus

Noble trovador, mostradme ahora vuestro talento, mostradme cómo tocáis o bailáis correctamente esta danza. Bien me atrevo a decir que nunca antes se había dado la fortuna de cantarse una canción más difícil que esta. Así pues, pensad en qué es lo mejor que conviene a vuestra alma, y seguid el consejo que os voy a dar: «Apartad toda necia diversión y todo vano deleite; nunca es tarde para hacer buenas obras».

Responsum

¡Oh, Dios mío!, ¡qué mundo tan veleidoso! Ahora alegre, ahora triste, ¿y eso de qué sirve a nadie? ¡Adiós al arpa, al laúd, a la viola, a la flauta, al salterio, a la cítola y a la chirimía! Aquí y ahora renuncio a todo placer mundano. Y por tal penitencia, ruego a Dios que me conceda la gracia de perdonar mis pecados del pasado, pues nadie que no baile (la danza de la Muerte) se sentirá feliz.

Famulus

Funcionario de la corte, si en vuestro cargo habéis actuado como es deseo de Dios y honradamente, haciendo justicia como

se debe a pobres y a ricos por igual, y evitando la exacción con todas vuestras fuerzas, entonces bailaréis esta danza con levedad, de lo contrario os resultará muy pesada de bailar. Cuando finalmente haya de juzgarse a cada uno, habrá de partirse de este mundo, pues el tiempo a nadie espera.

Responsum

¿Tendré yo, que se supone que tendría que haber vivido muchos años más, que bailar la danza de la Muerte tan pronto, y abandonar tan repentinamente todo el placer de mi cargo y los beneficios propios de él? Sin embargo, antes de mi partida os aconsejo que no causéis agravio alguno a nadie por temor a Dios y al castigo, y recordad que la labor de un funcionario de la corte no se hereda.

Phisicus

Vos, médico, vos que, por dinero, como los demás médicos, observáis con tanto detenimiento la orina de los otros para diagnosticar sus dolencias, ocuparos mejor de vos mismo, o al final me dará cuenta del nulo provecho de vuestras medicinas y de vuestro oficio, pues la Muerte sin avisar llega para acometer con mucha facilidad tanto a los médicos como a los demás mortales; tarde o temprano vos mismo lo comprobaréis en carne propia. No hay ninguna duda de que en el Día del Juicio Final la humanidad recogerá lo que haya cosechado.

Responsum

¡Ay! Cuánto tiempo y cuánto esfuerzo he dedicado por dinero al estudio de la medicina y a ejercer mi oficio como médico tanto a nivel teórico como práctico con el propósito de conocer y comprender todas las enfermedades del cuerpo humano, mas en lo que se refiere al bienestar espiritual nunca

supe nada, de modo que a este respecto no hay hierba, ni raíz, ni medicina que valga excepto la misericordia de Dios, pues al final no hay remedio alguno contra la Muerte.

Mercator

Acercaos, rico mercader, y mirad hacia aquí, vos que habéis recorrido muchas tierras a caballo, a pie y que, a mi entender, habéis tenido mucho aprecio por el dinero y las riquezas, dadme sin demora, no empero, vuestra mano para bailar (la danza de la Muerte). ¿Dónde ha quedado ahora vuestra ocupación de antaño? ¡Adiós, vanagloria, que tanto en los señores como en los siervos habéis hecho mella! No hay quien codicie más que el que más tiene.²

Responsum

Por muchas colinas y valles de otros países he viajado con mis mercancías, y por mares exóticos he transportado a las islas más variopintas incontables fardos repletos de objetos y enseres para vender, quizá más de los que puedo contar. Mi corazón siempre estuvo lleno de codicia, mas todo ha sido en vano, la Muerte ha venido para poner fin a todo ello, por lo cual os digo, tal como han escrito los sabios, que quien mucho abarca poco aprieta.

Artifex

Vos, artesano, dadme vuestra mano, pues aún no se ha hallado maña alguna que proceda de la astucia humana que le otorgue a nadie la destreza necesaria para salvarse de mi poder.

² Quizá, este último verso 488 podría haberse traducido también con un proverbio: «La avaricia rompe el saco».

Mi golpe, del cual nadie puede huir ni mediante el ingenio ni mediante ningún plan jamás ideado, es certero y viene sin avisar. Así lo ha decretado la Naturaleza: todos los seres humanos habrán de partir de este mundo cuando la Muerte así lo disponga en el tribunal de marras.

Responsum

No existe estructura (defensiva) que pueda buscarse o hallarse, calcularse o medirse, que posea un diseño nuevo o viejo, según alcanzo a comprender, que sirva de provecho contra la Muerte, pues Ella es capaz de atravesar escudos, armaduras y cotas de malla; ¡Ay! ¡Ay! Contra su mandoble no hay estratagema ni conocimiento que nos proteja cuando Esta ha decidido embestir mortalmente.

Laborarius

Vos, labrador, que, con tristeza, sufrimiento y mucho sudor habéis arrastrado vuestra vida, debéis bailar aquí (la danza de la Muerte) sin enojaros, pues, aunque os enojéis, de nada os va a servir hacerlo. La razón por la que os acoso es únicamente para apartaros de este pérfido mundo que causa la perdición de la gente. Así pues, necio es el que pretende vivir para siempre.

Responsum

Hubo muchas veces que deseé toparme con la Muerte, aunque ahora desearía huir de Ella. Preferiría, por lo tanto, estar padeciendo en estos momentos los rigores del viento y de la lluvia y haberme ido a trabajar con el arado; estar trabajando con el pico y la pala en busca de fortuna; estar faenando duro con las manos; o haberme ido a trabajar con mi carreta. Por todo lo cual, afirmo y sostengo llanamente que al final nadie permanece en este mundo.

Infans

Vos, pequeño, que acabáis de nacer, y que habéis sido engendrado para sufrir en este mundo, tras un juicio llevado a cabo hábilmente debéis dejaros conducir (a la danza de la Muerte) junto con aquellos que vinieron aquí antes que vos; debéis aprender desde el principio a bailar esta danza, ya que, en verdad, para escapar de ella no hay edad. Dejad que todos recuerden esto que os voy a decir: «Aquellos que vivan más serán los que al final hayan de sufrir más dolor».

Responsum

Ba, ba, ba.³ No sé hablar. Soy muy pequeño, pues nací ayer. La Muerte está ansiosa por hacerme daño, y no desea demorar su golpe mortal. Acabo de nacer, y ya me tengo que ir, después nada más se sabrá de mí. Nadie puede oponerse a la voluntad de Dios, pues tan pronto pueden morir las ovejas jóvenes como las viejas.

Heremita

Vos, ermitaño, que habéis vivido largo tiempo en un lugar inhóspito y silvestre y ayunado largamente, ha llegado la hora de que os preparéis para sentir mi danza, pues contra ella no es posible ofrecer resistencia alguna; abandonad ahora vuestro

³ He optado por traducir esta parte como el balbuceo de un niño que aún no sabe hablar. Otras opciones serían las de da, da, da o incluso las de ¡Ay, ay, ay! Si atendemos a la definición que da el *University of Michigan Middle English Dictionary* / *Compensium* para la interjección *a* como equivalente de *ala(s)/awei*: «An exclamation used in a great variety of situations to express attitudes and emotions ranging from admiration to scorn and from joy **to grief**, or simply to attract attention; – (a) alone; (b) before a noun of address».

eremitorio. Así pues, que todos adviertan esta máxima: «Que esta vida en la tierra no es sino una peregrinación».

Responsum

La vida en el desierto, llamada vida en soledad, no tiene ni demora ni dilación frente a la Muerte. Llegada la postrera hora, siempre desconocida, la llegada de la Muerte no se hace esperar, y por mi parte, sea bienvenida la gracia de Dios, y con actitud y rostro humildes agradezco a mi Señor los dones recibidos y gozados. Para terminar, solo me resta afirmar en este sitio que solo es rico aquel que complace al Señor.

Conclusio

Todos vosotros, gente, que estáis leyendo este escrito, entended que aquí en este mundo todos los estados de la sociedad acabarán por bailar (la danza de la Muerte); considerad a qué estado pertenecéis y cuál es vuestra naturaleza: no sois nada más en sustancia que carne para los gusanos; y por encima de todo, tened siempre presente en la memoria la siguiente imagen verdadera que sirve para todos los estados: que al final de vuestras vidas os convertiréis en alimento para los gusanos. ¿Qué es la vida del hombre sino una farsa de cara a los demás o un efímero soplo de aire, como muy bien puede verse en esta danza (de la Muerte)? Así pues, vosotros, los que estáis leyendo esta historia, recordad su propósito, y os servirá de guía en la vida espiritual a la hora de evitar el castigo y alcanzar la gloria (celestial), así como de ayuda en toda lucha espiritual. En tiempos de felicidad no temáis leer este escrito, y medita en vuestro interior sobre él, pues en verdad, estad seguros de que no seréis nunca los primeros en morir, mas hará que temáis el

pecado en vida y, rechazado este, lograréis una valiosa recompensa (celestial). Por lo tanto, recordad constantemente estas palabras, y haced uso de la virtud, la oración y las obras de caridad y, me atrevo a decir, que os estaréis esforzando por ser más virtuosos y morir con mansedumbre y cristianamente.⁴

EXPLICIT

⁴ Me ha parecido oportuno traducir esta parte (ye shal doon the bettir) como os estaréis esforzando por ser más virtuosos y morir con mansedumbre y cristianamente considerando uno de los objetivos de esta obra, que es, sobre todo, la aceptación voluntaria de la muerte como una circunstancia en el ser humano natural e inevitable. Lydgate habla de «bien morir» o lit. «morir bien» a lo largo de todo el poema.

THE YLE OF LADYES
(La isla de las mujeres)

**Traducción en prosa de *The Yle of Ladyes*, anónimo,
por José Antonio Alonso Navarro**

Cuando Flora, la Reina de los Placeres, llegó a someter por completo a la fresca y nueva estación allí donde había pasado con holgura, y pudo cubrir con su manto todo aquello que el invierno había desnudado, una noche de mayo cualquiera, al acostarme sin luz y en soledad, me puse a pensar en mi amada y en la gran maestría que había demostrado el Señor, que fue su creador y artífice, a la hora de tallar su imagen, y de hacer en tan poco tiempo un cuerpo y un rostro superiores en belleza y rasgos a los del resto de las criaturas. Y así, tras una jornada de caza, mientras permanecía ensimismado en mis pensamientos y descansaba en una cabaña apartada del camino junto al manantial de un bosque, la naturaleza hizo que me durmiera a medias, y comenzase a soñar, en mi opinión, como si estuviera despierto. Y es que todavía tengo la sensación de que todo lo que vi en mi sueño fue real, y de que en realidad parecía como si no hubiera llegado a dormirme de verdad. Por esa razón, creo por completo que esa noche algún espíritu bueno, haciendo uso de algún extraño medio de transporte, me llevó a un lugar donde pude ser testigo tanto de cosas tristes como de cosas alegres. Sin embargo, sin importar mucho si estuve despierto o si llegué a dormirme, lo que sí tengo muy claro es que me reí y lloré muchas veces. Así pues, trataré de recordar las cosas malas y las cosas buenas que me sucedieron, y que llegaron a enfermarme y a sanarme al mismo tiempo.

Ruego a Dios, por lo tanto, para que podáis conocer todos los detalles de mi historia, o que, al menos, seáis testigos una noche cualquiera de una experiencia similar a la que yo tuve. Y aunque tal experiencia os resulte dolorosa, a la mañana siguiente, no obstante, os sentiréis alegres, y desearéis que haya durado todavía aún más. Así que consideraros afortunado, y sabed que quien sueña y crea que su sueño contiene un significado,⁵ mayor conocimiento tendrá este mismo de un hecho determinado, y menos serán las cosas que lo turben. En definitiva, creo que cuanto vi con mis propios ojos fue real, y que, en verdad, no se trató de ningún sueño, sino de alguna experiencia que trajo consigo una señal o significado de un asunto inesperado relacionado con el amor.⁶ De esta manera, una noche oscura, como ya habéis escuchado, en la que no estaba ni totalmente despierto ni totalmente dormido, y más o menos a la hora en la que los enamorados sollozan y solicitan los favores de sus damas, me sucedió esta aventura prodigiosa que estáis a punto de escuchar con todos los detalles y de la mejor manera que pueda hacerlo en un español⁷ sencillo y llano, aunque mal escrito.

Ya sabéis que con el escritor que se está durmiendo, si comete errores, hay que ser más indulgente que con aquel que está despierto. De este modo, recurro a vuestra cortesía y os pido que paséis por alto, dado mi tosco estilo de escribir, mi falta de atención a los detalles, y pongáis más atención a las cosas que diga en esta historia. Asimismo, os pido que tampoco prestéis atención a la redacción de la misma ni a sus figuras retóricas, qué Dios os ampare, sino que paséis por alto todo ello como si fuera algo que no tiene mucha importancia. Así pues, escuchad lo que sucedió. Bien, comienzo diciendo que en mi

⁵ De tipo oracular.

⁶ Lit.: «placer».

⁷ Inglés.

sueño pensé que me hallaba en una isla en la que las murallas y las puertas estaban hechas de cristal, y la cual estaba cercada de tal manera que nadie pudiese entrar o salir sin permiso. Se trataba de una isla que a la vista resultaba tan poco familiar como extraña. Para cada puerta hecha con el mejor oro se habían fabricado, para que sonasen en sintonía, mil veletas que daban vueltas. Pero eso no es todo, encima de cada veleta había diversos y variados pájaros que cantaban, en pareja, y que, de cara al viento, tenían las bocas abiertas. Todas las torres, que, por cierto, estaban dotadas de un buen número de torrecillas en lo alto, poseían el mismo estilo y estaban talladas ingeniosamente, como si fueran flores jamás vistas en mayo, con extraños colores destinados a durar siempre. Sin embargo, no pude ver a ningún ser humano vivo ni a ninguna otra criatura, excepto a un grupo de mujeres que en aquella isla parecían estar divirtiéndose bailando y cantando. Aquellas mujeres estaban vestidas con tal elegancia que, a mi juicio, ninguna otra mujer podría superarlas a este respecto. Por su manera de bailar y cantar no parecían criaturas terrenales.

En verdad, qué extraña era su conducta a juzgar por su forma de divertirse, tan distinta de la manera en la que las mujeres suelen hacerlo habitualmente. Todas parecían tener la misma edad, salvo una que tenía bastantes años, y que por ello no podía ni cantar ni bailar, aunque en su rostro se mostraba tan alegre como cualquiera de las otras mujeres jóvenes que se encontraban allí. Poco o nada la hubiera causado enojo en ese momento considerando lo bien que se lo estaba pasando mientras reía y contaba historias, tanto que parecía que hubiera llenado una faltriquera hasta los topes de entretenimientos y muchos juegos. Antaño había sido una mujer hermosa y, a decir verdad, parecía ser la gobernanta de todo aquel grupo de mujeres amantes de la diversión, y así debía ser, os lo aseguro, puesto que era una de las criaturas más sabias entre todas, o al menos así lo decían, sin que mediase discusión alguna, cuantas

la conocían. Además, era seria y muy juiciosa, se mantenía apartada de todos los vicios y a nada se aferraba más que a la fe y a la verdad.

Qué lastima más grande que no fuese una mujer joven, pues en todas partes y en todos los lugares de la isla era ella la que gobernaba, conduciéndose siempre cortésmente tanto con las más pobres como con las más ricas lo que, en una palabra, hacía que no hubiera nadie como ella, ni siquiera alguien que tuviera, por lo menos, la mitad de sus cualidades como gobernanta para conducir a tal grupo de alegres mujeres. Y así sucedió que cuando hube examinado hasta hartarme aquella isla llena de placeres y diversión y la manera en la que se manejaban todas las cosas allí, isla, por otro lado, mucho más difícil de imaginar en la mente, para maravilla de cualquiera, que el propio paraíso terrenal con toda la felicidad habida en ella, me dí cuenta, y me atrevo a decirlo sin reparo, que en un lugar como aquel nada podría faltarle a ninguna criatura: ni flor, ni árbol, ni nada de lo que uno pudiera desear de placentero para sí mismo: riqueza, salud, belleza o serenidad. Solamente había que desear lo que se quisiese y el deseo se cumplía de inmediato, sin más. Nunca antes había estado en un lugar como aquel ni tampoco había oído decir que allí existieran seres vivos.

Y cuando hube examinado, como digo, la isla por completo, así como la manera en la que allí se disponían y organizaban todas las cosas, sentí una gran complacencia en mi corazón, y a mí mismo me dije lo afortunado que era, en verdad, por haber recibido la gracia de contemplar a unas mujeres tan hermosas y un lugar tan bello como aquel, os lo aseguro. Tanto es así que, en mi opinión, os digo que, si la naturaleza pusiera todo su empeño en tratar de mejorar algún rasgo del aspecto físico de aquellas mujeres, sería incapaz de hacerlo, aunque hiciera uso de toda su pericia con el fin de embellecerlas aún más. Todo resultaría en vano, pues aquellas mujeres habían

sido dotadas de una gran hermosura desde el mismo momento de su nacimiento. También hubo algo que me llamó poderosamente la atención sobre ellas, y era el hecho de saber que estas no morirían nunca, y que su belleza sería eterna para siempre, prodigio este que no se había visto en ningún otro ser vivo ni en ningún otro lugar. Así pues, alabo, junto con su sabiduría, la belleza eterna de aquellas mujeres, belleza que habría de considerarse como un gran don, puesto que sus vidas ya no tenían un límite de tiempo específico y, por lo tanto, habían sido libradas de toda enfermedad. Y cuando pensé que ya había visto en aquella isla la manera en la que se disponían y ordenaban enteramente todas las cosas, incluidas las riquezas habidas en ella, y creí que ya no vería nada más que fuera de utilidad o provecho en manera alguna para las cosas bellas que contenía esta o para mi propio entretenimiento, de súbito, mientras allí me encontraba, esta señora que tantas cosas conocía, se acercó a mí con ánimo sonriente y me dijo:

—¡Bendito seáis! Este año no he visto aquí a ningún otro hombre excepto a vos. Decidme cómo habéis venido a parar hasta aquí, cómo os llamáis, donde vivís, y a quién buscáis. Y os conviene que digáis la verdad, pues de no ser así, seréis mi prisionero y el prisionero de estas mujeres, puesto que todas en conjunto poseemos el gobierno de esta isla.

Y al terminar de hablar, sonrió al igual que hicieron toda esa alegre compañía de mujeres que permanecían a su alrededor.

—Señora —respondí—, habiéndome refugiado la noche anterior en una cabaña situada en un bosque que se encontraba cerca de un pozo, me quedé en ella profundamente dormido y ahora heme aquí. ¿Cómo podría explicároslo? La verdad es que no sé por voluntad de quién estoy aquí. Solamente la fortuna podría haber sido la causa de ello dado que a muchos pone, como creo, en apuros, sufrimiento y aprietos, sin darles tregua alguna que les valga. En más, todo lo contrario, a muchos,

lamentablemente, la fortuna ha dejado morir. Así pues, no voy a negar que temo su mutabilidad, ligereza e inconstancia, y que siento miedo de hallarme solo y abatido en este lugar porque resulta prodigioso ver, como veo, a tantas mujeres lozanas tan hermosas, tan inteligentes y tan jóvenes sin ningún hombre entre ellas. No sé cómo he venido a parar hasta aquí, señora –continué–, esto es lo que puedo deciros. ¿Por qué habría de haber inventado toda esta historia para vos que semejáis una princesa? De momento estoy dispuesto a obedeceros en todo cuanto os plazca, y os ruego que me hagáis vuestro prisionero hasta que seáis debidamente informada de todo cuanto inquirís.

La señora se sintió complacida al escuchar tales palabras, y tomándose de la mano respondió:

–¡Sed bienvenido, prisionero inesperado! Con mucha alegría os digo esto, y dado que siento que teméis el disgustarme, trataré de que os sintáis bien.

Y dichas tales palabras y sin pérdida de tiempo, ella y las demás mujeres se reunieron en sesión plenaria con el fin de tomar una decisión acerca de lo que se haría conmigo, después de lo cual fueron a buscarme en seguida para decirme lo siguiente, tal cómo habréis de oír a continuación, palabra por palabra:

–Para nosotras resulta algo insólito veros aquí, pero no deja de maravillarnos menos el hecho de que hayáis tenido acceso a esta isla sin venir aquí en barco o navegando, sino, más bien, a través de algún tipo de treta o artimaña. Sin embargo, no por eso dejaréis de advertir que somos gentiles damas que no deseamos en modo alguno ser descortes con nadie a pesar, no obstante, de que, apelando a nuestro derecho, podríamos hacerlo. Y como habréis de entender claramente, siguiendo la antigua costumbre de esta nación, que se ha mantenido durante muchos años, sabed bien que no podréis quedaros aquí con nosotras por dos razones que deseamos manifestaros. La primera es esta: nuestra ley, que posee una gran antigüedad,

prohíbe, en verdad, que viva ningún hombre entre nosotras en esta isla. Así pues, tendréis que regresar por donde habéis venido. Bajo ningún concepto podréis permanecer en este lugar. La otra razón es que, como podéis observar, nuestra reina se halla ausente del reino, y para nosotras podría ser perjudicial si os permitiésemos estar aquí a vuestras anchas. Por todo ello, tenemos mucho miedo de cometer una falta o de atentar contra nuestra antigua costumbre.

Al escuchar estas dos razones, sentí, ¡Oh, Dios mío!, un dolor grandísimo y repentino en mi corazón, como si alguien, deslizándose con ligereza y sin apenas dejarse notar, me hubiera arrebatado o despojado de mi sosiego y bienestar, y me hubiera hecho sentir tanto miedo en mi interior que hubiera causado que en mí desapareciese finalmente todo rastro de coraje. Y estando en este estado emocional, apareció una mujer toda agitada que, rodeada de una gran multitud de mujeres, comenzó a pregonar a los cuatro vientos que la reina había llegado y estaba a punto de hacer su entrada en la isla.

Tanto se alegraron las mujeres que hasta allí pudieron acercarse, y tan grande fue su deseo de recibir a la reina que, bien tomando las bridas de sus caballos o a pie, se marcharon de inmediato, no quedando allí ni una sola de ellas. Y después me marché yo, a paso lento, pensando en la manera de obtener el favor de la reina para quedarme en aquella isla hasta que la buena fortuna se dignase con buena predisposición a enviarme de vuelta al lugar donde nací, pues no sabía qué camino o sendero tomar, ni adónde ir debido a que todo lo que rodeaba aquella isla era mar. No era de extrañar, por lo tanto, que no tuviera deseos de reírme al pensar en lo insólito y raro de mi situación, la cual, lógicamente, no estaba exenta de peligros. Y estando sumido en tales pensamientos, mientras caminaba sin compañía alguna, vi a todas aquellas mujeres reunidas. Lo siguiente que hice fue acercarme a ellas con el fin de ponerme a su disposición.

Y entonces me fijé en la reina y en cómo aquellas mujeres estaban postradas ante ella, y con palabras joviales escogidas con el mejor de los ánimos, la saludé como si se hubiera tratado de la princesa del mundo entero. Y de repente, de la tristeza pasé a la alegría, a la alegría más grande, yo diría, ¡qué Dios me proteja siempre!, al convertirme en el hombre más dichoso sobre la tierra tras percatarme de que mi señora, mi amada, que había venido con la reina, estaba allí. Y ambas estaban vestidas con los mismos atuendos. También me fijé en un caballero muy elegante que había venido con la reina, caballero de quien las mujeres de aquella isla ya se habían quedado muy prendadas tiempo atrás. Entonces, por fin, con gran calma y sabiduría, la reina se dirigió de esta manera a las mujeres más jóvenes y también a las mujeres más sabias:

—Queridas hermanas, como sabéis, en todo este largo tiempo en el que he sido la reina de esta isla en la que, todo hay que decirlo, he vivido tranquilamente y sin sobresaltos, no hay nadie que pueda decir que no haya llevado una vida de lo más dichosa o placentera en todas las cosas de acuerdo con nuestras leyes y costumbres, cuyo origen sabéis perfectamente, y sé también que no olvidáis quién es y quién ha sido vuestra reina durante todo este tiempo en el que os he gobernado. Asimismo, sabéis que, siguiendo una antigua costumbre, debo visitar cada siete años la ermita celestial que está apartada de todas las naciones conocidas, y permanece situada en una roca tan grande de un mar peregrino que llegar hasta allí en peregrinación supone emprender un largo y peligroso viaje, pues si el viento no resulta favorable, el periplo emprendido puede incluso prolongarse irremediablemente más de la cuenta. Encima de dicha roca crece un árbol que en determinados años da tres manzanas que tienen la virtud de guardarnos de toda enfermedad y de todo mal en el transcurso de estos siete años. Esto lo sabéis bien todas vosotras. La primera manzana, y la mejor entre todas las demás, se encuentra en la parte más

elevada del árbol, y posee tres virtudes notables que hacen que se mantengan siempre eternas e inmutables la juventud, la belleza y la salud. La segunda manzana, que es roja y verde, con tan solo mirarla podrá hacer posible que hasta más no poder alimento y deje satisfecho mejor de lo que lo harían unas perdices o unos faisanes a todo aquel que la mire. Y la tercera manzana del árbol, que es la que puede hallarse en la parte más baja de este, sirve para cumplir siempre los deseos de quien la tenga consigo. De modo que hasta el momento y alejadas de todo mal, todas habéis gozado, como diosas y mejor que cualquier princesa terrenal, de innumerables placeres y de una belleza sin par, además de juventud eterna, fidelidad a vuestros principios, sabiduría, bienestar y felicidad.

Ahora os voy a contar qué es lo que me ha sucedido. Bien, con el fin de reunir estas tres manzanas, me puse en camino sin detenerme pensando en lograr con éxito mi empresa, como había hecho en ocasiones anteriores, pero cuando llegué a mi destino, encontré a mi hermana, que aquí se halla junto a mí, en lo alto del árbol, sosteniendo las tres manzanas en las manos y mirándolas con deleite sin decir nada. Y mientras yo la contemplaba a ella con tristeza al no poder tener tales manzanas conmigo, se acercó a mí este caballero que aquí veis también, e inesperadamente me tomó en brazos con la intención de llevarme a su barco. Y mientras me llevaba hasta allí, aprovechó la ocasión para hacerme saber que, aunque él no me había visto nunca, yo había sido siempre su amada, circunstancia esta que me obligaba a que me fuera con él. Además, juró que sería mi servidor hasta el fin de sus días, y después se puso a cantar como si le hubieran caído del cielo monedas de oro. Y viéndome raptada de esa manera, se me fue la vida tan de repente que la muerte pareció adueñarse de mí, sintiendo sin remedio que dejaba de vivir y de respirar. La verdad es que me sentí tan mal ante aquel desagradable y súbito malestar que nunca había sentido antes, que si no hubiera sido

por el rápido auxilio que recibí de esa señora que tuvo la bondad de bajar del árbol a toda prisa para socorrerme, ahora estaría muerta. En seguida puso una de las manzanas en mi mano, gracias a lo cual pude recuperar de nuevo la conciencia y la respiración, escapando de este modo de la muerte. Así pues, me siento tan en deuda con esta mujer, que fue el médico que sanó todas mis heridas y fue capaz de aliviar mi corazón de un gran malestar, que por ella haría cualquier cosa. En definitiva, sabe Dios, y escuchad bien, que ella hizo todo lo que estuvo en su mano para socorrerme con buen ánimo. Asimismo, si he de ser franca, también este mismo caballero, que se sintió mal por todo lo que había sucedido, hizo todo lo que pudo por hacer que me recuperase de mi pesar. Incluso llegó a maldecir al barco y al mástil que los había traído hasta allí y a quien lo había construido. Y como todas las cosas, tarde o temprano, deben llegar a su fin, mi hermana aquí presente, que es la amada de nuestro visitante en esta isla, comenzó a rogar cuanto pudo a este caballero con las palabras y astucia propias de una mujer para que ambos la acompañásemos en el barco en el que ella había venido, el cual se había construido tan magníficamente, es decir, con tanta perfección, lujo y pompa, que los dos nos sentimos contentos y complacidos ante tal petición. Y con el fin de complacerme y dar algo de consuelo a mi corazón, esta dama, que es ahora mi hermana, se tomó la molestia de traernos a esta isla lo antes posible, como podéis ver. Por lo tanto, os ruego que una por una le deis las gracias de la manera más efusiva y enérgica que podáis.

En seguida pudo verse allí un gran número de mujeres, ya fueran más ricas o menos ricas, de mayor o menor rango social, postrarse de rodillas ante mi dama. Y en honor a la verdad, hay que decir que en aquella ocasión todas ellas supieron muy bien cómo comportarse, pues fue tal la bienvenida que la dispensaron con palabras de amistad y lealtad expresadas con suma destreza, que causó asombro el hecho de que,

considerándose lo jóvenes que eran, fuesen capaces de mostrarse tan hábiles verbalmente a la hora de darle las gracias, y de hacerle saber que estaban a su entera disposición. Ciertamente, ver a mi dama recibida de tal manera en un lugar como aquel me produjo tanto regocijo como el regocijo que debieron sentir los fuertes y aguerridos griegos cuando conquistaron la ciudad de Troya tras un prolongado asedio. Y cuando mi amada y el resto de las mujeres que había allí terminaron de hablar de esto y de lo otro y de algunos temas propios de la isla, la misma reina comenzó a hablar en tono jocoso, y a la mujer de mayor edad le preguntó así:

—¿No os parece que sería una buena idea que, aprovechando que nos encontramos todas las mujeres reunidas aquí, tratéis de escoger a las mejores entre ellas con el fin de que dispongan todo lo necesario para que tanto este caballero como yo podamos descansar tras un viaje tan fatigoso? Sabed que la mujer es tan solo una débil criatura incapaz de hacerle la guerra a un caballero, y teniendo en cuenta que este se halla en este lugar a mi cargo, sería una afrenta por mi parte, tanto si este ha de mostrarse conmigo cortés o deshonesto, mostrarme con él poco afable. Y os digo también, escuchadme bien, que me alegraría mucho que él estuviera ahora en su país para tranquilidad suya, y yo aquí en esta isla en paz para tranquilidad mía. De este modo, ambos nos sentiríamos mucho mejor. Y ahora os ruego, si ello fuera posible, que habléis con él.

La dama de mayor edad sonrió, y tras quedarse un rato pensando para sus adentros, dijo en seguida con buen ánimo:

—Señora, voy a ir a hablar con él para saber con pelos y señales cuáles son sus intenciones.

Y ni corta ni perezosa, esta mujer, acompañada de dos mujeres que había elegido, se fue a ver al caballero, y con mucha seriedad y algo abatida le dijo de esta manera:

—Señor, la reina⁸ de esta isla, por quien vos, según tengo entendido, pensando tan solo en hacer vuestra voluntad habéis recorrido tantas leguas para buscarla hasta dar con ella al fin, me ha enviado a mí y a estas dos doncellas para escuchar todo lo que tengáis que decir, y saber por qué habéis ido a buscarla, por qué queréis afligirla, por qué sois su enemigo, y por qué, sin que nadie lo supiera, os la llevasteis a la fuerza en vuestro barco hasta privarla, para gran desasosiego suyo, de sus sentidos y habla, y hacer que, agonizante, esperase su funesto destino en el mar. Por ello, me atrevo a deciros llanamente que hicisteis muy mal actuando así sabiendo que se trataba de toda una reina.⁹

El caballero, que sabía lo que era bueno para él, se quedó más pálido que un muerto. El color de sus mejillas desapareció por completo, se quedó sin palabras y descompuesto, y sin dar un solo paso más como todo lo que está a punto de morir, de súbito cayó al suelo desmayado. Viendo el calvario del caballero, la mujer de más edad, asustada, se fue corriendo hasta la reina y le dijo:

—Venid tan pronto como podáis, y haced algo, de lo contrario, ocurrirá una desgracia. El caballero, si no está muerto, lo estará pronto. Mirad allí donde yace desmayado sin que haya contestado a nada de lo que yo le haya preguntado. Mucho me temo que se os eche la culpa de su muerte y vuestro nombre, que ha ido aumentando en fama con el paso de los años, quede empañado. Así pues, evitemos por todos los medios que aquel caballero se muera. Vamos, pronto, daos prisa y salvad su vida, y una vez recuperado del mal que lo aqueja, ordenad que se marche o se quede a vivir en esta isla, pues yo no quisiera meterme en ningún lío como el que podría derivarse de todo este espinoso asunto.

⁸ Ahora en esta parte se hace referencia a la reina como «princesa».

⁹ En el texto original de nuevo aparece la palabra «princesa».

Entonces la reina, presa del pánico, llegó hasta donde yacía el caballero con todas las mujeres presentes allí e hizo que una de ellas le hablase como sigue:

—¡Escuchad, aquí está la reina! ¡Despertad, por decoro! ¿Qué estáis haciendo? ¿Qué clase de juego es este? ¿Por qué yacéis en el suelo? ¿Qué pretendéis? Ahora ya ha quedado bien claro que habéis perdido el juicio después de haber visto a tantas mujeres aquí, y no se os ha ocurrido otra forma de divertirlos que dejar a todas estas mujeres sin saber qué hacer. ¡Levantaos, por Jesucristo!

Sin embargo, a pesar de las palabras de la doncella, el caballero no dijo nada. La reina, llevada por la compasión y viendo peligrar el buen nombre de ella y también la vida del caballero, dio muestras de dolor, y temblando de miedo y con desasosiego dijo:

—¡Ay! ¿Qué voy a hacer ahora? ¿Qué podría decirle a este caballero?¹⁰ Si se muere aquí, adiós a mi buen nombre. ¿Cómo he de actuar ante esta situación tan delicada? Si pasa alguna desgracia aquí y muere este caballero, se dirá que fue un acto cruel y mi nombre, repito, quedará mancillado.

Y tras decir esto, posó su mano en el pecho del caballero y comenzó a decirle:

—¡Despertad, caballero mío! Soy yo, la reina, quien os habla. Ahora decidme por qué sufrís viendo que os halláis en un lugar seguro entre amigas que desean vuestro bien. Si supiera qué podría daros consuelo o complaceros, os aseguro que haría vuestra voluntad si con ello os hiciera bien. Ahora os ruego con todo mi corazón que os levantéis, hablemos y busquemos recrearnos. ¡Mirad cuántas mujeres han venido hasta aquí para entreteneros!

¹⁰ Aquí «hombre».

Pero todo lo que le dijo la reina fue inútil, pues el caballero continuó tieso como un cadáver y sin decir ni una palabra. Y así estuvo mucho tiempo sin mover un solo músculo, y sin ser consciente de nada de lo que le había dicho la reina, hasta que, finalmente, gritó «piedad» dos veces a pleno pulmón.

Qué pena más grande causó escuchar su voz o contemplar su aspecto tan lastimero, en todo lo cual no hubo falsedad alguna a juzgar por su rostro y la mirada que le echó a la reina mientras daba un suspiro tal que parecía que iba a morir. Después de lo cual, dio tal alarido que causó espanto el dolor que lo afligía. Pareciera que nunca antes alguien hubiera padecido un dolor como aquel, y con voz moribunda comenzó a lamentarse y a decirse a sí mismo:

—Mísero de mí, que soy víctima de una gran desgracia al hallarme en una condición peor que la de la propia muerte y, sin embargo, no me muero. ¡Oh, cómo lamento seguir con vida aún! ¿Por qué no me muero si no merezco vivir, y si mi señora desea que muera? ¿Dónde estás, muerte? ¿Acaso tenéis miedo? Al final, habremos de encontrarnos, ya que allí donde habitéis, a pesar de vuestro rostro esquivo y doble, os encontraré.

Aquí mismo, en este lugar, estoy resuelto a morir para deshonor vuestra, muerte esquivo, y alivio mío. Vuestra forma de actuar no es del agrado de ninguna criatura. ¿Qué necesidad tenéis, dado que os busco, de ocultaros para hacer más grande mi dolor? Además, sabéis bien que no querría vivir, aunque me ofrecieran el mundo entero, pues por culpa de mi ruindad al tratar de llevarme a la fuerza a la reina, mi señora, he perdido mi felicidad, mi bienestar y mis servicios como caballero, y he hecho que mi señora, la reina, se convierta, según creo, en mi enemiga para siempre. Así pues, he perdido mi dicha y a mi amada.¹¹ Yo no sé si la impaciencia por hacerla mía o la

¹¹ En esta parte «amiga».

indolencia, en verdad, han causado mi mal, pero sí sé que cuando me dirigí a toda prisa hasta lo alto de la ermita, fue allí donde la vi por primera vez, y tras tomarla en mis brazos con firmeza después de haberme acercado a ella con sumo sigilo, me la llevé, finalmente, a mi barco. Y por causa de mi atrevimiento, mi dama se disgustó tanto que su dolor pareció ser interminable, y ello me causó tanto temor que acabé arrepintiéndome de haber ido hasta aquel lugar. No hay duda de que mi impaciencia fue el motivo de su pesar y de mi aflicción.

Y cuando terminó de hablar, comenzó a gritar dos o tres veces: «Muerte, muerte, venid a mí», y después murmuró no sé qué de morir. La reina, por compasión, le tomó en sus brazos y le dijo:

—Escuchad, caballero, no os sintáis mal porque os haya enviado a una doncella con el fin de averiguar vuestras intenciones, pues lo he hecho actuando de buena fe, y quiero que sepáis realmente que de ningún modo es mi deseo causaros ningún mal de aquí en adelante.

Acto seguido, comenzó a besarlo y a rogarle que se levantara. Después, le dijo que deseaba que se pusiera bien, que lamentaba su aflicción por causa de ella, y que de buena gana estaba dispuesta a hacer su voluntad. Todas estas palabras y muchas otras más le dijo la reina al caballero, más que nada para salvar su vida, consolarlo, y verlo libre del dolor que lo oprimía. Entonces el caballero alzó los ojos, y cuando vio claramente que era la reina quien le había hablado, este comenzó a agitarse en medio de su aflicción, y al tratar de levantarse con el fin de ponerse de rodillas, se tropezó y se cayó, de modo que la reina, una vez más, lo tomó en seguida en sus brazos, y lo miró lastimeramente, mostrando un rostro libre de emociones, y llevada tan solo, en opinión de todo el mundo, por la cortesía, la nobleza y la compasión propia de una mujer, pues lejos estaba esta de entregarle al caballero su corazón. Puso,

pues, todo su empeño en aliviarlo de su dolor y alejar de su corazón la aflicción que este sentía.

Su intención era conducirlo a su barco por la noche con la ayuda de algunas doncellas y pedirle, apelando a su caballerosidad, que le concediera permiso para vivir en paz como lo habían hecho antes otros príncipes, y a partir de ahí, ella le estaría agradecida por ello eternamente hasta donde lo estipulase la cortesía, y pondría todo su empeño en complacerlo y cumplir su voluntad igualmente en los términos que permitiese el decoro.

Y mientras todo esto sucedía en presencia de la reina, mi amada y muchos otros testigos, vi llegar por el ancho y vasto mar diez mil barcos con velas y remos tan variopintos que, desde donde me encontraba contemplándolos, me pregunté asombrado de dónde podrían haber venido, pues que yo supiera, desde que tenía uso de razón, nunca antes había visto una armada así, con tantos barcos reunidos y dispuestos de tal manera. Y del gozo que su contemplación me había producido, mi corazón brincó dentro de mi pecho con tal fuerza que pasó bastante tiempo antes de que pudiera calmarse. Había velas llenas de flores y castillos de popa con enormes torres que parecían contar con un buen número de armas resplandecientes y con grandes cofas y largos mástiles pintados majestuosamente. La vista de todo aquel espectáculo avivó mi espíritu. Y en ocasiones, pude ver como algunas avecillas descendían del cielo, se posaban en los tablones de los barcos, y se ponían a cantar baladas y pequeñas canciones con todo el gozo y armonía que podían imprimir en ellas.

Me excuso diciendo que es imposible escribir todo lo que vi allí, pues si mencionase a todas las aves que había, y pusiera por escrito las canciones que estas entonaron, mi historia se alargaría demasiado. En seguida, entre lamentos y temores la reina recibió las noticias que anunciaban la presencia de

aquellos barcos. Entonces la mujer de más edad comenzó a llorar y a decir:

—¡Ay! Pronto se os acabará la alegría, sí, puesto que este caballero nos ha perdido. Seguramente forma parte del séquito de quienes han venido hasta aquí para buscarlo.

Y con esas palabras, calló. Todas las demás mujeres comenzaron a repetir en varias ocasiones: «Estamos perdidas sin remedio», y al final decidieron sin demora que lo mejor era cerrar bien las puertas, hacer uso de un lenguaje refinado, como se había hecho tradicionalmente, y emplear hermosas palabras como munición. Eso fue lo que decidieron hacer. Y sin más, preparadas con las armas referidas, se dirigieron hacia las murallas de la isla. Sin embargo, mucho antes de llegar allí se encontraron con el gran señor que está en lo alto, ese al que llaman el Dios del Amor, el cual las miró a todas con el rostro ceñudo y enfadado. De nada sirvieron a aquellas mujeres las murallas de cristal o cerrar bien las puertas con el fin de impedir la entrada a este poderoso señor.

Todo lo que habían dispuesto resultó en vano, pues cuando el barco del Dios del Amor arribó a tierra, este, con un arco en la mano, procedió en seguida a entrar en esta isla a toda prisa acompañado de un gran gentío, y no se detuvo hasta llegar al lugar donde yacía el caballero. Y sin prestar atención ni a la reina ni a ninguna de las mujeres que la acompañaban, el Dios del Amor pasó de largo seguido por todas ellas hasta que se detuvo. Y cuando llegó al lugar donde se encontraba el caballero, hizo gala de su enorme poder todo lo que pudo, y en seguida mandó llamar a la reina y a todas las demás mujeres para decirlas así:

—¿No os mueve a compasión ver a mi servidor, por amor verdadero, flaco, enfermo, sufriendo de esa manera y aturdido sin saber a quién dirigir sus lamentos excepto a una sola mujer que pudiendo sanarlo se ha tornado en su enemiga?

Y al terminar de decir esto, frunció el ceño a la reina y le echó una mirada feroz, y con pocas palabras comenzó a recriminarla todas sus faltas mientras le ordenaba que se sometiese a él como su sanador. En resumen, hizo saber a la reina que debía obedecer de inmediato. Entonces sacudió en la mano su arco y dejó muy claro quien mandaría como señor de ahí en adelante. Asimismo, puso en conocimiento de la reina que estaba enojado debido a que esta había rehusado servirle durante mucho tiempo negándose a acatar sus leyes, de modo que doblando su arco se alejó un paso o dos, y desde esa posición arrojó en el oído de la reina una gran corriente de aire, y con una flecha nueva y afilada le atravesó el corazón, causándole una dolorosa herida que tardó bastantes años en sanar. Después, le dijo al caballero:

—Animaos, caballero mío, que yo mismo me encargaré de curaros y devolveros la salud, y por todo el dolor sufrido, a partir de ahora estáis destinado a ser más feliz que nunca.

Y a continuación, comenzó a dar vueltas de aquí para allá pasando junto a la multitud congregada con el rostro serio. Os confieso que algo pude escuchar de lo que dijo. Él parecía saber bien quienes eran realmente sus servidores, y al pasar junto a dicha multitud, en seguida se percató de mi amada, la tomó de la mano y la aclamó como a una diosa. Se dirigió a ella como su princesa debido a su hermosura y generosidad, y exclamó que en ella no había visto ningún defecto, más bien dijo todo lo contrario, que era virtuosa, salvo por el hecho de que esta se negaba a mostrarse compasiva, algo sobre lo cual, añadió, estaba dispuesto a remediar tras haber ido hasta aquella isla para buscarla.

Y dado que ella poseía todas las riquezas propias de la mujer y del amor,¹² dijo que no quedaba nada bien que hubiera

¹² En el texto, «de la amistad».

arrancado de su morada habitual, esto es, de su corazón, el fruto de la compasión. Y entonces comenzó a sermonearla y a conversar con ella jovialmente, haciendo referencia en repetidas ocasiones a su hermosura, y afirmando que se trataba de una criatura cuyo nombre debía perdurar para siempre haciéndose figurar en los libros. Y según me pareció escuchar, se dirigió a mi amada¹³ mucho más afablemente de lo que lo había hecho con cualquiera de las mujeres que allí había, seguramente, en mi opinión, por las manzanas que ella tenía en su haber.

Largo y tendido estuvo paseando con ella cogido del brazo, algo que no había hecho con ninguna de las mujeres presentes, a las que hasta el momento había estado dando órdenes en espera de ser obedecido de manera inmediata. En cambio, cuando el Dios del Amor quiso algo de mi amada, no se lo ordenó, sino que se lo rogó cortésmente. Y después de haber estado juntos un buen rato, él la llevó hasta la reina, y seguidamente le dijo:

—¡Qué Dios os guarde! Es necesario que consintáis en mostrar vuestros favores.

Entonces, con extrema cortesía y sin perder el decoro femenino que tan bien la sentaba, mi amada se arrodilló encima de las flores que abril había regado con su savia, y a este poderoso señor le dijo así:

—Os obedeceré en todo aquello que os plazca, y me guardaré con mucho de hacer lo contrario. Todo se hará como gustéis.

Y tras proferir estas palabras, comenzó a temblar. Aquel poderoso señor la tomó en sus brazos y le confesó lo siguiente:

¹³ En el texto, «a mi señora/dama», como en algún que otro caso anterior y de ahí en adelante.

—Vos tenéis a alguien que os sirve, más leal que él no hallaréis. Por lo tanto, sería bueno, considerando su lealtad, que tuvieseis compasión de su dolor y escuchaseis sus palabras con el fin de sanarlo de una vez por todas del mal que lo aqueja, pues de algo estad segura, y es que él será vuestro por completo mientras viva.

Y tras decir estas palabras, me pareció que el Dios del Amor comenzó a reírse mientras sacaba a relucir mi nombre bromeando, lo cual me causó asombro y temor, y me dejó sin saber qué hacer. No supe, por lo tanto, qué era mejor, si quedarme allí o marcharme, pues pensé que mi amada creería seguramente que yo le había revelado a tan poderoso santo y señor todo mi secreto, es decir, mi mal de amores.

Y es que habló con tanto acierto de cuestiones no inquiridas que pareciera que conocía al dedillo todos mis pensamientos. Pero, además, habló de la lealtad que yo le profesaba a mi dama, así como de todos mis males de amor mejor de lo que yo pudiera haberlo hecho si lo hubiera estado ensayando una semana. Cuán bien sabía aquel señor que yo estaba enfermo, y que de muy buena gana me dejaría sanar de la enfermedad que padecía. Pero, ¡ojó!, jamás culpé a nadie de lo que me pasaba, pues yo fui el máximo responsable de mi dolor. Y cuando este señor hubo dicho todo lo que tenía que decir y se hubo entretenido un largo rato con mi amada, esta comenzó a sonreír con espíritu alegre. Y eso fue solo lo que obtuve como respuesta, una sonrisa, lo que hizo que me afligiera por partida doble, y me impidiera saber qué hacer o qué decir. Lejos estaba mi corazón de tener paz, pues si pensaba que la sonrisa era una señal de que el corazón se inclinaba a considerar sensata la solicitud y de que era, al mismo tiempo, una prueba favorable para todo lo que está destinado a llegar a buen puerto, en seguida me ponía a pensar entonces que en ningún lugar del mundo una respuesta sin palabras estaba sujeta a obligación alguna ni implicaba tampoco, de ningún modo, a

criterio de quienes son tildados de sabios, certeza alguna. Así me hallaba, en esta gozosa disyuntiva que a veces me hacía parecer una criatura que preveía con gran seguridad un final feliz en todo este asunto, y otras veces me convertía en el ser más inseguro y pesimista entre quienes allí se encontraban.

En cuanto mi corazón me hacía ver las cosas con cierto optimismo e ilusión, en seguida empezaba a embargarme cierto temor, y si algunos pensamientos hacían que me sintiera optimista, otros me cambiaban bruscamente el panorama por completo, y hacían que viera las cosas de modo muy negativo, hasta que al final ya no pude más y resolví, como había hecho antes, servir a mi dama con lealtad toda mi vida esperando el momento de obtener alguna vez el amor de esta antes de mi muerte, si es que su voluntad era que yo la sirviese, como ya lo había hecho en el pasado, y como seguiría haciéndolo en el futuro para siempre. Y es que nada había más valioso para mí que estar al servicio de mi amada, cuya presencia significaba para mí el paraíso entero y su ausencia un infierno lleno de desgracias que con harta frecuencia deseaba arrastrarme hasta la muerte. Y mientras permanecía imbuido en todos estos pensamientos que no hacían sino confundirme, vi que la reina se acercó lentamente hasta donde se hallaba este poderoso señor, y tras postrarse de rodillas en presencia de todas las mujeres que había allí, con el rostro grave y sereno, con las palabras justas y sin mucha demora, entregó a este señor una carta. En ella esta había escrito de qué manera iba a proceder de ahí en adelante y le rogaba que, tomando en consideración que él conocía la voluntad y pensamientos de todas las criaturas y que ya se había enojado en el pasado, y apelando a su bondad y gracia, perdonase su antigua falta, ya que a partir de ahora permanecería leal y firme para siempre, y a su servicio se pondría en cuerpo y alma hasta el día de su muerte mientras le quedase un hálito de vida. Acto seguido, suspiró, lloró y no dijo nada más.

Estaba claro que, en aquella carta, que el señor del Amor llegó a leer hasta tres veces e hizo que se riera, la reina manifestó todo aquello que la afligía. Después de leerla, el señor del Amor dijo que este se convertiría de punta a punta en el amo y señor de aquella isla, isla a la que se refirió como su nueva conquista y, a continuación, habló un buen rato con la reina. Con mucha jovialidad este describió los rasgos físicos más bellos de la reina, incluyendo los de su rostro, la deseó un gran éxito como portadora de tal hermosura, y afirmó que confiaba en que sus sufrimientos hicieran que para la posteridad fuera considerada una santa. Seguidamente, metió la carta en una de sus mangas sin que nadie supiera qué haría después, y se puso a caminar con vigor contemplando medio pensativo y con el rostro sonriente a todo aquel agradable grupo de mujeres hasta que, finalmente, como vais a escuchar ahora, se volvió de nuevo hacia la reina y le dijo:

—Quiero que mañana por la mañana estéis en este valle vos y todas aquellas doncellas vuestras que hayan resuelto llevar puestas guirnaldas de flores o hayan decidido revestirse con mis alegres colores. Bajo ningún concepto ni vos ni ninguna de vuestras doncellas que puedan estar a mi servicio habréis de faltar, pues, como dije antes, yo seré para siempre, y así habré de ser considerado aquí, el señor de esta isla y de todas vosotras, quienes gozaréis de una vida feliz, pacífica y serena sin que nada malo os sobrevenga.

Después, volvió el rostro hacia la reina para decirle:

—Y vos, dad a conocer mi voluntad, así como la respuesta completa a lo que habéis escrito en vuestra carta.

Dicho esto, nadie se atrevió a contradecir al Dios del Amor o a decir algo. Todo lo contrario, pareció que tanto la reina como quienes la acompañaban se mostraron sumisas y obedientes. Estaba muy claro que todas le tenían mucho miedo. A continuación, como nadie partió esa noche, todo el mundo se retiró a sus aposentos, y para pasar el rato de un modo ameno,

hubo quienes leyeron romances antiguos, compusieron canciones y baladas, o se sumergieron en otros entretenimientos varios. En cuanto a mí, opté por leer un romance, y mientras me hallaba leyendo el libro escogido, me pareció que una de las esferas concéntricas que rodeaban la tierra se había desplazado tanto que hizo que el sol se elevase, lo que motivó que en el valle se congregase tal tropel de gente que a duras penas se pudiera estar, caminar de un lado a otro o cogerse de la mano sin molestarlos los unos a los otros.

Y al cabo de dos horas, el poderoso señor del Amor se sentó en toda su majestad y cubierto de flores de diversos y variados colores encima de una elevada tarima que tendría fácilmente casi más de cuatro metros de altura para que pudiera ser visto por todo el mundo, y después mandó llamar a toda prisa a la reina, al caballero, a mi amada y, en general, a todos quienes se encontraban en la isla para que nadie estuviera ausente. Y cuando ya se había congregado todo el mundo allí, como ya me habéis escuchado decir aquí, sin más demora y desde lo alto para que pudiera ser visto en su totalidad, se puso en pie sobre aquella tarima que se elevaba en lo alto del gentío, un consejero servidor del Dios de Amor que parecía ostentar claramente un cargo importante. Lo que manifestó entonces este consejero es que nadie que hiciese uso de cualquier argumento, apropiado o no en términos de cortesía, que sirviese para ponerse en contra del Dios del Amor debía esperar ser perdonado por ello, y añadió que la voluntad de su señor era, y así lo había ordenado al instante, que todas quienes se hallaban allí debían mostrarse calmadas y pacíficas, sin deseos de disputar, y de un solo parecer. Y después, hizo uso de una retórica tan bien fundamentada, pero tan inusual en un hombre de su edad, pues nunca hasta entonces había oído a nadie hablar con tanta destreza ni con la mitad de lealtad hacia su señor que lo hizo él, que todo lo que dijo pareció estar revestido de una enorme autoridad o reputado como una gran verdad. Y tan

llamativo e ingenioso resultó su discurso y tan acorde con su estado de ánimo que, en verdad, me hubiera pasado toda la vida escuchándolo a mis anchas allí donde me hallara.

Comenzó discuriendo brevemente acerca del gobierno de aquella placentera isla y de todas las razones que motivaron la venida de su señor hasta ella. También habló pausada y llanamente de las enfermedades y de sus causas, así como de sus remedios, de cómo los enfermos tienen necesidad de un médico, y de quienes son los que pueden considerarse felices y en perfecto estado de salud. Y al final de su discurso, evitando cualquier lenguaje soez, hizo saber que la intención principal de aquel príncipe, de aquel poderoso señor antes de su partida era la de poner de acuerdo a todas las partes allí presentes, y concluyó así:

—Tened presente quien se sienta entre vosotros en toda su majestad.

Y seguidamente, se postró de rodillas sin decir nada más. Entonces este poderoso señor, el Dios del Amor, se preparó para levantarse y, por sus gestos, resuelto a mostrarse generoso, y dirigiéndose al caballero y a mí nos dijo:

—Sabed que de nuevo seréis felices, y teniendo en cuenta que los dos os habéis mostrado fieles al amor, y considerando vuestros sufrimientos del pasado, os concedo que a partir de ahora y en este lugar seáis felices como nunca lo fuisteis jamás, pero cuidaros de poneros enfermos e id, vedlas cerca, con vuestras amadas. ¡Vamos, animaos, pues! Desde el mismo momento en que el sol se elevó, comenzaron vuestros días dichosos. Y al resto de vosotras, mujeres, que estáis presentes en este lugar, que me servís con lealtad y sin indolencia, os concedo que permanezcáis en gracia, y que os vaya bien de aquí en adelante.

Visto todo esto, tanto el caballero como yo, pensando en mostrar nuestra mejor predisposición, nos pusimos de rodillas diciendo:

—Oh Señor, vuestra gran misericordia ha calado tan profundamente en nuestros corazones¹⁴ que nos sentimos merecedores de servir a vos y a vuestra compañía en cuerpo y alma por siempre hasta el día de nuestra muerte sin que hallamos de separarnos nunca más.

Acto seguido, fuimos ambos a toda prisa al encuentro de nuestras amadas. En ese momento nos sentimos tan gozosos y alegres como aquellos que lo tienen todo y no deben nada a nadie. Y humildemente rogamos a nuestras amadas que nos aceptasen a su servicio y nos abriesen sus corazones, corazones que habían guardado durante muchos años en el arcón de sus tesoros para nuestro gran infortunio. Asimismo, les hicimos saber que éramos, sin lugar a dudas, sus dos servidores, que siempre lo habíamos sido, y que lo seríamos en el futuro a partir de entonces, y que incluso en el momento de nuestra muerte no mudaríamos nuestra condición como tales jamás, y que nunca les causaríamos afrenta o mal alguno, sino que, por el contrario, estaríamos siempre atentos a sus órdenes y deseos para hacerlos cumplir debidamente. También hicimos votos nuevos con el fin de renovar nuestro antiguo servicio y de esta manera, nos convertimos enteramente en sus servidores para siempre. ¿Qué más podríamos hacer por ellas? Nuestros votos constituían la mejor garantía de que jamás faltaríamos por indolentes a nuestro juramento de fidelidad mientras viviésemos. Pasado algún tiempo y caída ya la noche, este señor, el Dios del Amor, se despidió de la reina, pero no sin antes anunciar que, por su honor, pronto estaría de regreso en la isla con el fin de vivir allí algún un tiempo con solaz y esparcimiento, y ordenarla tajantemente que complaciera al caballero en todo cuanto se le antojara. Después, hizo entrega de sus estatutos en papel, dio algunas órdenes entre varios de sus sirvientes de mayor rango,

¹⁴ Nos ha enriquecido.

y esa misma noche se embarcó, quedando pronto fuera de la vista de todos.

Y a la mañana siguiente, a eso del alba y con la llegada de un viento templado y del buen tiempo, mientras mi amada y yo conversábamos alegremente en la costa, esta me habló de la costumbre que tenía ella de hacer de tanto en tanto pequeños viajes a tierras extrañas, y me informó de su intención de viajar de nuevo. Hecho esto, en seguida se fue a ver a la reina para hacerla partícipe también de sus planes de viaje y, con el rostro cubierto de lágrimas, pedirle permiso para partir. ¡Cuán triste resultó aquella partida! El golpe que sintió la reina ante la decisión de mi amada fue tan doloroso como el terrible sufrimiento padecido por una mártir que acaba de ser sacrificada. Siempre que me acuerdo del dolor de aquella reina llena de ternura al escuchar la intención de mi amada de viajar, me pongo a llorar con frecuencia. Hasta ocho o nueve veces le ofreció la reina a mi amada renunciar a su condición real, a la isla y a muchas otras cosas que no menciono por no alargarme demasiado, si fuera del agrado de esta vivir en aquel lugar, añadiendo que sus descendientes y los descendientes de sus descendientes rendirían a mi amada pleitesía para siempre, y se pondrían por entero, sin duda alguna, a su servicio eternamente. Sin embargo, las palabras de mi amada, proferidas varias veces y escogidas con mucho cuidado, fueron estas:

—¡De ningún modo! ¡Que Dios no lo quiera! ¡Que yo nunca permita que el excelso nombre de una reina que goza de tan alta dignidad se vea empañado en absoluto! Por el contrario, de todo corazón me alegraría complaceros, mi reina, de todas las maneras posibles o aliviarnos de vuestras cargas, sin importar lo que pudiera ocurrirme o los daños que pudiera sufrir por ello.

Y tras decir estas palabras, besó a la reina y le dio las buenas noches. Muchas fueron las mujeres¹⁵ que lloraron con ocasión de aquella despedida, y muchos hombres, de haberlos habido allí, podrían haber escuchado cómo se alabó y ensalzó en aquella ocasión el nombre de mi amada.

En verdad, nunca sorprendió que todos hablasen bien de ella, pues durante toda su vida mostró siempre ingenio y amistad, e hizo gala de una singular belleza y cortesía acompañada de una jovial y afable disposición de ánimo. Y a la mañana siguiente, mi amada fue conducida al barco mientras era escoltada por una multitud de mujeres. Si supierais cuánto lloraron estas cuando se embarcó ella, no os lo creeríais. En seguida, se puso en marcha el barco y en seguida, se sacó del agua la cuerda de medición y yo, como un loco de atar y sin pensarlo dos veces, por temor a permanecer varado allí sin mi amada, corrí hacia el mar hasta que una ola se me vino encima de pronto arrojándome al mar. Y ya en el agua, después de mantenerme a flote como pude, quedé tan maltrecho que a punto estuve de desfallecer, hasta que, por fin, pude aferrarme a dos garfios que la tripulación del barco había arrojado. Con mucho empeño y no menos esfuerzo trataron los miembros de esta de salvarme la vida. Y una vez a bordo del barco ya, me hicieron saber que mi final estaba próximo. Después, me colocaron de cuerpo entero junto al mástil y me cubrieron con algunas de las ropas que llevaban. Y allí mismo hice mi testamento sin saber muy bien qué decir al principio, pero, finalmente, cuando hube dicho todo cuanto tenía que decir, cuando hube confesado en aquel mástil todas mis penurias, cuando me hube despedido de todo el mundo y hube cerrado los ojos perdiendo la visión de cuanto me rodeaba, y cuando ya estaba resuelto a morir sin decir nada más o a no pedir que un milagro, ante lo extremo del caso, me salvara la vida, mi amada

¹⁵ En el poema «criaturas», «seres».

pareció conmoverse de tal modo por mi agonía que pensó para sí misma que sería una lástima verme morir después de haberla sido tan leal y fiel. Y con el rostro serio se acercó a mí, y en voz baja me dijo:

—Os lo ruego, levantaos. Venid conmigo. Haced lo que os digo. Todo va a salir bien. No os preocupéis. Yo habré de obedecer cumplidamente, claro que sí, no os quepa la menor duda, y habré de acatar en todo, la voluntad de aquel poderoso señor, el Dios del Amor, siguiendo su mandato de que ya no me muestre esquivia con vos, evitando así agraviarlo. Así pues, escuchad ahora lo que os voy a decir. Yo soy y seré siempre vuestra amada. ¡Levantaos! Tened bien presente esta gran merced que os concedo como presente, como señal de paz y voluntariamente, sin lucha, por el resto de vuestra vida.

Seguidamente, metió una de sus manzanas en mi manga y se marchó profiriendo unas breves palabras: «¡Que aquel que os creó, os envíe salud y felicidad!». Después de lo cual, todos mis males desaparecieron tan rápidamente que a mis recientemente recuperados huesos les entraron unas enormes ganas de bailar de la alegría que sintieron tras recuperar la salud. Y tan sano como cualquier otro ser vivo, me levanté con el corazón alegre y ufano olvidando que había estado enfermo alguna vez, y en seguida me dirigí allí donde se hallaba mi amada para decirle así en estos términos:

—Aquel que repartió entre los hombres y las mujeres todos los deleites y placeres, y de sus bienes los dejó extrema abundancia con el fin de complacerlos, que no es otro que Nuestro Señor Dios que está en los Cielos, dispuso lo primero de todo y sin que nada ni nadie pudiera impedirlo, que se os enviara, señora, una buena parte de todo ello en forma de belleza y salud, y de cuanto bueno pudiera imaginarse.

Después, continué diciendo:

—Señora mía, he sido durante mucho tiempo vuestro leal y fiel servidor, y aún lo seguiré siendo nuevamente sin que me

deje llevar en modo alguno por el cambio, el arrepentimiento o la inconstancia, y así será, para bien mío, pues no hay nada que me sea más querido que el complaceros en todo, sin importar donde me halle, ya que vos sois la dueña¹⁶ de mi corazón y de mi felicidad, mi propia vida y mi salud, y también el médico que me ha de sanar de todos mis males. Vos sois mi consuelo en los momentos de necesidad, la garantía de todas mis alegrías, y el auxilio a todos los males que puedan imaginarse o concebirse. Señora, he hallado tanta gracia de vos cuando estaba a punto de morirme, que os juro por la Salvación de nuestro Señor Jesucristo, que me sentiré en deuda con vos para siempre, pues gracias a vos ahora gozo de salud y estoy con vida. Por lo tanto, será justo serviros con la debida obediencia hasta el día de mi muerte, y así lo haré, por la fidelidad que os debo.

Y añadí:

—Señora, jamás dejaré vencerme por la indolencia, siempre estaré a vuestra disposición, vivo o muerto, día y noche, a todas horas si es menester.

Entonces, mi dama sonrió ligeramente, y en un lenguaje claro y con pocas palabras, sin rodeos ni circunloquios, se sinceró conmigo por completo en aquel lugar, y expresó sus verdaderas intenciones hacia mí, ordenándome que guardara el secreto de todo ello si es que de verdad deseaba obtener de ella todos sus favores. Con relación a esto último, os confieso que nunca antes una orden me había producido tanto regocijo, y que por esta vez evitaré dar detalles en esta narración acerca de la naturaleza de dicho secreto, así como romper el juramento hecho a mi amada, pues de hacerlo, mejor sería no haber nacido, dado que a partir de entonces sería considerado alguien incapaz de cumplir su palabra, y ante esta situación, nada de lo

¹⁶ En este verso «señora» o «dama».

que pudiera decirseme para consolarme me serviría. Todos me despreciarían o reprobarían dicho proceder con dureza, algo que me dolería mucho. Así pues, perdonadme, y no se hable más del asunto. Y así, hallándome en el barco después de navegar en un mar dominado por enormes y profundas olas de color verde durante dos o tres días rumbo al país de mi amada, esta me llamó en una ocasión para decirme que se hallaba muy contenta por mi estado de salud y para conversar conmigo, como a ella le gustaba, durante dos horas o más acerca de la reina y de la isla, de todo lo que en ella había visto, de cómo se regía la vida allí y de todas las mujeres, una por una, que vivían en aquel lugar, hasta que el viento arreció con tal ímpetu y de tal modo, que todos en el barco comenzaron a decir:

—Señora, si es voluntad de Dios, antes de la caída de la noche estaréis allí dónde desearías estar ahora. No dudéis de que dentro de seis horas os hallaréis allí donde todo os pertenece.

Tras oír tales palabras, mi amada sonrió, y dijo que no había pasado mucho tiempo desde que habían zarpado. Después, se levantó, y se puso a dar vueltas por todo el barco bromeando con todo el mundo hasta que avistó tierra, y contenta por ello, Dios es testigo, hizo que se bajara en seguida un bote a fin de continuar el viaje hasta su hogar, os cuento esto sin muchos detalles, y allí fue recibida, como era lo propio, con júbilo y alegría y como una señal de buena fortuna que a todos agradó. En cuanto a mí, una vez que el barco arribó a puerto, me desperté en mi aposento, el cual estaba tan lleno de humo que este se me metió por varias partes del cuerpo, desde las mejillas hasta las orejas, haciendo que el mismo se humedeciese con las lágrimas que por causa de todo este humo habían brotado de los ojos. Y me sentí tan débil que apenas pude levantarme después de viajar tan lejos y de fatigarme tanto. Tampoco pude reconocer nada de lo que me rodeaba, ni

lugar ni persona,¹⁷ ni mucho menos fui capaz de orientarme hacia donde ir. Sin embargo, gracias a la buena fortuna, me levanté y caminé lentamente, paso a paso.

Entonces, llegué a una escalera de caracol, y tras aferrarme a su poste, subí lentamente por ella hasta llegar a un aposento donde pensé que podría dormir con sosiego y fuera de peligro, a mis anchas y en paz, con el fin de recuperarme de los sinsabores y grandes temores que había padecido en mi aventura anterior. Esa era mi intención y nada más. Y como una criatura que ha perdido el juicio y se halla fatigada en exceso, con calma y despacio, paso a paso, me conduje por aquel aposento decorado con una gran cantidad de historias antiguas de diversa laya, más de las que puedo relatar, hasta que hallé un lecho donde pude acostarme por fin. Y en la medida en que me lo fue permitiendo mi mente, pude ir recordando y relatando, al igual que lo hace un escolar que quiere destacar cuando recita sus versos en la escuela, todo lo que había soñado aquella noche hasta tal punto que, de hecho, creí recordar el sueño entero junto con toda mi vida tal como había sucedido y me oísteis referir, con lo bueno y lo malo por igual.

Así pues, mientras estaba enfrascado en mis pensamientos aquel dichoso o funesto día, no sé bien cómo denominarlo, no me carguéis con esa responsabilidad, sucedió que de tanto pensar me embargó un sueño tal que en poco tiempo me pareció hallarme de nuevo en la isla anterior, y en ella pude contemplar al caballero y a las mujeres que habitaban en ella reunidos en un prado con la reina. En dicha reunión se puso de manifiesto cuán dichosas y encantadas estaban tales mujeres de que el caballero hubiese de convertirse en el rey de la isla tras su boda con la reina, y se acordó que tanto las mujeres de mayor como de menor condición habrían de desposarse también como testigos fehacientes de un importante acontecimiento que, sin

¹⁷ En el poema «ni iglesia ni santo».

lugar a dudas, estaba destinado a quedar en el recuerdo de todos. La asamblea finalizó con la decisión unánime de que aquella misma noche el caballero habría de partir de viaje a su país lo antes posible y regresar con una partida suficiente de hombres de menor y mayor rango social que estuvieran en edad de casarse con las mujeres de la isla. Esto es lo que se decidió, y para que tal decisión no pudiese revocarse de ninguna manera, y se mantuviese en vigor, y se llevase a efecto en el plazo previsto, evitándose cualquier excusa, sea la que fuese, que impidiese la celebración de la feliz ceremonia de bodas y del banquete de la reina y el caballero, así como de la coronación real del caballero, esta fue escrita y sellada cumplidamente.

Caída ya la noche, el caballero fue conducido sin demora a una pequeña embarcación, y a bordo de ella se despidió de todos. En dicha embarcación, en la que acostumbraba a recrearse siempre la reina, pudo el caballero enfrascarse a sus anchas en sus pensamientos y divagar en su fuero interno dejando fluir libremente la imaginación. Debo confesar que yo hasta entonces nunca antes había visto u oído hablar de una embarcación así, pues no necesitaba ni mástil ni timón, ni capitán ni gobierno. Insólitamente, tanto el pensamiento o la imaginación como el disfrute de navegar en ella hacían posible que la embarcación navegase con holgura por igual tanto hacia el este como hacia el oeste, tanto en la bonanza como en la tempestad.

Y yo, a petición del caballero, me subí en ella para unirme a él, convirtiéndome así en el primer invitado a la ceremonia de bodas y al banquete. Y cuando este mismo caballero, tras surcar el mar cubierto de olas llegó a su país, este, y os lo contaré en pocas palabras para no extenderme demasiado, dejó su rica y majestuosa embarcación en un embarcadero grande y profundo, y se dirigió a la corte, que era el lugar donde vivía. Allí fue recibido, como era costumbre, en su calidad de

heredero y noble caballero por todas las personas de noble condición de aquella nación, las cuales acudieron en seguida a su primera llamada con el ánimo jubiloso y llevados por una sincera lealtad, y sin deseos de ser hallados culpables de ningún modo de haber faltado a ella o de haberse dejado llevar por la indolencia.

Para todas aquellas personas servir lealmente a su señor constituía, pues, su máximo tesoro, tal como había sido siempre así desde que fuera habitada aquella nación por vez primera. Y fue recibido allí su rey¹⁸ de tal manera, que nada de lo que tenía que hacerse ni estaba destinado a complacer o a proporcionar solaz a su señor soberano, como se había hecho siempre por costumbre, fue olvidado por ninguno de ellos. Pues ya habían pasado siete años o más desde que el padre del caballero, el anciano, sabio y canoso rey de aquella nación se despidiese de sus barones una noche, y hablase de todos sus días pasados, y de cómo había llegado ya para él su postrero día, y les rogase de todo corazón que recordaran que su hijo, que entonces era joven y contaba con una tierna edad, había nacido para ser su príncipe, y que si alguna vez este regresara a aquel país en un momento dado en virtud de la buena fortuna, que fueran siempre leales y afables con él tal como lo habían sido con él mismo. Una vez hecho esto, el anciano rey partió después a la gloria para toda la eternidad.

De todos era bien sabido cómo este joven príncipe, sin dar muchas explicaciones, decidió un día siendo bastante joven emprender un viaje tan extraordinario como insólito con el fin de buscar honores y una princesa a la que llegase a desear más que a todas las riquezas del mundo debido a la elevada fama que su nombre pudiera haber alcanzado en aquel tiempo, y que no hubiera sido superada por ninguna otra, una princesa tan bien estimada por sus actos cuyo honor no hubiese sido mancillado

¹⁸ El caballero es un rey en su país.

jamás. De esa princesa ya he hablado antes aquí, y en breve hablaré más de ella. De este modo sucedió lo que vais a escuchar a continuación.

Los nobles principales de este caballero trataron, por lo tanto, de complacerlo y alegrarlo de tal manera, que fue divertido estar presente allí en ese momento para comprobar la lealtad de todos ellos, así como sus buenas intenciones hacia él. Estaban muy contentos, y ninguno hubiera dudado en sacrificar sus riquezas por ver a su señor desposado con una hermosa princesa a la que pudiesen servir, tan grande era su deseo de contar pronto con un heredero que diese seguridad y estabilidad al reino.

Y mientras hablaban de esto mismo, el príncipe¹⁹ tomó la decisión de contarles con toda claridad su viaje desde el principio hasta el final, aprovechando la ocasión para pedirles que lo aconsejasen. Les contó cómo había conocido a la reina, y les hizo partícipes de su compromiso con ella, de su decisión de desposarla, y de la necesidad de volver a la isla en el plazo establecido con el fin de evitar su propia deshonra para siempre. Después, volvió a pedirles que lo aconsejaran y dispusiesen de todo lo necesario para que en el plazo de diez días reuniesen para su ceremonia de bodas y banquete, sin que ello causase demasiado perjuicio para el reino, al menos unas sesenta mil personas,²⁰ pues su intención era regresar lo antes posible a la isla de donde vino y cumplir el plazo previsto para su boda con la reina. Por nada del mundo quería permanecer mucho tiempo ausente de aquel lugar. Entonces todos aquellos nobles caballeros se dirigieron en seguida sin separarse a una sala con el fin de deliberar y pensar el mejor modo de complacer a su señor, dotarlo de lo que pedía, y continuar manteniendo al mismo tiempo el buen nombre y el honor del reino, honor que hasta

¹⁹ Aquí se hace referencia al caballero como «príncipe».

²⁰ No se especifica si de hombres o mujeres. Quizá de ambos sexos, o solamente hombres que estén destinados a casarse con las mujeres de la isla.

entonces se había mantenido siempre arraigado e intacto. Finalmente, calculados los gastos que dicha empresa acarrearía y, en conclusión, consideradas las disposiciones para cada cosa, los caballeros hallaron que no sería sino en un plazo de quince días, y eso con mucho esfuerzo y diligencia, que podría llevarse lo solicitado por el príncipe a buen término.

Después, se presentaron ante el príncipe con el propósito de informarlo de que en modo alguno podría este partir a la isla en el plazo de diez días para casarse con la reina, y de que era necesario permanecer en su país al menos cinco días más, es decir, quince, hasta que todo estuviese listo para su partida. En definitiva, le expusieron todos los motivos por los cuales no podría ver hecho realidad su deseo con la premura solicitada, así como otros razonamientos de peso por los cuales no podría cumplir en modo alguno con el plazo convenido con la reina de la isla.

Al oír todo ello, sintió este, tal congoja en su corazón pensando en la deshonra que sobre él recaería que, sin que nada pudiese hacerse, se enfermó y permaneció en su lecho toda esa semana y buena parte de la siguiente. Y en repetidas ocasiones se golpeó en el pecho mientras decía:

—¡Ay! En este día y en este lugar he perdido mi honor para siempre. Ojalá estuviese muerto. ¡Ay! A partir de ahora mi nombre será puesto en entredicho para siempre, y yo quedaré afrentado, deshonrado y vilipendiado, y nunca más nadie volverá a creer en mi palabra.

Y fueron tantas las manifestaciones que dio de pesadumbre que, en verdad, causó gran pena el verlo en tal estado. Y al cabo de quince días, una noche se presentaron ante él sus nobles y principales caballeros, y le hicieron saber que todos ellos estaban listos ya para partir, y le informaron brevemente allí mismo acerca de la manera en la que se había dispuesto todo añadiendo que veinte mil caballeros de renombre y otros cuarenta mil más

sin tacha,²¹ todos de noble linaje, habían sido situados y acomodados a la orilla de un río en espera suya y de sus órdenes. Entonces el príncipe, de la alegría, se levantó del lecho, y hacia el lugar donde estaban situados y acomodados tales caballeros se dirigió sin demora esa misma noche. Allí mismo dispuso que se preparase su cena, y con los caballeros permaneció hasta el amanecer. Y en seguida emprendió su viaje saliendo del sendero angosto con el fin de tomar el sendero más ancho que le llevase hasta su majestuoso navío. Y cuando este príncipe y alegre caballero llegó con sus hombres de resplandecientes armas allí donde pensaba embarcarse, consciente de que todos estaban presentes en aquel lugar y de que nadie se había quedado atrás, les habló sin pérdida de tiempo de lo que planeaba hacer, y a través de sus proclamas, que lanzó dos veces ese mismo día entre sus hombres, ordenó a todos los allí reunidos a que acudiesen a la mañana siguiente a la costa, pues desde tal lugar comenzarían el viaje.²²

Amaneció y no hubo cambios en la proclama del día anterior. Pocos fueron los que durmieron aquella noche al ocuparse en disponer de todo lo necesario para el viaje a la mañana siguiente. Su disgusto vino ante la falta de barcos, pues exceptuando la embarcación del príncipe y otros dos barcos más, no vi ningún otro. Y mientras los hombres esperaban temerosos allí viendo elevarse las aguas del mar, alguien gritó: «¡Todos a bordo!». Entonces todos los que pudieron corrieron hacia la embarcación. Y según pude comprobar, todos los hombres tuvieron cabida en él. Nadie se quedó fuera, ni siquiera los caballos, faltriqueras, bolsas, fardos, celadas, lanzas, protectores de brazos o pajes.

²¹ Aquí se especifica que las sesenta mil personas requeridas son caballeros, esto es, hombres.

²² Lit.: «donde él comenzaría su viaje».

Para todos hubo espacio y acomodo. Realmente fue toda una proeza el que todos pudieran entrar en el barco, y viendo todo ello me reí enormemente, y al mismo tiempo me pregunté maravillado en mi fuero interno cómo había sido posible que se hubiera fabricado un barco como aquel, pues no importa cuán elevado fuera el número de gente que entrase en él ni tampoco su tamaño, siempre había espacio para todo el que quisiera hallar un lugar en el mismo sin restricción. Y en verdad no hubo nadie que estuviera mal acomodado. Os digo esto porque, en mi opinión, yo, que fui el último en ser situado junto al mástil, desde ese mismo lugar me pareció que había espacio suficiente como para acomodar a todos los hombres en una ciudad entera. Y dichas las preces para asegurar un viaje seguro, el barco comenzó su viaje.

El príncipe y todos los hombres que lo acompañaban se postraron de rodillas, y rezaron con ahínco y devoción para que pudieran llegar a la isla sin incidentes y sanos y salvos, y para que, tras la demora del propio príncipe en su país tratando de reunir el séquito necesario para la ceremonia de bodas y el banquete, el nombre de este no se viera mancillado o afrentado después de que hubiera prometido a la reina regresar a la isla en la fecha acordada. Pero la verdad era que mantener la fecha acordada no sería posible. Ante esta situación, este príncipe y caballero no pudo dormir ni una sola noche debido al pesar y a la aflicción que se había apoderado de él temiendo el enorme disgusto que ocasionaría a la reina. Sin embargo, el barco navegó todo lo rápido que el príncipe deseó en su imaginación dada la necesidad que tenía de llegar a la isla cuanto antes.

Y por fin llegaron a ella. Entonces, tanto él como sus hombres desembarcaron en la playa a toda prisa con el corazón alegre y el espíritu dichoso esperando encontrarse en la gloria esa misma noche, pero antes de que hubiesen recorrido poco más de un kilómetro y medio, vestida toda de negro, con el rostro lastimero, el ánimo compungido y el corazón destrozado, una

mujer que nunca antes en toda su vida había sido cruel se dirigió al príncipe allí donde este estaba montado a caballo y le dijo:

—¡Esperad! ¡Esperad! No tengáis tanta prisa y regresad al instante. Ya no hay ninguna razón para que os quedéis en la isla, pues vuestra falta de lealtad y de palabra nos ha sumido a todas en la desgracia. ¡Aciaga la hora en la que nos aliamos con vos, que os habéis mostrado tan desleal! ¡Ay! ¡Maldito el día en que os conocimos! ¡Ay! ¡Maldita la hora en la que nacisteis, pues por vuestra culpa toda esta tierra ha caído en desgracia! ¡Maldito sea quien en mala hora os trajo aquí, pues ida es nuestra dicha para siempre! Cómo lamentamos el haberos conocido, ya que habéis sido la causa de toda nuestra pesadumbre.

—¡Ay, señora! —exclamó este caballero. Después, desmontó del caballo con el rostro lívido y las mejillas sin vida—. ¡Ay!, ¿qué significan vuestras palabras?, ¿qué es lo que habéis dicho?, ¿cuál es el motivo de vuestro enfado? Jamás osaría disgustaros. Bien parece que desconocéis la promesa que he hecho a vuestra princesa,²³ promesa que pienso cumplir, a fe mía, tal como fue siempre mi intención y, por lo tanto, heme aquí en prueba de mi lealtad, sin que en mí haya habido cambio o mudanza de parecer, y también como servidor incondicional tanto o más como pueda serlo cualquier ser vivo u hombre de una dama o princesa. Dejad que os diga, pues, que ella constituye para mí mi gloria entera y todas las riquezas habidas y por haber, además de ser la dama que en mí todo lo sana, la alegría de mis palabras y el mundo entero. No entiendo, entonces, qué es lo que está pasando. ¿A qué vienen tales palabras? Hablad, señora, os lo ruego. Desde que nací jamás tuve miedo a nada, pero ahora tengo un miedo terrible de oíros hablar, y siento, a causa de este mismo miedo, que mi corazón va a estallar. ¡Hablad, señora!, ¡hablad!, ¿cómo están las demás mujeres?, ¿bien o mal?

²³ En esta parte se hace referencia a la reina como «princesa».

—¡Ay!, ¡maldito el día en que nacisteis! Pues, por causa de vuestro amor, esta tierra ha caído en desgracia. La reina ha muerto de tristeza por vuestra gran deslealtad y falta de palabra. ¡Cuánto hemos sufrido por ello! Unas dos terceras partes de la alegre compañía que hasta hace poco contase historias y se recrease animosamente en este mismo lugar yacen ahora muertas también bajo tierra en su nueva morada. ¡Ay!, maldito el día en que faltasteis a vuestra palabra, pues en cuanto expiró el plazo acordado para vuestro regreso, la reina se reunió en consejo a toda prisa para determinar qué hacer, manifestando que vos seríais el culpable de la gran deshonra y afrenta que se cernería sobre todas las mujeres de la isla irremediabilmente al no cumplir vuestra palabra.

Y todas ellas se pusieron a rezar en busca de una solución, puesto que era importantísimo que se evitase cualquier habladuría o calumnia entre las malas lenguas que dijese que habían sido conquistadas fácilmente tras la promesa de una pobre ceremonia de boda, y que habían renunciado a su honra cuando con tan poco juicio pensaron en poner en riesgo su valioso tesoro, su felicidad y su intachable reputación. Asimismo, las mujeres sostuvieron que era probable que las calumnias que se dijeran durasen para siempre sin que nadie pudiera evitarlo y que, por lo tanto, necesitaban saber qué hacer, ya que a partir de ahora todos dirían que se había dejado libre el camino para todos quienes quisiesen entrar en su amurallada isla y tener libre acceso a todas sus mujeres, lo que había sido logrado ya por un caballero que, con absoluta libertad y sin ningún tipo de impedimento, había conseguido en poco tiempo la sumisión de todas ellas.

Todo esto que os refiero fue puesto a consideración en el consejo tres veces, y en dos ocasiones se concluyó que lo mejor sería que la reina muriese sin deshonra antes que ver injuriado su buen nombre. Por lo tanto, tanto la reina como un grupo de mujeres decidieron morir y renunciar al goce de los placeres de la vida por temor a vivir con la deshonra de haber creído tan

ciegamente en vos y en vuestra palabra, y de común acuerdo juraron no volver a comer, beber ni a hablar nunca más y, sin despedirse de nadie, encerrarse en un lugar para llorar y hacer penitencia los días que viviesen sin deseo de obtener alivio alguno. Todo lo que os cuento es verdad y a las pruebas me remito. La reina se despidió inmediatamente de todas las mujeres que se encontraban presentes y, arrepentida por completo de sus pecados, murió. Así pues, hemos caído en desgracia para siempre. ¿Qué más podría deciros? Venid conmigo. Venid a ver el lecho fúnebre, donde seréis testigo de la visión más lastimera que se haya mostrado jamás alguna vez a caballero alguno. Vais a ver a algunas mujeres vestidas de negro y de rostro blanquecino sostener una vara en la mano, dispuestas todas ellas a golpearse las unas a las otras. Y si entre ellas hay alguna que no llore o haga ademán de dormirse, esta será golpeada de tal forma que mudará el color de su rostro de la misma manera que cambia el color de la ropa que acaba de teñirse, así de verdadero es su arrepentimiento, así guardan esta norma que os digo, y así lo harán para siempre hasta el día de su muerte mientras les quede un soplo de vida.

Entonces, este caballero cogió a la mujer con ambos brazos y comenzó a decirle:

—¡Ay! ¡Maldito el día en que nací! ¡Mi vida ya nada vale ante tanta desgracia!

Y después de decir estas palabras, desenfundó una daga, y atravesando con ella su hopalanda, jubón y camisa, hizo brotar la sangre de su corazón. Luego, se recostó en el prado, y arrepentido de sus pecados, tras cerrar los ojos y exhalar el último aliento, murió. Y tras la muerte de este caballero, se alzó en seguida tal grito de tristeza entre la alegre multitud de hombres que permanecían aún en formación en la costa, que fue escuchado desde el cielo hasta en las mismísimas profundidades de la tierra, e hizo que las bestias salvajes, temiendo que sus frágiles vidas corriesen peligro, comenzasen a correr desde los

bosques hacia las llanuras, y desde los valles hasta las elevadas montañas como bestias ciegas que hubiesen olvidado por completo su propia naturaleza. Llenos de dolor y sin que nada pudiese consolarlos, estos caballeros decidieron reunirse en consejo y buscar a la mujer vestida de negro con el fin de consultarla acerca de lo que debía hacerse. Esta, llorando desconsoladamente, se dirigió a ellos en voz baja en estos términos:

—Caballeros, a fe mía, toda esta desgracia ha sucedido por vuestra indolencia. Vosotros, que sois hombres de elevada condición, deberíais morir uno por uno por causa del incumplimiento del príncipe, que se comportó siempre como un auténtico caballero, de regresar a la isla en la fecha acordada, puesto que vosotros, que se supone debisteis aconsejarlo correctamente, no lo hicisteis así cuando fue el momento. Si hubieseis cumplido la promesa hecha, actuado de buena fe acorde con las normas de cortesía, y cumplido la petición del príncipe, esta repentina desgracia se hubiera convertido en una alegre celebración de bodas, pero ahora ya nada puede hacerse, y para nosotras todo esto que ha sucedido aquí no será sino motivo de calumnia y deshonor para siempre. Así pues, no tengo ningún consejo que os sirva de provecho, pero si lo deseáis, y para que puedan ser recordadas, disponed de tal forma que la reina, que fue tan cortés en vida, y todas las mujeres que la sirvieron, ya estén muertas o enfermas, tengan en vuestra tierra una capilla que recuerde en su sepultura cuál fue su final y cuáles fueron las tristes circunstancias que condujeron a este, y que la misma se construya en alguna famosa ciudad antigua cerca de un camino principal donde todos puedan rezar por ella y por todas aquellas mujeres que la sirvieron con lealtad y fidelidad.

Y nada más terminar de hablar, mudó el color de su rostro, pidió la muerte tres veces, exhaló su último suspiro, y murió. Entonces los caballeros de la compañía, tanto los de mayor como los de menor rango, determinaron vivir para siempre en casas

cubiertas de paja, vestir de negro, abandonar todos sus placeres mundanos, y hacer penitencia toda la vida. Después, condujeron al príncipe muerto hasta la embarcación y designaron a aquellos que debían encargarse de su traslado. El resto de los caballeros se dirigió hasta el lecho funerario donde yacía la reina y, de rodillas, alzando las manos, se pusieron a gritar hasta tres veces «¡Piedad!», y maldijeron el mismo instante en el que la indolencia hiciera que no se cumpliera la promesa hecha. Y acto seguido, aquellos mismos caballeros condujeron el cuerpo de la reina hasta la embarcación, que quedaba a poco más de un kilómetro y medio, y en breve, grupos de hombres fueron trasladando también allí, uno a uno, los cuerpos de todas las mujeres fallecidas. Y atravesado el mar, y una vez en tierra, los lechos funerarios fueron colocados sobre la playa y conducidos sin demora hasta una ciudad amurallada donde había sido costumbre colocar siempre a los reyes de la tierra después de un reinado glorioso. En dicha ciudad, además, había una abadía de monjas benedictinas en la que estaban escritos los nombres de aquellos que habían sido conquistadores. Estas monjas benedictinas acostumbraban a hacer vigilia, y tenían como hábito levantarse todas las noches para rezar por todos los seres vivos.

Y así sucedió, como es la costumbre, que una vez concluido el Oficio de Difuntos todo lo devotamente que se pudo por el descanso eterno de las almas del príncipe y de la reina, se rezaron alrededor de los lechos funerarios, sin música y en voz baja, infinidad de oraciones y versículos. Y con no menos devoción, los asistentes allí congregados en la iglesia rezaron a la Santísima Trinidad durante toda la noche hasta el amanecer para que tuviera misericordia de aquellas almas. Y cuando transcurrió la noche y comenzó a asomarse el nuevo día y la joven mañana, que a todos logró bañar con sus rayos rojizos procedentes del sol, y se hizo suave y clara permitiendo la venida de un aire saludable, acaeció un hecho tan extraordinario como insólito entre la gente que trocó en poco tiempo las palabras aciagas y el

hondo pesar en dicha. Un ave revestida por completo de plumas azules y verdes, llena de colores extraños y exóticos además de desconocidos y maravillosos de contemplar, con manchas resplandecientes como el oro en el medio a la manera de pequeños hilos repartidos por todas las articulaciones, se posó sobre el lecho funerario de la reina, y comenzó a cantar en voz muy baja y, sin que nadie lo impidiese, tres armoniosas canciones. Entonces, un anciano caballero que se hallaba cerca de este mismo lecho, que parecía un hombre absorto en sus pensamientos al que nada de su alrededor pudiera importarle, y tenía el rostro y los ojos de alguien que ha llorado mucho y estaba tan pálido como quien no ha dormido en bastante tiempo, al quitarse repentinamente su caperuza ante un príncipe que acababa de pasar, hizo que el ave se asustase, dejase de cantar, alzara el vuelo, y se alejase de nosotros.

Y al tratar de atravesar con las alas desplegadas el mismo lugar por el que había entrado apresuradamente, no quiero entrar en detalles, se golpeó contra un ventanal lujosamente pintado con las vidas de muchos y diversos santos y, batiendo sus alas y sangrando en abundancia, cayó hacia atrás desde ese mismo ventanal expirando por causa de sus heridas. En el suelo permaneció inerte por espacio de una hora o más hasta que aparecieron una veintena de aves que se reunieron en el lugar donde se había roto el ventanal, y fue tanto el lamento que hicieron que causó pena escuchar el sonido y el gorjeo de sus gargantas, así como la queja de sus notas, que eran muy diferentes de aquellas que suelen proceder de la felicidad. En seguida, una de esas aves penetró por el cristal de aquel ventanal trayendo en su pico ribeteado con nueve colores una planta sin flor, toda de color verde, llena de hojas pequeñas y lisas, oscuras y largas, con muchas venas, y la colocó junto a la cabeza de su compañero muerto. A continuación, se la puso encima de ella con suma delicadeza y allí la dejó colgando. En menos de media hora, numerosas flores comenzaron a brotar majestuosamente de

la planta después de que sus semillas hubiesen madurado. Y del mismo modo que un ave suele alimentar a otra, aquella misma ave tomó una de esas semillas en su pico, y se lo puso en el pico de su compañero muerto, y de esta manera, en un santiamén, el ave que había permanecido muerta ante nuestros ojos todo ese tiempo se levantó, y se acicaló las plumas.

Seguidamente, todas las aves juntas en bandada se echaron a volar, y se alejaron de nosotros cantando, sin que nadie las molestase ni causara daño alguno. Y cuando finalmente se marcharon y se perdieron de vista, la abadesa comenzó a recoger en seguida cada una de las semillas esparcidas en el suelo. Después, sostuvo la planta en su mano con el fin de examinar de cerca las hojas, las semillas, el tallo y las flores mientras decía que tenía un sabor agradable, y que no era una planta fácil de hallar. También dijo que se trataba, sin lugar a dudas, de una especie desconocida y más poderosa que las demás. Y yo os digo que quienquiera que tenga la facultad de usar en su propio beneficio las flores, las hojas o las semillas de aquella planta, puede estar seguro de que sanará de inmediato. Lo siguiente que hizo la abadesa fue colocar la planta sobre el lecho funerario donde yacía la reina, y acto seguido, el gentío comenzó a hablar de lo que había visto. Y mientras hablaba de todo ello, una semilla se puso de color verde y comenzó a brotar encima del seco lecho funerario, lo que me pareció algo extraordinario, y después de ello, apareció una flor y una nueva semilla, hecho este al que prestó atención el gentío diciendo que se trataba de un milagro extraordinario o de un remedio más poderoso que cualquier antídoto contra el veneno, y que sería bueno probar allí mismo si aquella planta o flor con sus semillas pudiera hacer revivir los cuerpos que ellos habían estado velando durante toda la noche con antorchas. De inmediato, los caballeros allí reunidos dieron su consentimiento, y toda la concurrencia se mostró también conforme con ello, y en tono calmado y sin armar mucho jaleo, descubrieron el rostro de la reina, que quedó

expuesto ante todos los presentes. Esto hizo que los hombres que formaban parte del séquito del caballero se desvanecieran de la impresión. La tristeza que sintieron todos, sin importar su rango social, fue tan grande que perduró durante mucho tiempo.

La visión de la reina les había hecho recordar a su señor con tanto dolor, ¡qué hombres tan leales y honestos!, que dijeron sin excepción que vivir se había tornado ya para ellos en un calvario. Y después, la buena abadesa, con sus dedos limpios y menudos, escogió y preparó entre todas las semillas que había, tres de ellas, y las fue metiendo de manera consecutiva, una por una, con calma y sin brusquedad, en la boca de la reina. En seguida, las semillas revelaron que poseían tal poder que no hubo duda alguna de que la flor que las albergaba había resultado ser un remedio eficaz, pues con un semblante sonriente se levantó la reina y, como era costumbre en ella, se mostró jovial con todos los presentes. Ante hecho tal, todos, poniéndose de rodillas en el suelo, pensaron que se hallaban en el mismísimo cielo en cuerpo y alma. Después, se dirigieron hacia donde yacía el príncipe para repetir la misma operación. Y es que cuando la reina comprendió los beneficios de la planta medicinal, está pidió que a través de sus semillas se le hiciera revivir también a él después de todas las calamidades que ambos habían pasado.

Y hasta él se fue con el fin de otorgarle un destino feliz, de tal forma que en seguida el príncipe se levantó vivo y coleando, alegre y lozano, con buena salud y capaz de hablar perfectamente, y entre risas dijo: «Muchas gracias, doctora». Y fue tanto el regocijo que provocó este acontecimiento en toda la ciudad, que se hicieron tocar las campanas como nunca antes se habían tocado, hecho este que asustó a la gente que vivía a cierta distancia de ella e hizo que acudiesen a la misma para preguntar el motivo de que se estuviesen tocando con tanta algarabía. Luego, la reina y la abadesa se encargaron de hacer revivir a los dos tercios de las mujeres que habían muerto. Así, en poco tiempo estuvieron todas alrededor de la reina sirviéndola como

correspondía. Y para asegurarse que estaban todas, no faltó ninguna, joven o vieja, que no fuera llamada por su propio nombre. Todos cuantos allí estaban fueron presa de la alegría nuevamente, y tanta resultó ser esta, que difícilmente hubieran deseado hallarse en un estado mejor, y todo ello después de que la planta medicinal, que había demostrado ser buena y eficaz a todas luces, pudo devolver la alegría y la felicidad a la reina, al caballero y a todas las mujeres que habían muerto.

Y de este modo, acabada la tristeza, a la mañana siguiente y sin demora, pletóricos de felicidad, el rey, la reina y todos los caballeros acompañados de las mujeres de la isla, de común acuerdo hicieron que se anunciase por todo el país una asamblea general, la cual, como fue el propósito de todos, se convirtió después en un parlamento en donde se dispuso, resolvió y decidió todo aquello que sería del agrado de todos, sin importar su rango social, esto es, que la ceremonia de bodas y el banquete se celebrarían en la isla, con el pleno consentimiento de los jóvenes y viejos, tal como se hacían las cosas antaño, ni más ni menos. De modo que una vez embarcado todo el mundo, se puso rumbo a la isla. Y se mandaron emisarios hacia reinos lejanos para pedir a los reyes, reinas y duquesas y a diversos príncipes y princesas de alta alcurnia que, si fuera de su agrado, hicieran el honor de viajar hasta la isla el día concertado para la boda y se recreasen con las justas y torneos y otros espectáculos de armas que en ella se organizarían durante el mes de mayo. También se decidió que dos damas de elevada condición social y de buen porte acompañadas de algunos caballeros y escuderos escogidos entre el séquito de la reina, a modo de embajada y portando algunas misivas cerradas y selladas, embarcarían y partirían en busca de mi amada por todos los rincones del planeta hasta dar con ella sin falta.

Ambos, tanto el rey como la reina, dispusieron que, puesto que aquella formaba parte del séquito de los dos, se la pidiese que tuviera la cortesía de estar presente en la isla el día de la boda.

Por otro lado, como en varias ocasiones la reina se había puesto en sus manos pidiéndola consejo, aquella se encargó personalmente de solicitar a tales damas y caballeros que, por lo más sagrado del mundo, se dieran prisa en su misión, pues en caso de que ella estuviera ausente en la ceremonia de bodas y en el banquete, se sentiría un vacío terrible, y dicha ceremonia de bodas con todo su banquete, no se volvería sino un acontecimiento aburrido sin gozo ni alegría. Finalmente, la reina les otorgó pruebas oficiales de su misión, y les deseó buena suerte encomendándolos a Dios Todopoderoso. Las dos damas y los caballeros partieron, y estuvieron de viaje catorce días, y tras haber tenido éxito en su misión, trajeron a mi dama en la embarcación real, cumpliendo así lo dispuesto por el rey y la reina. Y cuando la embarcación llegó a tierra, la reina se alegró tanto que, al reencontrarse con mi amada en la playa, la abrazó de tal modo y con tanto afecto que a todos causó admiración. Nada hubo que las mantuviera separadas, a mi juicio, por espacio de doce horas, ya hiciese frío o calor. La única compañía que tuvieron fue la que ellas mismas se dispensaron mutuamente para su propio solaz y entretenimiento a la hora de contarse las alegrías, las penas y las travesuras de la juventud. Después, ambas fueron escoltadas por un buen número de caballeros a un lugar donde esa misma noche tampoco se separarían tras acordar pasar el tiempo juntas para solaz de ambas.

Y a la mañana siguiente, acompañado de un gran séquito, el príncipe se fue a ver a mi amada para hacerla saber que se alegraba y complacía enormemente de su llegada, y muy cortés y efusivamente, le dio las gracias y entre risas le dijo: «En verdad que lo que antes no pareció seguro, ahora lo es». Acto seguido, dio la orden de que todos se pusieran manos a la obra sin que se reparase en gasto alguno, pues al día siguiente este se casaría sin falta con la ayuda de San Juan, y a todos así se lo hizo saber. Y llegada la mañana, se llevó a cabo la ceremonia religiosa de tal forma que nunca antes ni príncipe ni conquistador se había

casado con más honor, ni se habían visto caballeros con tanta nobleza e hidalguía ni un número tan elevado de damas tan hermosas como las que allí se dieron cita, por mi vida que doy fe de ello, no os miento. Y tanto la ceremonia de bodas como el banquete se celebraron, os lo cuento tal como sucedió, dentro de pabellones cubiertos, en un enorme espacio abierto cerca de un bosque situado en un prado dividido por un río y un manantial donde jamás había habido en el pasado abadía, celda monástica, iglesia, casa o pueblo alguno.

Y el banquete de bodas duró tres meses sin que jamás se perdiera el brillo de su pompa. Además, no hubo un solo día durante todo ese tiempo, desde el amanecer hasta el anochecer, que no hubiese justas, bailes, y en general, buen ánimo y todo aquello que es propio de la cortesía y las buenas maneras. Y, según creo, al segundo día, cuando ya se había terminado la tristeza de los días pasados, y todos los hombres habían dormido ya una noche con su dama bajo el vínculo del sagrado matrimonio, el príncipe, la reina y el resto de la concurrencia solicitaron a mi dama que atendiese mis requerimientos y tuviera en cuenta mi pasada lealtad hacia ella, que tuviese compasión de mi sufrimiento, y tuviera a bien aceptarme a su servicio de tal manera y de tal guisa que ambos fuésemos ya uno solo. Así lo pidieron la reina y todos los demás presentes. Y como no debía existir un «no» como respuesta, dejaron de justar un día entero con el fin de solicitar a mi amada que se alegrase y que no mostrase inquietud alguna, y que con buen corazón pusiera la mejor predisposición de ánimo, añadiendo que se trataba de un año para ser feliz. Tras lo cual, ella sonrió y dijo:

—En efecto, creo que se trata de mi servidor, y confío en que desee mi felicidad tanto como yo deseo la suya, y ojalá supiera de qué manera. Y si yo he de tener la garantía de que su lealtad ha de persistir sin indolencia, que ha de mostrarse tal como aquí decís, que va a ser capaz de refrenar su espíritu libre y disipado, que ha de consentir en vuestra solicitud de formar parte del grupo

de hombres a desposarse y, de este modo, que va a actuar al amparo de vuestras costumbres acatando vuestra voluntad, entonces sí, acepto vuestra petición, y consiento en complaceros en vuestro propósito. Tampoco olvido que el soberano que está en las alturas, el Dios del Amor, me ordenó en su momento amar a dicho caballero y no a otro, decisión esta contra la que ningún príncipe podrá luchar, pues el poder del Dios del Amor es superior a todos, y cualquiera que desee otra cosa estará perdiendo el tiempo. Y puesto que su voluntad y la vuestra es una, no seré yo quien me oponga a ello.

Entonces, tal como pensé, todos desearon que se hiciera la promesa de matrimonio esa misma noche antes de la ceremonia religiosa con el fin de acabar con los temores de todos los allí presentes. Y así se hizo. Y a la mañana siguiente, cuando todos los pensamientos y todas las penas habían desaparecido de mi corazón, recuerdo que el príncipe y la princesa me llevaron a mí y a mi amada a un pabellón donde había damas, caballeros, escuderos y una gran cantidad de trovadores que portaban toda clase de instrumentos musicales y tocaban un variado repertorio de canciones, todo lo cual sería algo largo de enumerar, y nos hicieron saber que ambos teníamos la edad suficiente para contraer matrimonio allí.

Este pabellón se había dispuesto como iglesia parroquial para albergar especialmente tanto el banquete de bodas como la ceremonia religiosa. En ella el arzobispo y el archidiácono cantaron en voz alta según la costumbre y el uso, y acorde con lo dispuesto por la autoridad eclesiástica. Después de ello, cenamos, bailamos, y asistimos a diversos espectáculos. Y en ese ambiente tan alegre como festivo, todos, gentes de mayor y menor rango nos desearon muchas felicidades en la vida mientras decían que el banquete de bodas se había organizado muy bien, y que tanto las damas como los caballeros estaban muy contentos debido al enlace celebrado. Luego, repitieron sus buenos deseos de que en la vida fuésemos felices y de que

nuestro matrimonio durase muchos años, y finalmente, pidieron a los trovadores que, con el fin de hacer mayor la alegría del banquete y en vista de la ocasión, tuviesen la cortesía de ponerse a tocar en sus instrumentos, nuevos y animados acordes que alegrasen a la gente al tiempo que mostrasen ante todos los presentes sus habilidades musicales. Entonces, comenzaron a escucharse alrededor de todas las tiendas sonidos maravillosos entonados con alegres acordes que procedían de infinidad de instrumentos que hicieron bailar con agrado a todos cuantos allí estaban. No hubo nadie que no estuviera alegre. Y esos sonidos me sobresaltaron tanto mientras dormía que, sin remediarlo, salté de mi lecho pensando que me hallaba aún en el banquete de mi propia boda. Sin embargo, al despertar me di cuenta de que todo había desaparecido, y allí ya no quedaba ni rastro de dama o persona alguna, salvo las viejas pinturas que estaban sobre la pared de jinetes, halcones, mastines y un ciervo agonizante cubierto de heridas que parecían haber sido causadas por mordeduras en algunos casos, y por flechas en otros y que, como en mi sueño, todo lo que mostraban parecía ser una ilusión. Y cuando desperté y supe la verdad de todo lo que había pasado, si hubieseis visto mi cara, creo que de auténtica pena os hubieseis puesto a llorar un buen tiempo, pues, según creo, nunca antes hombre alguno había logrado escapar con vida de una aventura así, ni siquiera estando la mitad de enfermo que yo. Y si no fuera porque no hallé cerca de mí una espada o una daga ni tampoco nada que pudiera clavar o que tuviera filo con la que poner fin a mi vida, hubiera terminado con mis dolorosas tribulaciones cortándome las venas. ¡Escuchad, he aquí mi dicha por un lado! ¡Escuchad, he aquí mi desesperación por el otro! Y entre lamentos acudí a mi amada con el fin de solicitar su gracia y compasión para que acabase de una vez por todas con mi sufrimiento e insoportable desasosiego, y me aceptase a su servicio para lo que fuera, de modo que mi sueño pudiera volverse un día realidad, y una realidad aceptada de común acuerdo capaz de demostrarse con pruebas de manera plena y

contundente. En caso contrario, de no ser así, supliqué para que en el menor tiempo posible, ya fuera esa misma noche o de día, pudiera volver yo a mi sueño y de esta manera, estando durmiendo, vivir de ahí en adelante para siempre en la isla de los placeres a las órdenes de mi amada, esto es, a su servicio y de la manera que fuese de su agrado. Asimismo, supliqué para que me fuera concedida la gracia de poder vivir en un nuevo sueño mil diez años al amparo de su benigna gracia y de la de Dios. Amén. Amén.

EXPLICIT

¡Oh, señora mía! La más hermosa entre todas las mujeres más hermosas y bellas que viven en los tiempos presentes, entre sollozos os confieso todos mis secretos, solicitando vuestra gracia y que sean atendidas todas mis cuitas o que, al menos, de no ser así, sea yo hecho mártir como un santo. Por la fidelidad que os guardo y por este libro, os juro que, si quisierais, podríais sanarme o matarme con una sola mirada. Y a vos os digo, corazón mío puro e inocente que late dentro de mí, que sigáis vuestro camino, que con humildad cumpláis vuestros deberes, y que de rodillas ofrezcáis vuestros servicios nuevamente a vuestra amada pensando cuánto gozo hay en vivir bajo su gobierno para que, con sus tiernas miradas, pueda conceder la dicha que con frecuencia anheláis. Sed diligente, estad atento, obedeced y temed, y no os mostréis demasiado ceñudo, sino manso y alegre, y criad a vuestra naturaleza a que se incline por hacer todo aquello que sea del agrado de vuestra amada. Cuando durmáis, tened siempre presente en el recuerdo la imagen de ella para que con tiernas miradas pueda conceder la dicha que con frecuencia anheláis. Y si un día halláis su nombre escrito bien en un libro, bien encima de una pared, aseguraos que vos, como un leal y diligente servidor, cumplís obedientemente con vuestros deberes, como si ella estuviera presente allí mismo. El

incumplimiento de la fidelidad en el amor y en la palabra dada originará la pérdida de la gracia de ella, cuyas tiernas miradas podrán conceder la dicha que con frecuencia anheláis.

FINIS

SYR ISOMBRAS
(El caballero Isumbras)

**Traducción en prosa de *Syr Isombras*, anónimo,
por José Antonio Alonso Navarro**

Nobles²⁴ que en este salón os habéis reunido, si os place escuchar hechos y acciones sobre aquellos antepasados²⁵ que antes que nosotros estuvieron, esto es, sobre cómo vivieron, os contaré un hecho digno de maravilla. Escuchad, pues, queridos amigos, y el cielo os ganareis como premio. Os referiré la historia de un caballero valiente y leal llamado Isumbras, un caballero noble, por cierto, de gran fama y notable por su fuerza en muchas lides. Isumbras era, en verdad, un hombre apuesto y fornido, de anchos hombros y largos brazos. Además, era alto de estatura. Cuántos lo contemplaban se quedaban prendados de él de tan majestuoso que era de porte. Le gustaba mucho rodearse de juglares²⁶ en su castillo, a quienes obsequiaba, por cierto, con atuendos de fino paño y presentes de reluciente oro. En lo que a cortesía se refiere, este caballero era el mejor con diferencia y en su mesa abundaba la comida. En verdad, no había nadie como él en el mundo. Estaba desposado con la mujer más bella que pudiera existir excepto, claro está, nuestra Señora Celestial, y tenían tres hermosos hijos en común, de una belleza difícil de describir. Pero un día en su interior creció la soberbia y el servicio a Dios el caballero Isumbras descuidó por completo, y durante tanto tiempo vivió sin tener a Dios presente en su corazón que no pasó

²⁴ *Hende*. Courtly, well-bred, refined; *hende in hall*; as noun: a noble person.

²⁵ *Elders*.

²⁶ *Mynstrels*. También «trovadores».

mucho antes de que el Altísimo lo castigase por ello. Y entonces sucedió un día que el caballero, con el fin de recrearse, quiso contemplar su hermoso bosque, y en él se adentró, y allí, en lo alto de un árbol, escuchó cantar a un pájaro cerca de él. Después el pájaro le dijo así:

—Deteneos, caballero Isumbras, parece que habéis olvidado vuestro propósito principal como caballero y, pecando de soberbia, habéis preferido el oro y los bienes materiales por encima de todo. Por lo tanto, el Rey Celestial os envía el siguiente mensaje: «Escoged en vuestro corazón lo que deseáis, si sufrir en la juventud o en la vejez».

Al escuchar esto, el caballero, presa de una gran inquietud y aflicción, se puso de rodillas y alzando las manos respondió:

—Dejaré de lado las riquezas mundanas y me dedicaré al servicio de Dios. En la juventud me es posible ahora cabalgar y moverme de aquí para allá, más cuando me haga viejo no podré hacerlo así, pues mis huesos se debilitarán, de modo que, Jesús, si os parece bien, hacedme pobre en la juventud y rico en la vejez.²⁷

Entonces, el ave alzó el vuelo y se alejó de él dejando solo al afligido caballero.²⁸ Y cuando el ave se perdió de vista, el corcel del caballero, que era tan recio y tan veloz, cayó muerto debajo de él. Sus halcones y mastines, tomando diferentes caminos, se dirigieron al bosque enloquecidos. ¿Acaso podría causarnos maravilla la aflicción del caballero? Ahora este debe viajar a pie. Su diversión y recreo se han tornado en pesar. Al aproximarse a una pequeña arboleda,²⁹ vio en seguida a un niño pequeño que hacia él vino cabalgando. El niño le trajo al caballero la terrible noticia de que su castillo se había

²⁷ *In youthe poverté thou sende me, // And welthe in myn elde.*

²⁸ *Drery knyght.*

²⁹ *Schawe.* Rima muy bien con *sawe*.

incendiado por completo y de que sus bestias habían perecido en él.

—Señor —dijo el niño—, nada ha quedado con vida excepto vuestros hijos y vuestra esposa.

A lo que el caballero respondió:

—Mientras halle con vida a mi esposa y a mis tres hijos, feliz estaré en este día.

Y tras retomar solo su camino, halló entristecidos a sus pastores, a quienes dijo:

—Dios, que me ha enviado toda esta desdicha, me ha enviado también gozo y felicidad.

Qué cuadro tan triste presentaban su esposa e hijos después de huir del fuego. Los halló sentados debajo de un espino, recién salidos del lecho como Dios los trajo al mundo. Hasta entonces nada había afligido al caballero hasta que vio desnudos a los que antes había visto bellamente ataviados. La dama pidió a sus hijos que se alegrasen y añadió:

—Allí veo vivo a vuestro padre, nada temáis, pues.

Todos ellos lloraron lo que no está en los escritos, mas el caballero les pidió que se calmasen y dejarasen de llorar tan amargamente. Después les dijo:

—Toda esta desventura en la que nos hallamos es debido a nuestros pecados y aún nos merecemos mucho más. Nada puede hacerse al respecto de modo que creo, exhausto como estoy, que lo mejor será marcharse de aquí a pedir limosna. Sin embargo, por la gracia de Dios llegaremos a un buen lugar donde podamos hacer buenas obras.

Entonces, tomó su valiosa sobreveste³⁰ y con ánimo abatido lo dejó caer encima de su esposa. Luego tomó otra de

³⁰ *Cyrcute of paule*. *Cyrcute*: «overcoat». *Paule*: also *pal*, *palle*, *paulle*, *pel(le)*. OE: *pæl*. Middle English: *paule*. Modern English: «fine

sus hermosas vestiduras y tras dividirla en varios trozos vistió a sus tres hijos que ante él se mostraban desnudos.

—Ahora habréis de hacer lo que yo os diga —profirió el caballero—. Id allí hacia donde Dios vivió y murió y fue puesto en la cruz, pues Jesucristo es tan bondadoso, que aquél que lo busque con buen corazón recibirá sustento.

Después el caballero hizo una cruz en su pecho y todos se confesaron a un sacerdote. Aquellos que eran sus amigos se afligieron y lloraron sin consuelo. El caballero y la gentil dama se despidieron de ellos con gran pesar. Cuánto lloraron grandes y chicos y qué momento más triste el de su partida. Con ellos se llevaron tan solo lo necesario para su sustento, nada de oro y nada de dinero. En los lugares por los que pasaron y allí donde pudieron obtener algo de comida pidieron limosna. Qué triste era ver sufrir a aquella señora y a tan noble caballero. Ellos que estaban acostumbrados a vivir con regocijo, ahora vivían desdichados y en la pobreza. Lejos aún de cualquier ciudad estuvieron vagando por un bosque a la buena de Dios y al cabo de tres días se quedaron sin comida y sin bebida. Vedles ahora llorar intensamente de hambre. Nada hallaron para comer, excepto aves silvestres posadas en espinos. Entonces llegaron a un río de aguas turbulentas cuyas orillas estaban peligrosamente separadas entre sí. El caballero Isumbras cogió a su hijo mayor y lo cargó encima suya hasta que pasó el río y pudo llevarlo a la otra orilla. Después le dijo:

—No te muevas de aquí hasta que traiga a tu hermano. Entre tanto juega con esta rama.³¹

cloth». Sobreveste: Se trataba de una túnica sin mangas forrada de una tela de color vistoso. La sobreveste era colocada sobre la cota de malla y fue muy frecuente en los siglos XI, XII y XIII.

³¹ *And play thee with this wand.* Also *wond(e)*. «Stick», «rod», also «branch».

Después el caballero, que era noble y bondadoso, se adentró nuevamente en el río de aguas turbulentas llevando en los hombros a su segundo hijo, pero entonces sucedió que antes de que pudiera llegar a la orilla, un león apareció de súbito y se llevó al hijo mayor. Con el corazón destrozado y lleno de dolor, el caballero Isumbras dejó a su segundo hijo allí y regresó de nuevo por las aguas llorando amargamente y profundamente abatido. Pero en seguida un leopardo³² se llevó entre rugidos a su segundo hijo al bosque. La señora lloró con gran desconsuelo y de tanto dolor que sentía estuvo a punto de quitarse la vida. En verdad que tanto el caballero Isumbras como su esposa lamentaron el día en que nacieron. Después le dijo el caballero a la señora:

—El mundo, que antes se nos presentaba sin penurias ni tribulaciones, se ha tornado ahora hostil y ceñudo.

Y acto seguido este mismo le rogó que se calmase y aceptase con alegría la voluntad de Dios.

—Estamos obligados a mostrarnos agradecidos —añadió.

Señoras y señores, ¿por qué habría de sorprendernos el dolor de ambos padres después de haber perdido a dos de sus hijos? Seguidamente el caballero alzó a su esposa y a su hijo pequeño y en el río se adentró por tercera vez hasta alcanzar la orilla y durante tres días caminaron por el bosque hasta llegar al mar. Y allí fueron testigos de furibundas tormentas y de un gran número de barcos que no muy lejos de ellos navegaban en fila uno detrás de otro. Los barcos poseían elevados castillos de proa³³ que parecían hechas de oro de tanto que brillaban y resplandecían. El sultán de Persia³⁴ se hallaba en uno de esos

³² *Lyberd*. Also *leopard(e)*, *leopard*, *leupart*, *lepard(e)*, *leperd*, etc.

³³ *Toppe-castels*. Estructuras con forma de castillo que se utilizaban como plataforma de disparo para arqueros.

³⁴ *The Soudan of Pers*.

barcos con el fin de doblegar y someter a la Cristiandad a su voluntad y traer la desgracia por doquier.

El caballero pensó entonces en acercarse un poco más allí donde estaban anclados los barcos. Entonces, y no os miento, llegaron a tierra botes con una enorme cantidad de hombres, tantos que me es difícil precisar el número exacto. Cerca de la bahía los barcos resplandecían por su oro y se destacaban por los elevados castillos de proa³⁵ que llevaban en ellos. Después de ver todo aquello, el caballero habló así a la noble señora:

—¿Quiénes son esas nobles gentes que con tanta prisa se dirigen a tierra? Parecen hombres de elevado estado y condición. Creo que entre ellos podríamos pedir caridad, pues de sobra conocemos ya lo que es el hambre. En este bosque en el que nos hemos adentrado no hemos comido ni bebido durante siete días. Veamos si es posible pedir a tales gentes algo de comida en nombre de Dios.

Dicho esto, se dirigieron hacia los barcos con regocijo y, en especial, hacia el magnífico y suntuoso barco donde se hallaba el Sultán. Luego pidieron comida por el amor de Aquél que murió en la cruz y creó el mundo de la nada. Cuando los sarracenos³⁶ escucharon al caballero gritar y encaminarse a sus barcos, creyeron que se trataba de un espía.

En cuanto al Sultán, esto fue lo que dijo:

—Que no se acerque aquí ese cristiano, pues no creemos en su religión, y aseguraos de que no se le dé nada.

Una persona principal se dirigió al Sultán y le dijo:

—En verdad que es cosa de maravillarse ver a un mendigo con un porte y una constitución como la suya, pues es alto y

³⁵ De nuevo aparece el término *toppe-castelle* (con grafía diferente) en el verso 222.

³⁶ *Sayrezins*. Sarraceno: así llamaban genéricamente los cristianos en la Edad Media a los musulmanes.

corpulento, y el hombre más bello que haya visto jamás. Sin duda alguna, se trata de un gentilhombre y caballero. Sus brazos son largos y sus hombros anchos, sus cejas arqueadas y sus ojos brillantes. Su esposa es blanca como la espina de una ballena, su rostro es comparable a la espuma marina, y su semblante es resplandeciente como la azucena.

Al oír esas palabras, el Sultán sintió una gran lástima en su corazón y ordenó que el caballero fuera traído ante él con el fin de verlo con sus propios ojos. Cuando el Sultán vio lo hermoso que eran el caballero y la dama, este sintió por ellos mucha lástima. Entonces, se dirigió al caballero y le dijo:

—Señor, os daré oro y dinero si decidís vivir conmigo y me ayudáis a luchar. Si sois un caballero esforzado, os daré un corcel, y yo mismo os nombraré caballero.

Calmado y sin perder la compostura, el caballero Isumbras, consciente de que estaba frente a un sarraceno, se dirigió a él en estos términos:

—Señor, jamás lucharé contra la Cristiandad y jamás creeré en vuestra religión. Hace siete días que estamos en el bosque y durante los cuales no hemos comido ni bebido nada. Por el amor de Jesús que murió en la cruz, os pedimos que nos deis algo de comer y después nos dejéis marchar.

El Sultán se quedó mirando a la esposa del caballero y la comparó con un ángel celestial.

—Os daré —le dijo al caballero Isumbras—, más oro y dinero del que podáis imaginar si me vendéis a vuestra esposa. Yo la convertiré en la reina de toda mi nación y todos se inclinarán ante ella esperando obedecer sus deseos.

El caballero Isumbras respondió:

—No, de ninguna manera. Jamás me separaré de mi esposa a menos que me maten. Con ella me casé según la ley de Dios, y con ella permaneceré hasta el día de mi muerte en lo bueno y en lo malo.

Sin embargo, el Sultán juró por sus riquezas que haría todo lo posible por apoderarse de aquella dama. Y sin demora mandó que se llevasen a la esposa del caballero. Qué vanos fueron los intentos de Isumbras por impedirlo a pesar de luchar con valentía y bravura como nunca antes lo había hecho. Los sarracenos lo llevaron a tierra firme y allí lo vapulearon hasta romperle las costillas y dejarlo bien magullado.³⁷ Qué maltrecho y dolorido quedó, por lo tanto, el caballero, que no hizo sino maldecir la hora en la que este se había dirigido al encuentro de aquellos impíos y había perdido a su esposa. En cuanto al niño pequeño, a este también lo condujeron a tierra y, excepto llorar desconsoladamente, nada pudo hacer al ver cómo golpeaban a su padre una y otra vez. Y de la esposa del caballero Isumbras, ¿qué puedo deciros?

Esta comenzó a llorar tanto que a punto estuvo de perder la conciencia. Tanta pesadumbre sintió en su pecho que no hubo nadie que pudiera consolarla. Poco faltó asimismo para que se quitase la vida. Después alzó sus brazos al cielo con desesperación y clamó auxilio a Nuestra Señora gritando de esta manera:

—¿Es que ahora tendremos que separarnos? ¡Ay, mala ventura la mía! Jamás volverá la alegría a mi vida y a mi señor jamás volveré a ver. En mala hora nací. Hoy perdí lo que más quería.

Así de triste, escuchad bien, se sentía esta dama. Cuando el caballero se puso en pie, tomó al niño de la mano, y se marcharon de aquel lugar. Entre tanto, el Sultán dio la orden de que se dispusiera un barco ricamente abastecido y de que uno de sus mejores hombres llevase a aquella noble dama al país de aquél, pero no sin antes coronarla reina de toda su nación con sus propias manos y hacerlo atestiguar así en un documento

³⁷ *And bette hym to hys rybbys braste // And made his flesche full bloo.*

sellado y ricamente adornado. Y cuando el navío ya estaba listo para partir junto a los otros, la dama, con el corazón lleno de tristeza, se puso de rodillas ante el Sultán y entre sollozos le dijo:

—Señor, os suplico de todo corazón que me concedáis un deseo.

Para alegría de la dama, el Sultán accedió. Fue entonces cuando el caballero fue traído ante ella de nuevo y la dama le dio un anillo. Seguidamente los sarracenos dieron comida y bebida al caballero y al niño pequeño para que pudieran sobrevivir siete noches. Y a la hora de despedirse de ellos, la dama, cortés y afable, besó primero a su señor y después a su hijo, y luego se desmayó dos veces.³⁸ Los sarracenos arriaron las velas del navío, que eran de vistosos colores, y el viento hizo que este iniciase su periplo alejándose del puerto³⁹ y llevándose consigo a aquella noble dama. Al magullado caballero pusieron en tierra, el cual se quedó llorando amargamente la partida de su esposa mientras veía alejarse el navío.

—Oh, Dios, Creador del cielo y de la tierra —exclamó—, tened piedad de este simple mortal, que acatará vuestra voluntad⁴⁰ sea cual sea.

Cuando el caballero se puso en pie, tomó a su hijo de la mano y muy lejos se marcharon de allí. Al poco rato se detuvieron. Entonces, el caballero Isumbras puso a su hijo debajo de un árbol, y sin poder ver apenas de todo lo que había llorado, el apesadumbrado caballero extrajo de su manto escarlata, allí donde guardaba el oro, comida y bebida para su hijo. Poco tiempo después, tras ponerse en marcha y caminar un rato, ambos llegaron a un cerro elevado en donde el caballero decidió pernoctar, pues ya no podía caminar más, tal

³⁸ *And sowned twyse dyd sche.*

³⁹ *Of the haven.* OE: *hæfen* («port»).

⁴⁰ *Sond.* «Command». OE: *sand, sond.*

era su cansancio. A la mañana siguiente, mientras el caballero aún dormía, un ángel se llevó el oro que guardaba aquél en el manto escarlata.

Grande fue el sobresalto del caballero, que siguió al ángel hasta el mar, y una vez allí, este se echó a volar. Y mientras esto sucedía, un unicornio⁴¹ había llegado hasta el elevado cerro donde estaba su hijo pequeño y se había apoderado de él. ¡Qué grande fue el dolor del caballero! Nunca antes había sentido tal congoja. Isumbras se apostó entonces encima de una piedra y con el corazón compungido y triste voz se dirigió al rey celestial así:

—Señor, ¡cuánto dolor hay en mí! Hasta hace poco tuve tres hijos y ahora no tengo ninguno. Señor Dios, tú que portas la corona celestial, guíame hoy hasta alguna ciudad, pues ahora me hallo solo.

Y puesto en camino de nuevo, escuchó el sonido de unos herreros trabajando en la forja haciendo soplar los fuelles, y en seguida vio el fuego que salía de ella. Hasta ellos se acercó entonces para pedirles algo de comida.

—Trabaja como nosotros en la forja haciendo soplar los fuelles —le respondieron—, este es el único trabajo que tenemos.

A lo que el caballero replicó:

—Con gusto trabajaré en la forja haciendo soplar los fuelles a cambio de comida.

Los herreros le dieron mucha comida y después le hicieron sacar una piedra de un agujero de lodo. A partir de ahí, el caballero Isumbras con mucha tristeza en su corazón comenzó a cargar hierro y piedra hasta que pasaron dos años.

⁴¹ *Unycorne*. OF: *unicorne*, *unicorn*. A lo largo de la historia el unicornio ha sido interpretado alegóricamente de muchas maneras: como símbolo de purificación, de Dios, de inocencia y castidad, de muerte, de la encarnación de Cristo, etc.

Y hasta tal punto aprendió a hacer el fuego necesario para el trabajo en la forja con tanta habilidad que se ganó el sueldo de un trabajador. Y en ella estuvo otros dos años más. Había en aquella forja, por cierto, un herrero que había estado trabajando en ella durante más de siete años haciendo soplar los fuelles. Este herrero era un gran maestro fabricando toda clase de armaduras para los caballeros que debían ir a guerrear, y escuchad bien, señoras y señores, en todo ese tiempo tengo entendido que los sarracenos habían estado atacando a los cristianos ocasionando grandes daños en sus territorios. Sin embargo, el rey cristiano, que se había visto obligado a huir, pudo formar un ejército de caballeros muy aguerridos con el fin de enfrentarse a los sarracenos en el campo de batalla. Fijado el momento de la batalla, paganos y cristianos se pusieron frente a frente. Entonces el propio caballero Isumbras, sin ponerse armadura alguna, se montó en un corcel y al combate se dirigió presto. Cabalgó hasta un cerro elevado y desde allí pudo contemplar a paganos y cristianos por igual. Sonaron las trompetas y los hombres prepararon sus armas. En ese momento, el caballero Isumbras espoleó a su caballo y se puso en movimiento. Después desmontó de este, se puso de rodillas, y se dirigió a Jesucristo con devoción de esta manera:

—Señor, dejad que yo también entre en batalla con el fin de vengar todo el daño que me ha causado el Sultán.

Hecho esto, se levantó el caballero de buen corazón y se dispuso a entrar en combate con espíritu determinado. En la batalla no hubo arma que pudiera detenerlo, y añadido que en ella tampoco salió con vida ninguno de quienes recibieron alguno de sus mandobles. Al cabo de un rato, murió su caballo y el caballero cayó al suelo. Entonces, un conde cristiano lo sacó de la batalla y lo condujo hasta una montaña próxima. Allí le cambió sus vestiduras y le proveyó de un buen corcel. En seguida, el caballero Isumbras se dirigió a batallar de nuevo, y otra vez espoleó a su caballo con entusiasmo mientras sostenía

en mano su mortífera arma.⁴² A algunos sarracenos golpeó con gran fuerza en la cabeza hasta hacerlos caer de sus caballos.

Muchos testigos pudieron ver que allí donde se situaba el caballero o allí adonde iba no dejaba sarraceno sin derribar. Y cuando le tocó el turno al Sultán, el caballero cristiano se dirigió hasta la montaña en donde estaba apostado y acabó con su vida y con la de aquellos que con él se encontraban. Durante tres días y tres noches estuvo el caballero Isumbras guerreando hasta obtener la victoria final.⁴³ Y muertos los sarracenos, los cristianos se alegraron enormemente por ello. Después preguntaron:

—¿Dónde está aquel caballero que tan valiente y esforzado se mostró en la batalla? Qué alegría nos dio el verlo combatir. Qué fuerza la suya, y qué denodado en el combate. Jamás habíamos visto a alguien igual

Condes y barones⁴⁴ lo buscaron y finalmente lo trajeron ante el mismísimo rey. Vedlo herido y magullado. Entonces, el rey le preguntó su nombre y el caballero respondió:

—Soy un herrero. ¿Qué habéis dispuesto para mí, mi Señor?

El rey le respondió así:

—Qué digno de admiración es que un herrero se haya mostrado tan esforzado en la batalla.

Después ordenó el rey que le dieran de comer y de beber y todo aquello que se le antojara hasta que sanase por completo de sus heridas. Y luego juró por su reino que, si el caballero

⁴² *With a grymbly gare*. OE: *gār*. También *gōre* en inglés medio. Modern English: «spear»: lanza o cualquier arma.

⁴³ *Thre deys and thre nyghtys // Syr Isombras held his fyghtys*.

⁴⁴ *Erllys, barons*. *Earl* corresponde al título escandinavo de *jarl*, equivalente a la dignidad de conde.

lograba recuperarse de sus heridas, lo armaría caballero.⁴⁵ Y de esta manera, el caballero Isumbras se quedó en compañía del rey con el fin de reponerse de las heridas recibidas en la cabeza durante el combate. Cuánto se alegraron los cristianos de la muerte de los sarracenos, esos perros paganos. Estos se compadecieron de las heridas del caballero Isumbras, y decidieron prepararle todos los días nuevos ungüentos con el fin de aliviarlas.

Le dieron de comer y de beber, y en poco tiempo le curaron sus graves heridas. Después, listo ya para partir, el rey ordenó que se le diera un morral y un bastón y se le vistiese como un peregrino.⁴⁶ Acto seguido, doy fe de ello, el caballero Isumbras se despidió de todos dándoles las gracias, en especial a quienes le ayudaron a sanar sus heridas. Se puso en camino, y hacia el gran mar se encaminó. Y tal como quiso Dios, halló atracado en tierra un barco listo para zarpar, y en él se embarcó. El barco se dirigió entonces a tierras paganas, y cuando llegó a un país pagano se puso en camino sin pérdida de tiempo. Siete años estuvo en aquel país pasando hambre, sed, y toda clase de penurias. Por profundos y enormes bosques se adentró el caballero abatido como nadie más lo hubiera hecho. De día viajaba con gran fatiga, y de noche dormía con sus pobres y raídos atuendos, y todo ello para cumplir la voluntad de Dios y hacer penitencia con buen agrado debido a su mal proceder de antaño. Sediento, hambriento y sin techo, el caballero detuvo su marcha cerca de un arroyo a las afueras de Belén y allí comenzó a llorar amargamente sus penas. Pero en mitad de la noche, se le apareció un ángel resplandeciente que le dio pan y vino.

—Peregrino —le dijo el ángel al caballero—, sed bienvenido. El Rey Celestial os saluda con regocijo. Vuestros pecados han

⁴⁵ *I schall dubbe hym a knyght*. NT: la traducción al español se ha hecho en estilo indirecto.

⁴⁶ *The knyght ordeyned hym scrype and pyke, // And made all palmer lyke*.

sido perdonados ya. El Rey Celestial os bendice y os manda regresar de nuevo por dónde habéis venido.

El caballero se postró de rodillas y dio las gracias a Jesucristo. Lloró de alegría, pero no supo hacia dónde ir, pues nada más le dijo el ángel de parte de Dios, excepto que caminase siempre derecho fatigosamente. Y, si he de seros sincero, así lo hizo día y noche siguiendo su voluntad. Atravesó entonces muchas tierras hasta que llegó a una próspera ciudad en la que había un castillo. Allí oyó decir que vivía una reina hermosa y resplandeciente y que todos los días con gran devoción repartía limosna a los pobres en la misma puerta de su castillo.

Sin dudarle, el caballero se fue hasta aquel lugar y allí encontró a mucha gente que tenía un florín⁴⁷ en su mano, de ello doy fe. Qué deseoso estuvo entonces de recibir caridad, pues nunca antes había tenido tanta hambre. Entre los pobres y más enfermos que allí se encontraban se escogieron a más de sesenta, entre los cuales se hallaba el caballero Isumbras, de cuyo aspecto se tuvo compasión. Todos ellos fueron llevados al interior del castillo donde se encontraba la majestuosa reina en el salón principal atendida en la mesa por muchos criados vestidos con elegantes vestiduras. En el suelo podía verse un hermoso manto.

—El peregrino pobre —anunció el mayordomo principal—, se sentará en la parte más alta.

Entonces, se sirvió en la mesa comida y bebida, mas el caballero Isumbras no comió nada, tan solo se limitó a observar el salón en el que se hallaba. Al ver allí tanto regocijo y diversión, este recordó sus buenos tiempos de caballero y comenzó a llorar. Cuando la reina, sorprendida, se percató de

⁴⁷ *Floryn*. Also *floren*, *florence*, *florent*. A gold coin minted at Florence from 1252 and stamped with the figure of a lily. El florín fue la moneda de referencia en Europa en los siglos XIII, XIV y XV.

que aquel «peregrino» había estado sentado durante mucho tiempo sin probar bocado, le dijo así a un caballero:

—Traedme una silla y un cojín,⁴⁸ y haced que aquel peregrino se siente en ella para que me cuente lo que ha visto y oído en tierras paganas y sus peligrosos caminos.

Se trajo entonces una suntuosa silla y sobre ella se sentó el «peregrino» ante la reina para relatar su historia. Y tan noble se mostró el caballero Isumbras a la hora de hacerlo, que la reina, que no quiso levantarse de su asiento durante el relato, pudo preguntarle todo lo que deseó.⁴⁹

—Por el amor de mi señor —dijo la reina—, que os daré aquí en mi castillo, mientras viváis, ropa, bebida y comida y un criado que os sirva en vuestros aposentos de noche y de día.

Muy agradecido se mostró entonces el «peregrino» a la noble señora y en su corte como parte de su séquito se quedó a vivir, lo que hizo que aquél comenzase a sentirse mejor de ánimo. Y tanto tiempo permaneció Isumbras en el castillo sirviendo a la reina que finalmente volvió a ser el mismo caballero sano y hermoso que fuera antaño.

Isumbras era un hombre tan corpulento, alto, y fuerte que todos cuantos le contemplaban se maravillaban de ello. Cuando los caballeros competían entre sí para ver quién era capaz de lanzar una piedra más lejos, el caballero Isumbras sobrepasaba a todos con gran ventaja, lo que hizo que todos lo envidiasen inevitablemente. Y cuando tales caballeros combatían con él en una justa tratando de propinarle terribles golpes, a todos vencía aquél con suma facilidad. Y os digo más, en el campo de batalla no hubo nadie tan osado, rodela en mano, que se atreviese a enfrentarse a su decrepito caballo, que no recibiese golpe tan grave que lo hiciera tambalear de pies a cabeza. Asimismo, a

⁴⁸ *coshyne*.

⁴⁹ *That sche myght frayn as sche wolld*.

muchos otros o los hizo sangrar de mala manera o los zarandéo admirablemente partiéndolos en dos. Y los que pudieron, huyeron de miedo como conejos. Viendo todo aquello, la misma reina solía reírse de lo lindo y decir:

—Menuda fuerza tiene el pobre peregrino, el cual bien merece que le demos de comer.

Un día en el que el caballero Isumbras, un peregrino a imagen de todos, fue a recrearse un poco, como era su costumbre, sucedió que este vio en lo alto del nido de un ave⁵⁰ un paño rojo que el viento hacía flamear. Al acercarse al nido observó que su propio oro, que estaba todo enmohecido, se hallaba en su interior. Y al recordar que se trataba del oro obtenido por la venta forzada de su esposa a los sarracenos, su amargo dolor apareció de nuevo. El caballero se llevó el oro a sus aposentos y lo escondió debajo de la cama.⁵¹ Después se marchó de allí con lágrimas en los ojos. Ver aquel oro le hizo recordar a su esposa y tres hijos y ello le produjo, como os digo, una gran desazón. Sin embargo, si no iba a sus aposentos al menos una vez a comprobar que el oro seguía allí, entonces no se quedaba tranquilo. Después se ponía a llorar todo el día. Y tanto tiempo pasó el caballero Isumbras entre los caballeros, que pronto estos supieron de esta última costumbre suya,⁵² la verdad os digo. Un día en que este se marchó al bosque para distraerse un poco y pensar en su doloroso pasado, un caballero derribó la puerta de los aposentos de Isumbras y halló el oro en el suelo. Acto seguido se lo mostró a la reina. Cuando la reina vio el oro, en seguida cayó al suelo desmayada, pues esta ya lo había visto antes. Al recuperarse, lo besó varias veces y dijo:

—Ay, señor, este oro pertenece a mi antiguo señor, el caballero Isumbras.

⁵⁰ *Foulys neste.*

⁵¹ *Under hys bedde he hydd it there.*

⁵² *that was full ryfe.*

Y a ese mismo caballero que le trajo el oro le contó cómo ella había sido vendida forzadamente a los sarracenos por ese mismo oro mucho tiempo atrás.

—Cuando veáis al peregrino, decidle que venga a hablar conmigo. Deseo verlo desesperadamente —ordenó.

El caballero Isumbras, conocido por todos como «el peregrino», fue conducido entonces al salón principal. La reina le rogó que por el amor de Dios y su honor de caballero le dijera cómo había conseguido tal oro y añadió que de no saberlo se moriría de la impaciencia. Con el corazón apesadumbrado y entre grandes sollozos, el caballero Isumbras se puso de rodillas antes de responderla. Lo primero que le contó este fue cómo los sarracenos habían pagado ese oro por la compra de su esposa, y cómo él había sido golpeado posteriormente a manos de tales infieles. También le contó cómo había perdido a sus hijos y su oro y, en general, le refirió todas las adversidades y amenazas sufridas. Entonces, ella le besó el rostro y le dijo:

—Bienvenido, caballero Isumbras, esposo mío.

Y de tanta dicha, ambos, el caballero y la dama se pusieron a llorar, pues fue mucha la felicidad que sintieron los dos al encontrarse de nuevo. Cuántos dulces besos se repartieron entre abrazos. En verdad os digo que la alegría que sintieron de verse no se había visto jamás. Después dispusieron que se organizara un gran banquete, al que acudieron, sin osar resistirse, ricos y pobres.

Isumbras, caballero antaño, fue coronado aquella misma noche⁵³ por los esforzados barones, convirtiéndose, así pues, en rey. Y como rey, situada ya su corona en la cabeza, dio orden de que en las ciudades más renombradas⁵⁴ se proclamase que todos, ricos y pobres, viejos y jóvenes, debían convertirse al

⁵³ *Crowned he was that iche nyght.*

⁵⁴ *Borowys bold.*

cristianismo, y se advirtiera que de nada les valdría, ni oro ni otros bienes, a quienes no quisiesen acatar la orden real a la hora de evitar las consecuencias de su desacato. El caballero Isumbras se había convertido en un rey en tierras paganas que tenía ahora más riquezas que antes. Y aprovechando su condición de rey en aquel tiempo, el caballero Isumbras quiso imponer la cristiandad, y para ello envió edictos a todos los paganos anunciando que, a menos que estos se hicieran cristianos, serían quemados vivos sin remedio para pesar suyo. Los sarracenos renegados acordaron combatir con él y uno de ellos dijo, en verdad, que a la mínima ocasión tanto el caballero Isumbras como aquellos que se encontrasen con él serían arrastrados, desmembrados y quemados⁵⁵ por igual. Llegó el día de la batalla y muchos paganos, venidos de todas partes del mundo, se habían reunido allí acompañados de dos reyes para matar al caballero Isumbras. Una gran inquietud asoló a este, pues se encontraba completa-mente solo sin nadie dispuesto a combatir con él. Los súbditos y criados de su esposa lo habían abandonado y habían huido de él cuando este se montó en su corcel listo para ir a combatir. Y sin desvanecerse aún su inquietud y con el corazón acongojado, el caballero Isumbras besó dulcemente a su esposa y la dijo con tristeza:

—Señora, adiós para siempre, no volveremos a vernos nunca más.

—Señor —respondió ella—, si me pusiera la armadura de un caballero, iría a combatir con vos.

⁵⁵ *That he schuld be drawyn and brynte // And all that with hym were.* En 1351 en Inglaterra comenzó a ahorcarse, arrastrarse y descuartizarse (o desmembrarse) a los culpables de alta traición. El castigo fue registrado por primera vez durante el reinado del rey Enrique III (1216-1272) y de su sucesor, Eduardo I (1272-1307).

—Ya que es voluntad de Dios que pasemos por este trance, no espero vivir más, de modo que corramos ambos la misma suerte.

Sin demora la señora se vistió como un caballero, con lanza y rodela en ristre. Y solo los dos, sin contar con el apoyo de nadie más, se dirigieron al campo de batalla para combatir contra más de treinta mil sarracenos. Una vez allí, y cuando los sarracenos estuvieron a punto de lanzarse contra ellos, aparecieron de súbito tres caballeros montados en tres bestias salvajes: uno sobre un leopardo, otro sobre un unicornio, y el tercero, que llevaba la delantera, sobre un león.

Se trataba de los hijos del caballero Isumbras. Estaban ataviados como ángeles, y un ángel hermoso los guiaba hacia la batalla. Al final, con ayuda de sus hijos y del ángel pudo acabarse con la vida de los dos reyes paganos y también de muchos de los sarracenos, entre los que se contaban treinta y tres mil.

El caballero Isumbras rogó a los gentiles caballeros que lo acompañasen de vuelta y se convirtieran en sus leales vasallos. Ellos, instruidos por el ángel, le respondieron de esta manera:

—En socorro vuestro fuimos enviados. Somos vuestros hijos.

Al oír aquello, el caballero se alegró mucho y se puso de rodillas para agradecer tantas veces como pudo a Dios por ello.

—Oh, señor —exclamó—, Rey Celestial, bendito seáis por todas las cosas, pues a mis hijos he hallado.

El caballero Isumbras y su noble esposa bendijeron entonces a sus tres hijos y se pusieron a llorar embargados por la alegría y con esta misma alegría se abrazaron y besaron con ternura. Después, el caballero Isumbras se dirigió a una ciudad en compañía de su esposa e hijos. Y cuando la muchedumbre los vio llegar, fueron muy bien recibidos como gente principal

con regocijo, honores, trompetas, flautas, y chirimías.⁵⁶ Y no pasó mucho tiempo antes de que el caballero Isumbras y sus tres hijos se preparasen para declarar la guerra a los sarracenos en tierras paganas y en breve conquistaron tres naciones paganas asentando cristianos en ellas, como cuenta la historia. Fue entonces cuando el caballero Isumbras se encontró mejor que nunca tras haber pasado por incontables penurias en el pasado. A cada uno de sus hijos hizo rey de una nación para que pudieran vivir en adelante sin pesar. Y todos ellos vivieron y murieron acorde con la fe cristiana, y al morir, como debe ser, sus almas fueron al cielo.

AMEN QUOD RATE

⁵⁶ *With myrthe, gle and game. // With gret honour thei dyd them welcom, // With trumpys, pype, and with schalmewon.* La chirimía es un instrumento musical de viento-madera parecido al oboe y de doble lengüeta. El nombre proviene del francés «chalemie» que, a su vez, viene del latín «calamus». Fue un instrumento musical de uso común en Europa desde el siglo XII.

JOHN DE REEVE
(Juan el Alguacil)

**Traducción en prosa de *John de Reeve*, anónimo,
por José Antonio Alonso Navarro**

Primera parte

Dios Todopoderoso, a través de vuestro poder y de vuestra compasión, lleváis las almas de todos aquellos que aman la diversión y los juegos al cielo. No hay mejor placer que la risa; así pues, si sois de los que disfrutan de la risa y del buen humor, espero que este relato sea anuncio de buena fortuna. Tal como escuché contar el año pasado, había una vez un clérigo que venía de Lancashire que estaba leyendo un pergamino, y en él halló una historia jocosa que sucedió alguna vez en Inglaterra en los días de nuestro rey Eduardo. No había castillo, torre o ciudad en todo el reino de Inglaterra que este no conociese a la perfección. Es verdad que existieron tres reyes con ese mismo nombre, mas yo me refiero a Eduardo apodado «el Zanquilargo», todo un señor de gran renombre.

En una ocasión en la que el rey estaba cazando, este comenzó a seguir a toda prisa a tres halcones que echaron a volar. Entonces quienes se encontraban cazando muy de cerca con el rey en ese momento siguieron también a los halcones rodeando cada rincón del país. Desde la mañana hasta bien entrada la tarde muchos hombres del rey que se habían quedado atrás se hallaron deambulando solos lejos de sus casas. Llegada la noche, no había nadie que supiese qué camino había tomado el rey, excepto un

obispo y un conde que nunca se apartaban de él y que con él se hallaban. Uno de ellos dijo así:

—¡Por san Juan!, resulta un gran desatino continuar cabalgando solos por caminos tan agrestes que han hecho que un rey, un conde y un obispo se alejen sobremanera de la corte, y todo por la caza, ciertamente. El tiempo ha empeorado terriblemente, y si seguimos cabalgando de noche, actuaremos con necedad, pues no sabemos dónde nos hallamos.

Entonces el rey comenzó a decir:

—Mi buen señor obispo, os lo ruego, no perdáis la calma.

Y mientras hablaban de esto y de lo otro, se percataron de la presencia de un robusto patán.

—Buenas noches —dijeron los tres.

La presencia del patán pareció agradar al conde, y dijo:

—Sed bienvenido, buen hombre, tened a bien hacernos compañía.

Pero el patán, que tenía piernas cortas y anchas, estribos hechos de madera, un par de zapatos fuertes y gruesos y espuelas herrumbrosas en sus talones, se montó en su caballo a toda prisa y se alejó de allí cabalgando.

El obispo lo siguió montado en su palafrén.

—¡Esperad, buen hombre! Os lo ruego, ¡llevadnos a casa con vos!

Y el patán le contestó en seguida:

—De ninguna de las maneras haréis que os sirva de guía, ¡lo juro por mi amado san Juan!

A lo que respondió entonces el conde de una manera hábil y sabia:

—Desconocéis lo que son los buenos modales y, además, carecéis de vergüenza.

Y el patán le respondió así al conde:

—En verdad os digo que a mí no me sirven los buenos modales para nada.

El tiempo estaba frío e incluso agreste, pero eso no impidió que el rey y el conde se sentaran y comenzaran a reír mientras el obispo continuaba rogando al patán que los ayudase.

Después dijo el rey:

—¡Voto a bríos! Tan solo se trata de un patán. Sugiero que cabalguemos cerca de él.

Y sin más, el rey, el obispo y el conde se dirigieron al patán con estas palabras llenas de cortesía:

—Cabalgad lentamente, gentil amigo, y conducidnos a algún refugio seguro.

Pero el patán, con sinceridad os lo digo, lejos de tener la intención de reducir la marcha, cabalgó más aprisa aún como si estuviera enfadado. Ante ello dijo el rey:

—¡Por la madre de Cristo! Creo que vamos a tener que cabalgar toda la noche por estos lugares tan inhóspitos como necios. Me temo que no vamos a llegar a ninguna ciudad. Cabalgad hasta donde está el patán y derribadlo con rapidez y sin demora alguna.

En esto respondió en seguida y en voz alta el obispo:

—¡Esperad, buen hombre! ¡Llevadnos con vos, os lo ruego!

Acto seguido dijo el conde:

—¡Por Dios nuestro Señor que está en los cielos!, con suma frecuencia los hombres se reúnen sin quererlo; os recompensaremos bien si nos ayudáis.

—A lo que respondió el patán:

—¡Por san Juan! Tengo miedo de sus mercedes, no tengan duda de ello.

Y luego volvió a decir:

—¡Por la madre de Cristo! Sus mercedes me causan espanto esta noche, pues parecen cuchichear y planear algo en voz baja. En verdad no confiaría en ninguna de sus mercedes, aunque fuese de día. Creo que sus mercedes tienen malas intenciones, y tengo miedo de que me traicionen. La noche es oscura y no veo qué clase de hombres son sus mercedes, mas si se avienen a ello, juren que no van a hacerme ningún daño, y si está en mi mano, yo estaré dispuesto a complacer a sus mercedes alegremente en lo que sea.

Luego dijo el conde de manera cortés:

—Os lo ruego, amigo, acercaos y conducidnos a alguna ciudad. Y después, si es que nos permitís conoceros, recompensaremos vuestra conducta en presencia de señores y caballeros.

—De señores —afirmó el patán— no me habléis más; con ellos no quiero trato alguno ni aspiro a ello, pues preferiría que me torturasen antes que quitarme la caperuza para tener que agacharme o doblegarme ante ellos.

Entonces el rey preguntó también cortésmente:

—¿Qué clase de hombre sois en vuestro hogar, allí donde vivís?

—En verdad, soy un campesino, y un siervo del rey, lo cual, he de añadir, es de mi agrado.

—Señor, ¿cuándo hablasteis con nuestro rey? —volvió a preguntar el rey.

—A fe mía, jamás lo he hecho en toda mi vida; ni siquiera sabe mi nombre o si dispongo de un caballo o de un modesto terruño, mas si no hablo con él, no es algo que me importe mucho, ¡por Santiago!

—Si no os molesta que os lo pregunte, amigo, ¿cómo os llamáis?

—¡Por la Virgen María! —respondió— me llamo Juan el Alguacil, y no me importa quién lo oiga. Si venís a mi casa, lo primero que vais a comer es pan duro y después tocino salado de un año regado con cerveza sin lúpulo que está, además, agria y fría, pues no bebo ni cerveza hecha con miel ni cerveza con lúpulo. Y tened bien presente dos cosas: que no me atrevo a comer otra cosa distinta y que vendo mi trigo cada año.

—¿Por qué vendéis vuestro trigo, Juan?

—Porque no me atrevo a comerme lo que obtengo, y eso me enoja muchísimo, pues también a mí me gusta, como a todo hijo de vecino que vende trigo, un buen trago de buena cerveza y también una buena barra de pan de trigo. Y ruego a Dios que al que primero mate de hambre a Juan el Alguacil no le vaya nunca bien en la vida, ni en el mar ni en la tierra, y no me importa que lo haya decretado un rey o un alguacil, no voy a hacer ninguna excepción, pues si yo pusiera peniques del rey como huevos pone una gallina, sería capaz de beber tanto vino como el propio rey hasta arruinarme. En fin, ya que nos hemos encontrado para bien, díganme sus mercedes dónde se halla su alojamiento, pues parecen sirvientes sin mala fe.

El conde respondió entonces amablemente:

—En la casa del rey se halla nuestra residencia habitual a menos que estemos fuera de viaje.

—Esta noche —dijo Juan— sus mercedes no van a morir, pues prometo llevarlas a un lugar seguro. Con tal de que sus mercedes sean agradecidas en nombre de Dios y de san Julián (el hospitalario), no pediré pago alguno a cambio de mi ayuda, mas si sus mercedes son ariscas y se muestran altivas conmigo, entonces pasarán la noche a la intemperie me digan lo que me digan, pues tengo dos vecinos que viven cerca de mí y son de mi misma localidad. Los tres somos siervos. Al obispo de Durham pertenece uno y al conde de Gloucester, quienquiera que sea, el otro. Si mis vecinos se enterasen de que estoy en peligro, estos no dudarían en acudir en mi auxilio. Si alguien

me hiciese daño, los tres pelearíamos lo que hiciese falta, se lo aseguro a sus mercedes sin mentira.

Entonces dijo el rey:

—Juan, a otro con ese cuento, pues no estamos pertrechados para el combate. Además, estamos calados hasta los huesos. Ninguno de nosotros tiene la intención de haceros daño, de modo que ayudadnos, Juan, por caridad, a conseguir leña para una buena lumbre.

—¡A fe mía! —dijo Juan— que sus mercedes no van a conseguir leña, pues esta resulta muy escasa por estos contornos, y de mí tampoco, pues mientras viva pienso acatar las leyes del rey que prohíbe la tala de árboles en esta zona. Si sus mercedes hallan en mi casa pan blanco o en mi cocina aves desmenuzadas, entonces diréis, quizá, que Juan el Alguacil ha violado las leyes del rey, y no quisiera que tales palabras se dijese algún otro día en la casa del rey porque entonces podría meterme en graves problemas. Esos sirvientes de la corte que se pavonean altivos como pavos reales harían caer en desgracia siempre a un pobre hombre como yo, y antes que suplicar a sus mercedes por largo tiempo que tengan compasión de mí, preferiría mandarlas al diablo.

Dichas estas palabras, todos se pusieron en camino hacia la ciudad, y al llegar a su destino Juan el Alguacil se apeó de su caballo junto a una hermosa casa. A una señal suya acudieron en seguida a su encuentro cuatro hombres. Estos lo sirvieron con gran atención y suma diligencia, llevando su caballo al establo, y poniendo todo su empeño para que nada saliera mal. Después, algunos de ellos fueron a avisar a su señora de que Juan había traído invitados a casa. En seguida vino ella a recibirlos con un largo vestido verde y sin haber tenido tiempo de arreglarse el cabello, pues no era una mujer demasiado coqueta. Sus pañuelos eran todos de seda, su cabello tan blanco como la leche, y el color de su piel era agradable a la vista, y aunque algo rechoncha, estaba bien conformada de panza,

espalda y cadera. Luego llamó Juan a todos sus hombres, y les dijo:

—Encended la chimenea en la casa y dad de comer a los caballos; ponedles grano y heno. Otra cosa, quitadles el barro, pues están cansados y mojados.

(la siguiente estrofa [vv. 238-243] está incompleta)

Después añadió lo siguiente:

—¡Por san Juan! ¡Sean bienvenidas sus mercedes! Nunca aprendí buenos modales, mas tengan la bondad de seguirme por aquí.

Y sin decirse nada más, los tres fueron conducidos al interior de la casa donde se había encendido un resplandeciente fuego en la chimenea y donde se habían encendido los candeleros para que no se estuviera a oscuras y todos pudieran verse.

—¿Dónde están vuestras espadas? —preguntó Juan el Alguacil.

—Señor, en verdad no llevamos espadas —respondió el conde.

Entonces Juan, entre murmullos, le preguntó al noble conde lo siguiente:

—¿Quién es aquel compañero vuestro tan alto?

Y el conde le respondió lacónicamente:

—Aquel es «Perico, el que paga todo», el principal halconero de la reina.

—¡Ah! —dijo Juan— ¡Por el amor de Dios! ¿Dónde compró esa vistosa caperuza que resplandece como el oro? Si yo me vistiese como ese hombre que parece pecar de tanta altanería, no habría nadie en todo el reino de Inglaterra que me obligase a cuidar ni un solo año aves de presa. Y ¡por Nuestro Señor

Jesucristo!, decidme, os lo ruego, ¿quién es aquel que lleva una sobrepelliz y que está hablando con Perico de una manera tan íntima?

Y el conde le volvió a responder:

—Aquel es un pobre capellán que se quedará como tal en la Iglesia hasta que pase mucho tiempo, y este que os habla ahora es tan solo un palafrenero, pues no tengo ningún otro oficio, os lo digo con total sinceridad.

—La verdad, dijo Juan— es que sus mercedes son hombres demasiados rimbombantes, presumidos como pocos a juzgar por la manera de vestir, y unos sirvientes de lujo y gran categoría, aunque, según creo, sin un penique en el bolsillo.

—¡Voto a bríos! —dijo el rey— entre los tres no reunimos ni un solo penique para comprar algo de pan y de carne.

—¡Ajá! —dijo Juan— eso importa muy poco, pues habitualmente los cortesanos gozan de libertad para ir de aquí para allá, incluso si no van vestidos de una manera tan elegante. Yo visto con ropa hecha con una lana muy burda, y mi caperuza está hecha con un paño casero de color marrón; no uso nunca ni ropas hechas con fina lana ni tampoco tela de color verde, y empero, creo que tengo guardadas unas mil libras y algo más. No obstante, la verdad es que sus mercedes se visten con más elegancia y refinamiento que yo, de manera que lo que yo digo, ¡voto a bríos!, es que resulta útil ser un siervo y haber nacido un patán, pues si estuviera ahora en una taberna, no dudaría ni un ápice en beber vino de tan buena cepa como el rey Eduardo de Londres o su reina.

A esto dijo el conde:

—¡Por Dios Santo, Juan!, sois un caballero de buen porte, además de valiente allí donde peleáis.

—¡Un caballero! —exclamó Juan— no digáis eso ni en broma. Yo soy un siervo del rey, así que retirad tales palabras. Bien sé que no estáis ante alguien de vuestra condición y que

no soy un hombre instruido, no voy a negarlo, mas si un caballero me ofende, lucharé con él cuerpo a cuerpo vestido como estoy.

Entonces intervino el obispo:

—Parecéis un hombre de armas tomar. ¿Habéis ido a la guerra alguna vez?

A lo que respondió Juan tajantemente:

—No, desconozco las costumbres de otras tierras, de modo que solo en mi tierra me atrevo a pelear, y eso ha perjudicado a Juan el Alguacil, pues os he hecho enojar con golpes y proezas en el pasado.

—Juan el Alguacil, —preguntó nuestro rey— ¿Lleváis armadura o armas de alguna clase?

—Juro por Dios, señor, respondió entonces Juan— que solamente tengo una horca con dos dientes. Mi padre jamás utilizó arma alguna que no fuera una espada herrumbrosa que aún podría herir a alguien, y un cuchillo de unos diez centímetros que podría cortar con facilidad un jubón y una cota de malla sin mangas de unos treinta centímetros de largo, y, no obstante, quizá yo también tendría el valor como vos, Perico, con todas vuestras resplandecientes armas, de enfrentar valientemente a cualquiera en un combate.

Y después añadió:

—Sugiero ahora que vayamos al comedor, nosotros tres y «Perico, el que paga todo», y que aquel que sea el hombre más elegante, que vaya primero.

Acto seguido, todos se dirigieron al comedor en seguida. Al llegar allí, los cuatro se encontraron con una resplandeciente lumbre bien surtida. El comedor era bastante grande, y en él se habían preparado tres mesas en cada rincón, lo que hizo las delicias de todos. Después la señora de la casa dijo con buen semblante:

—La cena está lista.

—Traednos agua para lavarnos las manos —ordenó Juan.

Justo en ese momento llegaron dos vecinos de Juan: Rogelio el Alto y Roberto.

(Aquí se termina la primera parte)

Segunda parte

—Como no tengo —explicó Juan— un mayordomo que disponga a los invitados en la mesa como corresponde en estos casos según la etiqueta, lo haré yo. Perico el halconero se sentará primero y dará inicio a la cena. Le seguiréis vos, distinguido y elegante capellán; mi esposa se sentará enfrente de vos y será vuestra compañera de mesa.

Después sentó al conde enfrente del rey. Y así fue como Juan dispuso a sus invitados en la mesa para contento de todos. Luego preguntó este dónde estaban sus hijas.

—La más bella se sentará junto al halconero, pues es el hombre más apuesto. La otra se sentará junto al palafrenero.

Esto hizo que el conde dijese así:

—¡Que Dios se apiade de mí! Juan, vos sí que sabéis de protocolo y etiqueta.

—Aunque yo —dijo Juan— sea un siervo, esto no quiere decir que mis hijas no sean hermosas, se lo digo a sus mercedes con sinceridad. Perico, si os hubieseis casado con la hija de Juan el Alguacil, no tendríais que preocuparos de que alguien os causara algún mal, ni siquiera por todo el oro del mundo. Y vos, palafrenero, si os hubierais casado con mi otra hija, en verdad gozaríais de una buena posición para siempre en este reino. En fin, Perico, vos superaréis en porte y elegancia a cualquier hombre. No obstante, yo quisiera que este capellán ocupe algún día un

alto cargo en la Iglesia, ¡voto a bríos! En esta ciudad hay una iglesia; y si yo fuera el rey, la pondría en sus manos de inmediato. No obstante, haré por él todo lo que pueda.

Entonces el rey, el conde y el obispo dijeron:

—Juan, si vivimos, os recompensaremos como os merecéis.

Cuando llegaron a la mesa principal las hijas de Juan el Alguacil, este se dirigió a ellas en estos términos:

—Sentaos a la mesa, pues ya no esperamos a nadie más. Jamás había visto antes a estas personas, quizá se trate de caballeros, de modo que tanto mis dos vecinos como yo nos sentaremos en la mesa contigua apartados de tan distinguidas personas. ¿Pensáis que no es mejor así? Las leyes inglesas nunca permitieron que los caballeros se sienten con los siervos, así que ahora todo el mundo a cenar.

Nada más decir esto, se puso sobre la mesa como primer plato pan duro, tocino salado que estaba ya rancio y mohoso, un estofado servido en un plato negro, carne de vaca de por lo menos un año entero, y cerveza agria y fría. Y a todos los comensales se les sirvió lo mismo.

(Falta el verso 398)

—¡Por todos los santos! —exclamó el rey— pero, ¿qué es esto que ven mis ojos?

—A esta hora esto es lo único que podré daros —dijo por su parte Juan.

—Claro, buen hombre —dijo el rey— retirad este plato de aquí ahora mismo, y haced que nos traigan un pan de mejor calidad, y también algo mejor para beber, que nosotros nos encargaremos de pagaros al instante.

Entonces dijo Juan:

—¡Al diablo con el pan! Esta noche os lo voy a meter en la sesera a menos que me juréis por lo más sagrado que nunca hablaréis en contra de Juan el Alguacil ante nuestro rey Eduardo.

—Os juro solemnemente —dijo el rey —que él nunca sabrá lo que cenamos aquí esta noche mientras vivamos.

—Entonces, como prueba de ello —dijo Juan—, alzad vuestra mano para poder estar seguro de ello.

—¡Mirad! —dijo el rey —he aquí mi mano.

—Y aquí está la mía —dijo el conde con semblante alegre— y ante Dios os lo juro.

—Y aquí la mía —dijo el obispo.

—¡Por la Virgen María! —dijo Juan— bien pueden darse por contentas sus mercedes, pues es por su propio bien.

—Llevaos todo esto, Rogelio el Alto, y sentémonos al final de la mesa lejos de esta gente, pues esta noche estos hombres extraños piensan que esta comida que Dios nos ha enviado es de mal gusto.

Nada más dicho esto, se puso sobre la mesa un delicioso pan de la mejor calidad junto con un vino tinto y blanco escanciado en resplandecientes copas de plata.

—¡Ajá! —dijo Juan— nuestra cena comienza con vino. Tengan sus mercedes la bondad de probarlo y veamos qué piensan del mismo. ¡Vamos, anímense sus mercedes! Esta noche van a hartarse de comer y de beber, y quiero que les quede muy claro que en cuanto al buen vino se refiere, este no va a faltar en la mesa ni por asomo, pues cada año tengo por costumbre comprar una o dos barricas del mejor vino que pueda hallarse. Sus mercedes van a ver hoy aquí a tres siervos beber vino con buen ánimo. Ruego a sus mercedes que hagan lo mismo, y cuando termine nuestra cena, todos nos pondremos a bailar, y ya veremos quién ha de hacerlo mejor.

Entonces dijo el conde:

—¡Por la Reina Celestial! Dondequiera que esté el rey esta noche, este no ha de beber mejor vino que el que vos estáis bebiendo ahora.

—¡A fe mía! —dijo Juan— preferiría morirme que vivir siempre en constante sufrimiento. Aun cuando soy un patán, puedo permitirme el lujo de quedarme con parte de lo que gano, y digo más: aquel que nunca gasta nada porque solamente desea ahorrar, al final nunca disfruta de la vida, por el contrario, deja que otros lo hagan después.

Y al terminar Juan de decir esto, comenzaron a llegar a la mesa vino tinto y cerveza de la buena, carne de jabalí bañada en diferentes salsas, capones asados, becadas, carne de venado, en verdad no exagero, y cazuelas ricamente preparadas, además de cisnes que quemaban, conejos, zarapitos, no tengo duda de ello, una grulla y una garza juntas, palomas y perdices aderezadas con abundantes especias, cervatillos, flanes y gachas hechas a base de granos de trigo. Después de ello, Juan pidió a sus comensales que se animaran.

El conde dijo:

—¡Voto a bríos!, Juan, esta es una cena digna de un rey; si el rey Eduardo estuviera ahora aquí, se sentiría sumamente complacido. Verdaderamente nos habéis honrado con vuestra amistad.

—Desde luego que no, respondió Juan— ¡Por Dios Santo!, si el rey Eduardo estuviera aquí, no se molestaría en tocar esta barrica de vino. Creo que se enfadaría con Juan; por lo tanto, maldigo el pan mojado en vino que se lleve a la boca.

Cómo se rio a carcajadas, y de qué buen humor se puso allí mismo el rey después de escuchar a Juan.

—¡Qué a gusto estamos aquí! —exclamó el obispo.

En cuanto al conde, este le dijo al rey y al obispo lo que le parecía la cena, y entonces entre ellos se pusieron a hablar en latín.

—¡A fe mía! —dijo Juan— si sus mercedes me hacen el feo de hablar en latín, entonces habrán de pagarlo muy caro. ¡Diablos! ¡Hablen inglés sus mercedes o cállense! No me gusta que hablen en latín porque los que somos legos no lo entendemos. Seguramente sirve para planear algo malo. Además, detesto las conversaciones privadas, de manera que sus mercedes no deberían ser tan osadas como para murmurar en la mesa en consideración a los demás. El que inventó la conversación privada debía de haber sido un tipo avieso y con malas intenciones, de modo que vuelvo a repetir a sus mercedes que no me gusta ni un pelo que hablen privadamente. ¡Caramba!, yo digo que el hombre que permite que en su mesa se converse entre murmullos como en un corrillo no sabe nada de buenos modales.

—Pensamos que tenéis toda la razón —dijo el conde enseguida— ya no hablaremos más entre nosotros.

Entretanto comenzaron a llegar directamente de la cocina deliciosos pasteles bañados en sirope y presentados con todo lujo de detalles.

—Mis queridos señores —dijo Juan— ya que estamos aquí todos juntos como gente de bien compartiendo esta cena, alegrémonos esta noche sin más.

—Rogelio el Alto y Roberto el del granero, los dos sois buena gente; aún no es hora de marcharse, y este vino, como quien dice, acaba de llegar de Francia. ¡Por todos los santos! Me apetece bailar, así que venga, tomad mi mano, pues en honor de nuestros invitados, la verdad sea dicha, esta noche bailaremos y armaremos barullo de lo lindo.

Nada más decir esto, Juan se levantó de la mesa y se puso a beber vino.

—Debemos ponerle al vino especias aromáticas, —volvió a decir Juan mientras pedía a todo el mundo que se levantase de la mesa,

— ... y en seguida vais a ver a estos dos fornidos patanes bailar alrededor del vino. Roberto el del granero y Rogelio el Alto, a fe mía, creo que lleváis mal los pasos.

No sabéis bailar ni la gallarda ni el branle;⁵⁷ desconocéis los pasos correctos y no estáis siguiendo el ritmo, más bien estáis saltando como si estuviéseis locos.

Cuando los dos perdieron el equilibrio, se cayeron encima de un montón de piedras. Roberto el del granero yacía ahora en el suelo con una ceja sangrando.

—Ajá —dijo Juan— hacéis que bailar parezca difícil. Si no os hubieseis caído, no nos hubiéramos trinchado de risa. ¡Por los clavos de Cristo! Qué bien nos lo estamos pasando a costa vuestra.

Juan le dio la mano a Roberto para levantarlo mientras decía: —¡Por Dios Todopoderoso! Creo que llevamos mal los pasos.

Entonces comenzaron a dar patadas a diestro y siniestro, y Juan golpeó al rey encima de la espinilla con unos zapatos que había mandado arreglar recientemente con tachones. Desde el mismo día en que el rey Eduardo fue hecho caballero, nunca este había disfrutado tanto de una noche tan divertida como la que estaba viviendo en compañía de Juan el Alguacil, y antes de que los tres comensales se dispusiesen a irse a dormir, se les sirvió en seguida en un ambiente festivo un ligero refrigerio. Después durmieron a pierna suelta hasta el amanecer en sábanas de lino de primera calidad, y tras asistir a misa, se dispusieron a desayunar exquisitos y deliciosos capones cocinados.

⁵⁷ Ambos son bailes del siglo XVI. Quizá estos bailes fueron incorporados en el poema por el copista.

¡Dios me libre! —dijo el duque—. ⁵⁸ Si alguna vez medramos de estado, pagaremos vuestra hospitalidad con la misma moneda sin necesidad de que lo pidáis.

Tercera parte

El rey se despidió de todos, de hombres y mujeres, y después de que Juan le indicase el camino a seguir, aquel se dirigió cabalgando hacia Windsor. Entonces la corte entera se alegró de que el rey hubiera regresado de nuevo, y en tan buena hora dieron a Cristo las gracias por ello. Y, a decir verdad, después los (tres) señores se ocuparon de que los gerifaltes fueran llevados otra vez al bosque de Windsor, y dando las gracias a Dios y a san Julián, se ufanaron mucho de contarle a la reina donde habían estado alojados.

—Señor —dijo la reina— os ruego que mandéis traer a ese noble alguacil para que pueda conocerlo en persona.

Dicho esto, se envió a un mensajero para que le dijera a Juan el Alguacil que se presentase ante el rey con la mayor brevedad posible.

Juan se negó en redondo y le dijo a su esposa:

—Señora, esto tiene mala pinta, os lo digo de verdad.

—Debéis acudir a la llamada del rey con vuestras mejores galas —dijo uno de sus vecinos.⁵⁹

—Pero, ¿por qué razón? —Preguntó Juan—. Señor, decídmelo, os lo ruego.

—Porque os van a nombrar caballero.

⁵⁸ Ahora el conde aparece como «duque».

⁵⁹ Es añadido mío puesto que en el verso 590 Juan se dirige a un «señor» (*sir*) desconocido o no especificado en el mismo.

—¡Caballero! —Exclamó Juan—. ¡Virgen Santísima! Ahora sé muy bien que los huéspedes a los que alojé recientemente me han engañado. Lo que quieren es que me vaya allí para pelearme, mas no estoy dispuesto a que me hagan ningún mal. Alicia, traedme mi jubón, mi yelmo que está hecho de acero de Milán, una horca y una espada.

Cuando la esposa escuchó las palabras de Juan, confesó que tenía miedo, y que todo lo que estaba pasando acabaría, en efecto, en pelea. Alicia fue en busca entonces del jubón de Juan, mas, aunque a él le pareció que era poco ostentoso, se lo puso igual. En cuanto a la funda de la espada no hay duda alguna de que estaba desgarrada y la hoja de la espada se salía de la funda unos diez centímetros fácilmente, por lo que Juan el alguacil dijo allí mismo:

—Traedme cuero y una lezna, os lo ruego. Dejad que hoy cosa a la funda una lámina de metal para que nadie se mofe de mis armas. Ahora —añadió Juan— veré si la espada sale de su funda sin más antes de ponérmela.

Juan tiró fuerte de la hoja de la espada⁶⁰ y no la sacó de la funda. Después Alicia la sostuvo en la mano y Juan tiró de ella. ¡Cuánto se rieron los dos el uno del otro! No os miento. Juan tiró de la funda con tanta fuerza que sin poder evitarlo corrió hacia atrás chocando contra un poste (de madera) y golpeándose la cabeza. Su esposa se rio de lo lindo al verlo caer, así como toda la servidumbre de la casa que se hallaba allí cerca. Después Juan mandó llamar a sus dos vecinos, a Rogelio el Alto y a Roberto el del granero, que de inmediato acudieron ante él. En seguida Juan hizo traer un recipiente lleno de vino que entre los tres se

⁶⁰ Le sigue un verso en el 617 que no tiene mucho sentido y que he obviado: «Ojalá que el que la fabricó me hubiera besado el culo». No sabemos quién dice eso, si Juan (no está puesto entre comillas en la versión de Furrow o el propio autor del poema).

bebieron a sorbos, de verdad os digo, sin dejar gota alguna antes de la partida de aquel.

—Si tuviera mi escudo —dijo Juan a sus dos vecinos— nada podría herirme. Traedme mis manoplas. Solamente me las puse una sola vez hace veintidós años, y traedme también mi caballo.

Su silla de montar era diferente a las otras sillas, y sus estribos estaban hechos de madera.

Señora —dijo— traedme vino; en esta ocasión beberé a vuestra salud, pues creo que jamás os volveré a ver. Rogelio el Alto y a Roberto el del granero, tranquilizaos y bebed conmigo, pues la inquietud empieza a hacer mella en mí.

Y dicho esto, se bebieron, y no exagero, cinco galones de vino.

—Y ahora, adiós, amigos míos, pues ya es hora de irme.

Juan estaba tan pesado con sus armas que le fue difícil subirse a su yegua hasta que Rogelio le ayudó a hacerlo levantando su trasero.

—Bien, y ahora, señor, adiós, ¡por la Santa Cruz!

Entonces hasta que Juan no llegó a las puertas del rey aquel no saludó cortésmente ni rindió pleitesía ni a caballero ni a barón.

El portero no lo dejó entrar dentro del castillo ni tampoco adentrarse en la muralla, y cuando algunos hombres vieron salir del castillo a un caballero andando dijeron:

—Allá espera para entrar un patán fornido vestido con ropas de campo.

En seguida todos se le quedaron mirando sorprendidos, y tras sostener que se trataba de una criatura que no era digna de entrar en el castillo, se dirigieron a él en estos términos:

—¡Hey, tú! ¿De dónde has salido? Os sentaría espléndidamente bien llevar cuernos. ¿De dónde habéis comprado esas armas tan despampanantes? Creo que el que quisiera tener unas

parecidas tardaría mucho en encontrarlas, aunque se tirase todo un año en el empeño. Juan les mandó a todos al infierno.

—Para todos vosotros mis armas son peores que las vuestras, mas no impediréis que haga uso de ellas. A menos que os quitéis de mi vista, a todos voy a cortaros la cabeza. Que el diablo se lleve sobre sus espaldas a aquel que me hizo venir a esta ciudad, ya sea fulanito o menganito. ¿Qué hace un hombre como yo aquí, en frente del castillo del rey? Ahora podría estar bien tranquilo en mi casa.

Y mientras Juan estaba ahí enzarzado en una fuerte disputa con aquellas gentes, por fin vio acercarse a uno de sus huéspedes. Entonces Juan le espetó muy duras palabras y hacia él cabalgó a toda prisa. Acto seguido, si tan siquiera saludarlo cortésmente le dijo:

—Me habéis engañado. En verdad sé muy bien que me habéis tratado con desprecio, y de la ira casi me he vuelto loco.

Entonces le dijo el conde:

—Juan, ¡por Santa María! Nos hicisteis pasar una noche muy divertida, y por eso recibiréis una buena recompensa.

Después el conde se despidió de Juan el alguacil diciendo:

—En seguida entraréis al castillo sin pesar. Os ruego que tengáis un poco de paciencia y esperéis.

Luego entró el conde en el castillo y le dijo al rey que Juan el alguacil se hallaba esperando en la puerta del castillo.

—No ha saludado cortésmente a nadie, y trae consigo ceñida alrededor de la cintura una espada herrumbrosa y un bracamarte.

—Vayamos a comer —dijo el rey— y traedlo cuando nos hayamos sentado a la mesa. Nuestra señora se lo va a pasar de lo lindo. Él tiene diez flechas en una correa de cuero; algunas son cortas y otras son largas y, a decir verdad, también tiene un yelmo sobre su testa, así como una caperuza hecha con un paño casero de color marrón. Nada hay, pues, que pueda acobardarlo. No le

falta tampoco un cuchillo que corta que da miedo. Lo sostiene con fuerza en la mano y cuelga de un ovillo. Asimismo, es dueño de una faltriquera que pende descaradamente abierta a la vista de todos, un escudo herrumbroso al otro costado y unas manoplas hechas con un paño de color negro.

(Falta el verso 721)

Si alguien le dice algo que lo moleste, entonces montará en cólera en menos que canta un gallo.

Entonces dijo Juan:

—Portero, déjame entrar. Te vas a ganar una buena tunda con las armas que conmigo traigo. No me gusta suplicar.

—¡A fe mía!, aléjate, patán —le respondió el portero— si te acercas más, te voy a zurrar.

Juan cogió la horca en su mano y se dispuso a atacar con ella. Y aprovechando que su caballo era ágil y estaba bien alimentado a base de avena, se abalanzó sobre el portero a toda prisa y a punto estuvo de matarlo. Le golpeó en la testa y en seguida lo tumbó, la verdad os digo. Después entró en el castillo y todos los perros, grandes y pequeños, se pusieron a ladrarle a Juan haciendo un ruido infernal. Este se fue de aquí para allá como si estuviera loco, y mató a cuatro hombres que se pusieron en su camino. Los demás trataron de ponerse a buen recaudo. Entonces apareció un gentil escudero que le dijo:

—Juan, soy vuestro amigo, os lo ruego, bajaos del caballo.

Otro le dijo:

—Dadme vuestra horca.

—No —respondió Juan—, ¡Por san Guillermo de York! Primero habré de saltaros la tapa de los sesos.

Y después otro le dijo:

—¡Bajad vuestra espada! Llevad el caballo al establo. No temáis. Bajad vuestro arco, buen Juan. Yo me voy a encargar de sujetaros los estribos de madera y de quitaros el yelmo y la caperuza antes de que se os caigan. ¿Acaso no veis quien se sienta en la mesa? ¡Qué bobo y qué lerdo que sois!

—¡Qué diablos! —exclamó Juan— ¿Acaso es esa vuestra caperuza? Pues es la mía, ¡voto a bríos! De manera que no tengo la intención de quitármela.

—La reina observó a Juan con gran interés.

—Mi señor —dijo ella— ¡Por Dios Nuestro Señor! ¿Quién es aquel que viene hacia aquí cabalgando? Nunca había visto a alguien de esa guisa, llevando la ropa y las armas más extrañas. ¡Qué pinta más mala tiene!

En seguida llegó Juan como loco, sin saludar a nadie con cortesía y comportándose como un necio. Echó mano de la horca como si fuera a justar, y con fuerza la arrojó a la mesa principal. Aterrorizada, la reina dijo estas palabras:

—Señores, ¡por el amor de Dios!, cuidado, pues ese hombre va a heriros en el rostro si no os ponéis en guardia.

Sin embargo, no hay duda de ello, al ver a Juan encima de su caballo, los señores se pusieron a reír de lo lindo, así como los que estaban alrededor de ellos. Entonces le dijo Juan a nuestra reina:

—Señora, supongo que debéis de sentir os muy orgullosa de disponer de tal halconero, pues se trata de un hombre muy apuesto y con muy buenos modales; y esto mismo a todos juntos, en verdad, os lo digo. Y en cuanto a vos, señor —continuó—, mis bienes son vuestros, así como mi cuerpo si deseáis afligirlo, pues sois un rey de gran renombre. Y a esto añadido, señor, que vuestra palabra es ley, además de confiable, firme e inalterable. Así pues, recordad, cuando fuisteis mi huésped en mi casa una noche, que me prometisteis una recompensa.

Juan le habló al rey de una manera resuelta, sin mostrarle sumisión ni arrodillarse y de igual a igual.

—Amigo mío —le dijo el rey— por vuestros capones asados y por vuestro buen vino tinto os doy las gracias.

—¡En nombre de nuestra Señora! —Le dijo la reina al rey— Recompensadlo como se merece y subidlo de rango.

Entonces le dijo el rey:

—Juan, os hago caballero, y con ello os doy la hacienda que teníais arrendada, cien libras para vos y los vuestros y una barrica de vino tinto todos los años por el resto de vuestra vida.

Tras oír las palabras del rey, Juan, por fin, se puso de rodillas y le dijo:

—Mi señor, os doy las gracias y me tengo por bien pagado.

Seguidamente, el rey tomó en sus manos un resplandeciente collar y colocándolo alrededor del cuello de Juan le dijo:

—Juan, aquí y ahora os nombro caballero.

Sin embargo, cuando el rey le concedió tal honor, este se disgustó, y a todos los presentes les hizo saber lo siguiente:

—Muy a menudo he oído decir que después del collar viene la soga. Así pues, creo que esto no pinta nada bien y que voy a ser ahorcado hasta morir.

—Dado que habéis sido nombrado caballero y habéis medrado de estado —le dijo el rey—, es menester que os sentéis en la cabecera de la mesa.

La verdad sea dicha, Juan no estaba nada contento con el cariz que habían tomado los acontecimientos, y ya no dijo una palabra más, sino que permaneció sentado cabizbajo al extremo de la mesa pensando que preferiría estar en casa que en aquel banquete al estilo francés. Allí delante de él se habían puesto, bien lo sé yo, el mejor vino y los más succulentos manjares reales. En un cuenco se escanció al menos un galón de vino, y Juan, poco más, poco menos, se lo bebió todo a sorbos.

—Traed —dijo el rey— más vino.

—¡Por nuestra Señora! —dijo Juan— ¡qué buen vino es este! Vamos, venga. Ya es hora de divertirse. Que Dios maldiga a quien no se lo beba.

Acto seguido llegó el diligente portero, y cubierto de sangre se postró de rodillas ante el rey. Al verlo de esa manera, el rey se conmovió mucho y le preguntó:

—Portero, ¿quién os ha hecho eso? Decídmelo, pues estoy a punto de perder el juicio.

—¡A fe mía! —dijo Juan— he sido yo, justamente para enseñarle los buenos modales que vos no fuisteis capaz de enseñarle, pues cuando vinisteis a mi humilde morada, no permití que nadie os impidiese la entrada a ella. Si alguien os hubiera hablado de manera indigna, a buen seguro que le hubiera partido la crisma en dos en un abrir y cerrar de ojos. Por consiguiente, sin pelos en la lengua le advierto a vuestro portero que cuando alguien salga de mi distrito y se lo encuentre, que no sea tan jactancioso con él. Incluso si alguno de vuestros porteros se pone hecho una furia, por Dios que le arrancaré a trizas su caperuza o entraré al castillo por mis propios pies en vez de entrar a caballo. Señor, vos me habéis llamado y sin demora y a toda prisa heme aquí para cumplir vuestra voluntad.

¡Por el apóstol Santiago! —dijo el rey—, Juan, mis porteros merecen una lección. No hicisteis sino lo correcto.

Nada más acabar de decir esto, el rey se ocupó del caso e hizo que Juan y los porteros se besasen. Entonces tanto el rey como el caballero comenzaron a reírse.

—Os lo ruego —dijo el rey— sed buenos amigos.

—Claro que sí —dijo Juan—. ¡Voto a bríos! No hemos de enfadarnos esta noche.

Luego le dijo el obispo:

—Juan, traed aquí a vuestros dos hijos. Veré la manera de que puedan estudiar para sacerdotes; quizás así Dios, con ayuda de la fortuna, pueda hacer que ambos puedan tener sus propias parroquias. Por cierto, traed también aquí a vuestras hijas, pues el rey las habrá de casar bien casadas. Vamos, Juan, poneos en camino. Y no olvidéis ser siempre amable y cortés, y en lo tocante a la comida y a la bebida, no seáis nunca tacaño.

Entonces Juan, tras despedirse del rey y de la reina primero y después de toda la corte, se marchó a su casa. Y una vez allí, envió a sus hijas al rey, quien las hizo desposar con dos escuderos de vistoso porte. En cuanto a sus hijos, ambos aguerridos, esforzados y animosos en cada pelea, uno fue nombrado caballero y el otro párroco de una iglesia a fin de que pudiera ponerse al servicio de Dios de día y de noche. De este modo Juan el alguacil y su esposa vivieron sus vidas alegres y contentos dando gracias a Dios. Rogelio el Alto y Roberto el del granero fueron hechos hombres libres por la gracia del buen rey. Y no se olvidó Juan de las palabras del obispo, y a partir de entonces dio albergue sin pedir nada a cambio a cuantos huéspedes le envió Dios hasta que, llegada su hora, se fue a la morada eterna. Y aquí termina la historia de este alguacil tan valiente que vivió alguna vez en la región suroeste de Inglaterra durante los días de nuestro rey Eduardo el Zanquilargo. Que Dios Todopoderoso conceda el Cielo a cuantos hayan oído esta breve historia.

FINIS

DISBABELIA

Colección Hermēneus de traducciones ignotas

NORMAS DE RECEPCIÓN Y PUBLICACIÓN

Hermēneus, revista de investigación en Traducción e Interpretación, publicará, como actividad complementaria a su labor de edición periódica de artículos, reseñas y traducciones breves, una colección de traducciones, bajo la denominación genérica esta de «Disbabelia. Colección Hermēneus de Traducciones Ignotas».

En principio, las traducciones de esta serie tendrán un carácter literario en cualquier género en el que las obras originales estén escritas. No obstante, podrán también ser tenidos en cuenta, para su publicación, tratados u obras de otros temas de carácter humanístico o cultural.

Las lenguas de partida podrán ser todas las lenguas del mundo, del presente o del pasado. La lengua prioritaria de llegada será el español. Las otras lenguas de enseñanza de la Facultad de Traducción e Interpretación de Soria, es decir, francés, inglés, alemán, italiano, portugués, chino o árabe, podrán también ser lenguas de llegada, de considerarse interesante.

Por «ignotas» debe entenderse que este proyecto se plantea ante todo la traducción desde lenguas minoritarias, exóticas, muertas o artificiales que resulten desconocidas, o muy poco conocidas en la cultura de la lengua de llegada, o que no hayan sido traducidas, o lo hayan sido en muy escasa medida. También se buscará la traducción

de autores que no hayan sido nunca, o apenas, traducidos, aunque hayan escrito en una lengua mayoritaria o de cultura dominante.

El propósito confeso de esta colección es complementar o suplir un amplio terreno de autores, obras y lenguas de gran interés cultural y lingüístico, pero no comercial para una editorial con exigencias de mercado puramente empresariales. Correr un cierto riesgo, llegar a donde otros tal vez no pueden hacerlo, no olvidarnos de la elevada misión de la traducción, y poner en contacto, y dar a conocer, culturas y grupos humanos muy separados entre sí por la división de las lenguas. Para nosotros, cuanto más alejados o desconocidos sean estos, mayor será su interés.

Disbabelia apela al mito de la torre de Babel, tan asociado al surgimiento práctico de la necesidad de la traducción y la interpretación, pero en un sentido contrario. No creemos que la división de las lenguas sea una maldición, sino un patrimonio irrenunciable de la humanidad que debe ser cuidado con esmero.

La entidad bajo cuyo patrocinio recae este proyecto es la editorial Ediciones Universidad de Valladolid (EdUVa), en colaboración con la Facultad de Traducción e Interpretación de Soria de esta misma universidad.

La periodicidad de esta serie es semestral, o lo que es lo mismo, dos volúmenes anuales, con independencia de que en algún momento se pueda considerar la posibilidad de publicar algún número extraordinario en caso de que las circunstancias animen a ello.

Las personas interesadas en publicar una traducción en esta colección deberán presentar la siguiente documentación:

- Un proyecto inicial o resumen en el que se incluya una descripción del trabajo final, incluyendo puntos como su extensión, género, etc., y que refleje claramente los motivos de interés para su publicación en una colección de las características y fines de Disbabelia. Igualmente, si fuera necesario, se aportará información sobre el autor, la lengua y la cultura de partida.
- Un currículo breve del autor de la traducción en el que se enfatice, en su caso, la experiencia personal en el campo de la traducción o el estudio filológico, lingüístico o literario.

Toda la correspondencia deberá dirigirse a la siguiente dirección:

Juan Miguel Zarandona Fernández
Director de la Revista Hermēneus

Facultad de Traducción e Interpretación
Campus Universitario Duques de Soria s/n
42004 Soria, España (Spain)

Tel: + 34 975 129 174 / +34 975 129 100

Fax: + 34 975 129 101

Correo-e: juanmiguel.zarandona@uva.es / hermeneus.trad@uva.es

Las traducciones deberán presentar una muy alta calidad literaria. La revisión por parte de uno o varios correctores será imprescindible.

El anonimato quedará absolutamente garantizado durante todo el proceso de recepción, estudio y corrección de la traducción, hasta el momento en el que se confirme su admisión definitiva para su publicación en Disbabelia. Este hecho se comunicará por escrito a los interesados.

Ante la muy probable presencia de diferencias culturales que puedan dificultar en gran medida la comprensión de los textos traducidos, se anima a los traductores a añadir cuantas notas explicativas consideren necesarias, así como introducciones generales a la obra en su conjunto, al autor, a su trayectoria artística y a la cultura de partida.

Asimismo, se recabará la colaboración y se buscará la coedición con organismos que puedan estar interesados en este proyecto, tales como embajadas, ministerios, consejerías, fundaciones, institutos culturales y empresas, entre otros.

Para obtener información sobre la colección Disbabelia y sobre el Proyecto Hermēneus en su conjunto puede consultarse las siguiente páginas web:

<https://www5.uva.es/hermeneus> y

<https://revistas.uva.es/ndex.php/hermeneus>

DISBABELIA
COLECCIÓN HERMĒNEUS DE TRADUCCIONES
IGNOTAS

VOLÚMENES PUBLICADOS:

Número 1 – Año 2000.

Daurel y Betón. Anónimo.

Cantar de gesta occitano del siglo XIII.

Traducción, introducción y notas de Jesús Rodríguez Velasco.

10,82 €

Número 2 – Año 2000

Suleiman Cassamo. *El regreso del muerto.*

Autor mozambiqueño. Cuentos.

Traducción, introducción y notas de Joaquín García-Medall.

11,26 €

Número 3 – Año 2001

Canciones populares neogriegas.

Antología de Nikolaos Politis. Poesía en griego moderno.

Traducción, introducción y notas de Román Bermejo López-Muñiz.

18,76 €

Número 4 – Año 2002.

Cuentos populares búlgaros. Anónimo.

Traducción, introducción y notas de Denitza Bogomílova.

11,00 €

Número 5 – Año 2002.

Escritos desconocidos. Ambrose G. Bierce.

Traducción, introducción y notas de Sonia Santos Vila.

11,00 €

Número 6 – Año 2002.

Verano. C.M. van den Heever.

Clásico sudafricano en lengua afrikáans.

Traducción, introducción y notas de Santiago Martín y Juan Miguel Zarandona.

11,50 €

Número 7 – Año 2003.

La leyenda de los tres Reyes Magos y Gregorio el de la Roca.

Anónimos. Recuperados por Karl Simrock.

Traducción, introducción y notas de María Teresa Sánchez Nieto.

12,50 €

Número 8 – Año 2004.

Es más fácil poner una pica en Flandes. Barbara Noak.

Traducción, introducción y notas de Carmen Gierden Vega y Dirk Hofmann.

16,50 €

Número 9 – Año 2004.

El Conde de Gabalis y El Silfo.

Montfaucon de Villars y Claude Crébillon.

Traducción, introducción y notas de María Teresa Ramos Gómez.

16,50 €

Número 10 – Año 2004

Erec. Hartmann von Aue.

Introducción de Marta E. Montero.

Traducción y notas de Eva Parra Membrives.

16,50 €

Número 11 – Año 2007.

Libro del Rey Arturo: Según la parte artúrica del Roman de Brut de Wace

Traducción del francés antiguo, presentación y notas de Mario Botero García.

12,35 €

Número 12 – Año 2007.

Lírica medieval alemana con voz femenina (siglos XII-XIII).

Prólogo de Víctor Millet Schröder.

Traducción, introducción y notas de María Paz Muñoz-Saavedra y Juan Carlos Búa Carballo.

21,50 €

Número 13 – Año 2007.

Los adioses de arras – Les congés d'arras.

Prólogo de Carlos Alvar.

Traducción, introducción y notas de Antonia Martínez Pérez.

12,35 €

Número 14 – Año 2007.

Sonetos de Crimea – Farys.

Prólogo de Larisa V. Sokolova.

Estudio preliminar, notas y traducción de Antonio Benítez Burraco.

12,35 €

Número 15 – Año 2009.

Oswald de Múnich.

Traducción, introducción y notas de Eva Parra Membrives y Miguel

Ayerbe Linares.

15,60 €

Número 16 – Año 2010.

Historia de campo florido (Blómstrvalla Saga).

Prólogo de Else Mundal.

Introducción, notas y traducción del islandés antiguo de Mariano González Campo.

14,20 €

Número 17 – Año 2011.

Defensa de la rima. Samuel Daniel.

Edición, traducción y estudio de Juan Frau.

14,60 €

Número 18 – Año 2011.

Memorias de un estudiante inglés en la guerra de la Independencia.

Robert Brindle.

Edición bilingüe y notas de Pilar Garcés García.

Introducción histórica y notas de Luis Álvarez Castro.

14,60 €

Número 19 – Año 2014.

Oro español: traducciones inglesas de poesía española de los siglos dieciséis y diecisiete.

Edición bilingüe y selección de Glyn Pursglove.

15,00 €

Número 20 – Año 2016.

Los versos de la muerte. Robert le Clerc de Arras

y Adam de la Halle.

Traducción, introducción y notas de Antonia Martínez Pérez.

14,42 €

Número 21 – Año 2017.

Leyendo a Anna Ajmátova: Réquiem y Poema sin héroe.

Por el cincuenta aniversario de la muerte de Anna Ajmátova.

Traducción, introducción y notas de Ester Rabasco Macías.

19,23 €

Número 22 – Año 2018.

Marcus van Vaernewijck. *De los tiempos turbulentos en los Países Bajos y sobre todo en Gante.*

Flandes en vísperas de la guerra de los Ochenta Años.

Traducción parcial del neerlandés de Lieve Behiels.

21,50 €

Número 23 – Año 2022.

Ahmed Essop. Cuentos (Selección)

Escritor sudafricano de origen indio

Nota introductoria de Felicity Hand

Edición de María Recuenco Peñalver y Salvador Faura Sabé

13,00 €

Número 24 – Año 2022

El océano Índico traducido (Antología)

Prólogo de Kumari Issur

Edición de Esther Pujolràs Noguer

20,19 €

Número 25 – Año 2024

Krist. Narración poética de la vida de Cristo por un monje alemán del siglo IX.

Prólogo de Albrecht Classen

Traducción, introducción y notas de Miguel Ayerbe Linares

17,31 €



EDICIONES
Universidad
Valladolid